Fray Mocho

Revista Semanal



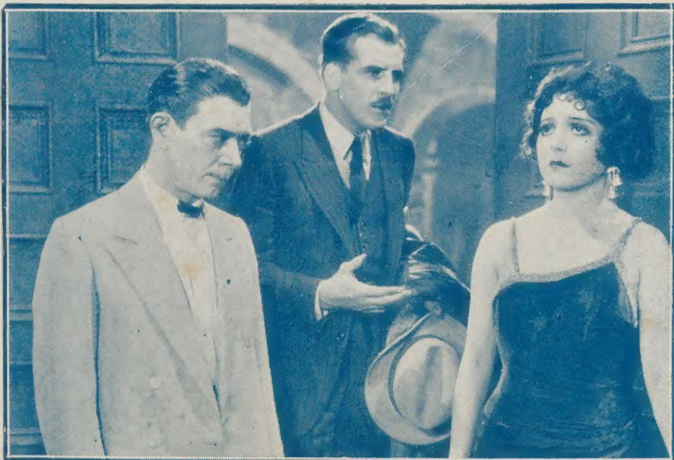
Nº. 899

Marthe Nespoulus

TEATRO COLON
TEMPORADA OFICIAL 1929

CONCESIONARIO
FAUSTINO DA ROSA

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Madge Bellamy, Don Terry y Arthur Stone en "La prófuga", que pasado mañana estrenará la Fox Film.





James Murray y Eleanor Boardman en un pasaje de "Y el mundo marcha...", notable producción de King Vidor, para la Metro-Goldwyn-Mayer que el público conocerá la semana próxima.





Helen Foster en una escena de "La prueba acusadora", que la New Film exhibe desde la semana anterior.



Otra escena del cinedrama "Y el mundo marcha...", superproducción extraordinaria interpretada por James Murray y Eleanor Boardman.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII — Buenos Aies, julio 16 de 1929 — No. 899

La colectividad española tributó un homenaje a Inglaterra en la persona de su embajador

Como homenaje a la marina y a la aviación británicas, y en señal de agradecimiento por la feliz actuación del buque "Eagle", en el salvamento de los aviadores españoles, tripulantes del Dornier 16, la colectividad española, radicada en Buenos Aires, organizó un brillante acto en honor del embajador de la Gran Bretaña, Sir Malcolm Arnold Robertson, que se llevó a efecto, con todo lucimiento, en los salones del Club Español.

Transcribimos a continuación los párrafos más salientes de los oradores que hicieron uso de la palabra en la hermosa fiesta de confraternidad.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA PATRIOTICA ESPAÑOLA

"Tras la tragedia horrenda, la vida esplendorosa —comenzó diciendo el señor Eusebio Mendizábal— ésa es la ley del mundo y ésa es la historia de la última semana: una larga y tenebrosa obscuridad de siete días y un rayo de luz súbito y centelleante que todo lo despeja, y disipa el nublado; la palabra mágica que a todos nos exalta: "salvados", palabra que pronuncia el "Eagle", que atraviesa 2000 kilómetros de atmósfera y se recibe en Inglaterra y en España y se propala en toda Europa y se transmite a nuestra América y emociona al mundo, surgiendo de todos los labios la palabra "gracias".

Y si todos los hombres dicen "gracias", nosotros, los compatriotas de Franco, Ruiz de Alda, González Gallarza y Madariaga, perdidos en el mar durante largos días y salvados por la marina británica representada por el "Eagle", nosotros ¿qué diremos? ¿Cómo condensar en palabras nuestro júbilo, el agradecimiento nuestro a los bravos marinos del "Eagle", que, pese a las tormentas inclementes del océano, van y vienen y vuelven y tornan y buscan y hallan, por fin, a los hermanos de armas, salvándolos de la muerte, trayéndolos a puerto y entregándolos al amor de la patria y de los suyos, entre el armonioso estruendo de los cañones, los "hurras" de las marinerías británica, italiana, norteamericana y española y el alborozo entusiasta y delirante de la muchedumbre emocionada?

"Nosotros, Exmo. señor embajador de Gran Bretaña, nos inclinamos reverentemente deponiendo nuestra gratitud y reconocimiento ante V. E., felicitándonos y felicitando a su patria, porque los hombres de su escuadra, son verdaderos marinos, y como verdaderos marinos, perfectos caballeros".

Aludió después el orador a la generosa contribución de Portugal, Italia y Francia a la busca del Dornier 16, y después de tributar elogiosos conceptos a la República Argentina y a la prensa nacional, concluyó así:

"Y termino, señores, pidiendo alcéis la copa por Gran Bretaña, dignamente representada entre nosotros por su embajador, a quien ofrecemos esta demostración, y por el comandante del "Eagle", águila verdadera que, renovando la vieja mitología, ofreció el néctar de la vida al Júpiter perdido en la inmensidad del mar".

RESPUESTA DEL EMBAJADOR BRITANICO

"A nosotros — expresó Sir Malcolm Arnold Robertson — nos tocó la suerte de encontrar a los bravos tripulantes del hidroavión español, y de lo que únicamente podemos felicitarnos es de haber tenido en la vecindad una nave que ha podido dirigirse rápidamente al lugar en que hubiera podido ocurrir un siniestro que todo el mundo habría lamentado durante muchos años.

"Pero, realizado el hallazgo por un feliz concurso de circunstancias, seanos lícito recordar la angustia que habrán sentido esos marinos del "Eagle", esos aviadores británicos que salían todos los días a recorrer la inmensidad del Océano en procura de sus compañeros españoles, y el decaimiento de su alma cuando volvían a su base flotante para confesar lo infructuoso de sus esfuerzos; la ansiedad del comandante del "Eagle", bajo la responsabilidad intensa que habría recaído sobre él, si por mala suerte, uno de sus aviones se hubiese perdido también. Cuesta apenas concebir la lucha en que se habrá debatido su alma ante tales circunstancias, pues hemos de tener presente que esos buques llevan únicamente aeroplanos terrestres, que tienen que aterrizar sobre la cubierta, y una vez caídos al agua se hunden pronto, con escasa esperanza para los tripulantes. ¡Y qué momento de alivio delirante cuando el oficial descubrió, al rayar casi el alba, esas luces de bengala que le afirmaban, sí, de verdad, que estaban vivos aún los aviadores españoles!

"¿Y qué? Subieron a bordo los aviadores y pidieron cigarrillos y botones... ¿Algo de teatral, gestos de actor, largos cuentos de todo lo que habían sufrido? ¡Nada de eso! Todo pasó muy bien: un poco de mala suerte, viento en contra, neblinas... Nada más grave que la falta de cigarrillos y la sobra de barba, cosa muy fea desde el punto de vista de las buenas mozas..."

Sir Malcolm Robertson aludió después al justificado orgullo que los británicos tienen en su armada, y expresó que su mayor satisfacción era ver que sus buques de guerra lograban realizar actos de humanidad, que sellaban la amistad sincera entre las naciones. Dijo su admiración por España, a cuyas grandezas históricas aludió, y formuló votos por su porvenir, abonados por el valor y la pericia de hijos como aquellos por quienes brindaba en esos momentos: Franco, Ruiz de Alda, González Gallarza y Madariaga.

HABLA DON RAMIRO DE MAEZTU

En una brillante improvisación, el Embajador de España, don Ramiro de Maeztu rindió su tributo de admiración a la nación británica, cuyas características de humanidad y grandeza de alma destacó en párrafos elocuentes. Aludió, con profundo agradecimiento, a los esfuerzos realizados por los buques franceses y portugueses, y por el aviador italiano Longo, pero expresó que era una circunstancia verdaderamente feliz que hubiese sido el "Eagle" el buque salvador de los aviadores españoles, ya que con eso se estrechaban con mayor cordialidad los lazos entre esos dos países, que tan íntimamente han convivido los momentos más interesantes y gloriosos de la historia de Europa. Recordó las jornadas brillantes en que los soldados de Wellington regaron con su sangre los campos de la Península, y declaró que era especialmente satisfactorio ver unidos ahora nuevamente, en una gesta de paz y de confraternidad, a España y Gran Bretaña, los dos países calumniados más que todos, y especialmente, por sus propios hijos; porque ambos tenían de común que los británicos eran los que principalmente calumniaban a Inglaterra y los españoles los que principalmente calumniaban a España.

"El embajador de Gran Bretaña — añadió — acaba de probarlo, calumniando a su nación... Ha sido la suerte, dijo, la que permitió encontrar a los aviadores españoles... Y no; no ha sido la suerte; ha sido el arrojo, la pericia, el profundo sentido de abnegación de los británicos lo que ha permitido esa hazaña. Y es que los británicos se calumnian porque tienen vergüenza de proclamar su hondo sentido ético, su gran espíritu humanitario, su desinterés profundo, su culto a la palabra dada... Disimulan con empeño su grandeza étnica y moral... Y así, ellos mismos, a través de la historia, han dado pábulo a esa falsa leyenda de la pérfida Albión; han permitido que se les denomine nación de tenderos — sin que ser tendero sea despectivo en forma alguna, pues pobre de los negocios del negociante que no sea honrado—; han ocultado sus gestos de solidaridad humana y de abnegación con un aspecto de interés propio.

"Y así los españoles han permitido también, con su anhelo de perfección, con su eterno espíritu de superarse espiritualmente, que se haga carne en el mundo la leyenda negra... Leyenda negra que felizmente está desapareciendo, junto con el resurgimiento actual de España... Hace años, antes de 1900, por ejemplo, ¿se habría conmovido tanto el mundo entero por la suerte de cuatro españoles, de cuatro "gallegos"? ¡No! Y es que los españoles, con la clara conciencia de la necesidad de hacer resurgir la grandeza nacional, están haciendo valer en el mundo sus fueros de nación vigorosa, plena de vitalidad y — todavía — de juventud".

La pérdida del Dornier 16, dijo, simbolizaba, en cierto modo, el destino de España: remontar el vuelo, alzarse gallardamente por el espacio, perder altura, descender, remontar nuevamente, volver a descender, perderse, y cuando ya todo parecía desesperanza, resurgir con nueva gloria y nuevos alientos. El sentido de España, como el de Inglaterra, era católico, ecuménico, universal; había acometido tan grandes empresas, que las fuerzas no habían respondido, en momentos determinados de la historia, a sus arrestos; pero nuevamente, ahora inspirado en deseos de confraternidad universal, el sentido vital de España acabará por imponerse y afianzar nuevamente las grandes promesas a que es acreedora por su historia y sus ideales.

Terminó formulando votos por que llegue el momento en que la armada española, dotada también de buques tan poderosos y modernos como el "Eagle", pueda atestiguarle a Gran Bretaña el agradecimiento hoy grabado indeleblemente en los corazones españoles: porque la memoria de España, para beneficios recibidos, es eterna".

La leyenda maravillosa

Por JULIO ARAMBURU

De bruces sobre las piedras de la loma, Raquel Quirua descansaba plácidamente. El cielo pálido ponía un lírico encanto sobre el espíritu de los seres y las cosas. Todo el día lo había pasado tras las arrias ovejunas, recorriendo las colinas y los hatos de Cianzo. La pequeña pastora amaba la vagancia cerril, la amistad de las montaañs y el balido musical de la obediente grey.

Todas las tardes solía ir a ese lugar para juntar flores silvestres: blancas *puya-puyas* y primorosas doradillas. En esa soledad, modulaba también su rústica flauta de caña la melancolía de una sonata indígena. Y cuando la sangre del crepúsculo comenzaba a teñir la cumbre de los cerros, ella alzaba sobre su falda recogida un gran montón de piedras diminutas, para castigar a los corderos que se dispersaban en el viaje.

El regreso al redil era como una devoción de penitencia, en grupos estratégicos, de uniformes diversos, manchados por los múltiples vellones blancos, negros y encrespados.

Aquella tarde estival, la Quirua olvidó la flauta de caña, la puisca de hilar y las flores silvestres. Una despreocupación absoluta por los recuerdos fraternos la tornaba más traviesa e infantil. Corría tras los cabritos juguetones, les tiraba la barba a los chivatos, y luego hacía rodar su cuerpo por las laderas breves y floridas. En un manantial del llano apagó la sed de su cansancio, para encaminarse de nuevo a la cumbre de la loma. Al llegar, la visión panorámica del paisaje era poética y solemne. En la lejanía los cerros ocres se empolvaban de azul, y al fondo, en un pequeño valle, junto al angosto río, su rancho era como un templo opaco bajo los sauces verdes.

La majada continuaba triscando entre las matas, mientras Raquel se absorbía en la contemplación religiosa de la tierra y el espacio. Ella no se imaginaba, en su ingenuidad espiritual, otro destino a la vida nómade y sencilla. La ciudad lejana era una un enigma sin tentación ni interés, y el progreso de los pueblos significaba una esperanza dormida en su solar. La existencia simple y pura desconocía la fascinación de la riqueza y el prestigio de la conquista humana.

En ese descanso plácido, sobre la eminente loma, le dió por levantar con sus manos varias piedras. De la cumbre las tiraba a la hondonada, resonantes como un bólido. De pronto, bajo el hueco de un tronco seco, vió, con sorpresa, un hoyo, lleno de doradas piedras. Su forma esférica y suave le alucinó a jugar a la "payana"; mas como el sol se apagaba tras del cerro, se aprestó al habitual regreso. Entonces cargó sobre la falda del vestido una gran cantidad de estas piedrecillas, y comenzó a gritar, marchando rumbo a la majada. Los perros ayudaban la tarea del orden, y así, apedreando a los animales que se dispersaban del camino, emprendió el retorno hacia la casa. En sus labios frescos y rosados florecía a ratos una canción nativa.

Cuando llegó al rancho, el padre salió para encarrilar el tropel en el aprisco. Al ver arrojar a su hija esas piedras de tan bello color, llamóle la atención. Fué a recogerlas el pobre viejo, y una infinita dulzura le inundó de alegría el corazón. Las piedras, ¡oh maravilla!, eran relucientes monedas de oro de los conquistadores. Inmediatamente, le interrogó sobre el origen del hallazgo. La pastora explicó temerosa, el encuentro afirmando reconocer el sitio y el camino.

Esa misma noche, el padre convocó a toda la familia y a los peones del arriendo para realizar la busca alucinante. Y con el alba del nuevo día iniciaron el viaje, con la avidez inmensa de ser ricos para siempre. Caminaron toda la mañana y todo el día. Recorrieron las cumbres de las lomas y los lugares habituales donde la pastora descansaba. ¡Vana tarea! La Raquel se esforzaba por recordar el sitio preciso del encuentro, mas ninguna seña, ni siquiera una piedra extraviada le daba la certidumbre del lugar.

Fué una busca apasionada por el tesoro oculto, cuya leyenda mágica recorre en la memoria de todos los moradores montañeses. Con el crepúsculo, la cuadrilla perdió toda esperanza en el descubrimiento. Raquel lloraba de miedo ante la amenaza de sus padres indignados. ¿Cómo era posible perder esa fortuna, que transformaría sus vidas de la noche a la mañana? Los sueños de ser potentados, grandes señores feudales de la comarcas puneñas se esfumaban para siempre. Y con el desconsuelo trágico y amargo de la ruta perdida regresaron al hogar, con el alma agitada de ambiciones obscuras e inquietudes nuevas.

Raquel, ingenua pastora de los rodeos puneños, fué como un símbolo de la felicidad terrenal. Ella encontró el tesoro del mundo, propicio al descanso y a la ventura humana. Sin embargo, su alma, pura de toda pasión mezquina, no maldijo el fracaso ni la huída de la suerte. Ella confiaba en el porvenir de los campos y en el aumento de la grey. La riqueza sin trabajo ni honradez sería eterno remordimiento de conciencia y egoísmo.

Por eso, aquella noche en que su padre lloraba la evidencia extinguida de la maravillosa leyenda, Raquel Quirua le pareció sentir en su corazón — desde lo alto — la aprobación silenciosa del Destino.

Dias grises

Hay días amargos
de una amargura extraordinaria
en que el espíritu se afina
y hasta se quiebra el alma.

Son días de pena sorda,
de angustia que se apoya y no pasa,
de una inquietud indefinida,
de una honda melancolía vaga.

Son días de un gris casi luctuoso,
de pequeñas sensaciones ingratas,
de mil sensiblerías en los nervios,
de vientos del norte que pasan...

Entonces las mujeres presentidas,
—vale decir — ligeramente amadas,
se esfuman en la propia lejanía
de nuestro mismo estado de alma.

Parece que estuvieran menos vivas,
disimuladas en la distancia,
perdidas en lo más hondo del recuerdo
en cualquier rinconcito del alma!

Días en que uno mismo
se siente incapaz de hacer nada
y si no llora es porque se avergüenza
de derramar algunas lágrimas!

Momentos en que el espíritu
parece que se afeminara
y en que los nervios—indómitos siempre—
se recubren de gasa...

Entonces es cuando se ve muy lejos
a la mujer amada,
cuando parece inverosímil
hasta el propio deseo de alcanzarla.

Cuando se quiere con más bríos,
cuando se anhela con más ansias
y cuando se espera en algo indefinido
que modifique las angustias vagas.

Entonces Ella, la Elegida, la Intangible,
pasa por ahí como esfumada,
y uno siente el deseo infinito
de arrodillarse y besarle las plantas!

Luis María JORDAN

EL POZO MAS PROFUNDO DE LONDRES

Se está construyendo en la actualidad el más profunda de los pozos londinenses, que tendrá una profundidad de 260 metros. Se está abriendo en los fosos del Savoy Hotel y suministrará 70.000 litros de agua por hora. En el mismo hotel existen ya otros dos pozos que suministran ambos 50 mil litros.

Un periodista ha descendido recientemente al fondo alcanzado hasta ahora, 150 metros, y ha tardado veinticinco minutos. Este fondo es el lugar mas silencioso de Londres, y existe en él una atmósfera permanente de lluvia que obliga a los obreros a trabajar con trajes impermeables.

El siguiente hecho revela el peligro en que se desenvuelven los trabajos. Uno de los obreros dejó caer una moneda al fondo del pozo, sin que hasta ahora haya sido posible encontrarla al profundizar su cenagoso fondo. Desde entonces todos los trabajos de barrenamiento se verifican cuidadosamente para rescatar la moneda perdida, que debe haber descendido unos 30 metros desde la fecha de su caída.

EL MAGTA - CKARA

Por Fausto Burgos.

I

Ckara, en lengua keswa, significa cuero; magta, pelado. Tarky, el cochinoqueño, tiene pelados los bolsillos; por mal hombre, le llaman el Magta-Ckara, el cortado... El cohinoqueño, usa ojotas monteses, traje de cordellate, poncho puyo. Diz que su yacolla listada, era de su bisabuelo. No se le cae ni en invierno ni en otoño, ni en verano. Allá por octubre se la quita. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Devoción, manía, promesa?

Tarwy es bajo, flaco, viejo; pero aún come con sus dientes y ve bien con sus ojos.

¿Y la mujer del Magta-Ckara, y sus hijos?

Duerme donde le pilla la noche; a veces, a la intemperie, en un canchón, cerca de las patas de los borricos que trajeron costales de lana, ó contra la pared, a unos pasos de la chichería.

La otra mañana lo encontramos en el camino que va al cerro Huancar. El Magta-Ckara, estaba tendido boca abajo. El chaparrón caído durante la noche, había dejado su poco de agua en el sombrero ovejuno de Tarky. Roncaba a su placer. A su vera, acuyicos, un trozo de pan, una botella vacía, un cordel de lana de llama.

—¡Arriba, amigo! — le dije yo — ¡Arriba!... que allí viene una tropa de burros cargados. ¡Son una punta!

Al improviso se encogió, abrió los irritados ojos, se puso de pie y miró ahincadamente.

—¿Qué decís, tatay?

—Yo... nada...

—¿Y los borricos?

—¿Cuáles borricos?

A la ligera lo miró todo.

—¿Los de tu compadre Aramayo? ¿Los de tu comadre, la coya Sulka?

—No vienen, no vienen; déjame dormir, tatay.

—Te dejaré dormir.

—¿Tenís coca?

—Se me acabó...

—A ver...

Y comenzó a bolsiquearme, muy campante.

—La tenís escondida...

—Se acabó.

—¿Y llicta?

—Ni un chiquito.

—Dejame dormir, tatay...

Tendióse nuevamente sobre unas aromosas matas de tola.

—¡Arriba!...

—¿Qué?

—Vienen dos gendarmes...

—¡Qué me importa!...

—Los manda el comisario.

—Soy dueño de dormir donde se me antoje...

—Este campo es fiscal.

—¿Fiscal?

—Es del gobierno...

—El gobierno soy yo...

—Te llevarán a la capacha.

—Mejor, mejor; el comisario me convidará coca, llicta y alcohol...

—Sí... sí. ¿Y el cepo?...

Puso la cara sobre los antebrazos.

—¡Cómo no!... Somos amigos; y le enseñé a leer y a escribir. ¡Como no!

—Sí... sí. ¿Y el cepo?...

—¡Somos amigos!

—¿Y le enseñaste lo que no sabís?

II

Ese mismo día, ya de tarde, estábamos en la tienda de comestibles de Santini, cuando entró el Magta-Ckara, malhumorado, gesticulando. Santini, el abajeño más rico de Abra-Pampa, le miró de alto a bajo y le dijo:

—¿Qué tal, Magta Ckara, pillaste alguno?

Escondió Tarky el acuyico y contestó de mala gana:

—Ninguno, tatay...

—¡No te decía yo, inservible!

Alargó el cuello Santini. ¡Ni una sola tropa de borricos por la calle!

—Ni uno para remedio, tatay...

—¡No te decía yo, inservible!...

—Dicen que vos pagáis un peso con treinta centavos por el kilo de lana, porque tu balanza roba la mitad...

—Roba la mitad... A vos te debiera cortar la lengua...

—El turco paga un peso con veinte centavos.

—Ese sí que es ladrón...

—¡Cómo será, tatay!...

—Roba con la balaza, en las cuentas, en la coca y harina y alcohol.

—Pillé uno.

—¿Y?...

—Se me resbaló. Venía de Cketa.

—¿Cuántos traía?

—Una punta de burros.

—¡No ven!...

—Yo le dije: "Vamos a lo de mi patrón, que él es el único barraquero que paga un peso con treinta centavos por el kilo de lana". El cerrero ya te conocía; blanqueó los ojos y me tiró a la cara el acuyico... Todavía le dije: "Vamos a lo de Santini, que él vende coca fresca, alcohol sin bautizar y harina de maíz nuevo".

— Qué vas a decir, Magta-Ckara?...

—Y le quise descargar el burro que hacía la punta. Iba a desatarle las sogas, cuando el cerrero me sacudió con una piedra... Mirá, tatay, aquicito...

—Aquicito, aquicito... Los coyas que traes son más pícaros que vos... Venden lana humedecida y con rocío de arena... Y si se trata de cueros, hay que tener ojo: entre los sanos ponen los que no sirven...

—¿Y qué culpa tengo, tatay?... A ver, dame una onza de coca y una chata.

—...Y?

—¿De dónde?... ¿No me llaman el Magta-Ckara?

Y mostró el forro de los bolsillos de su chaqueta.

—¿De dónde, tatay?...

—¡Magta-Ckara!

—¿Para qué me sirve el código?...

—Para engañarlo al juez...; para asustarlo al comisario.

—¡Qué saben esos! A los dos les tendría que colgar un cencerro. ¡Qué bien cargarían los costales de lana!

—¡Si lo llegan a saber!...

—En la casa les dije. Cuando un pobre cae en sus manos, lo bolsiquean... Y no le dejan ni una sed de agua...

Santini, el comerciante abajeño, echóse a la calle y se puso a mirar a los cuatro vientos.



—El frasquito vale treinto centavos; ahora que si le ponemos algo, no se lo cobramos...
—Bueno..., entonces póngale un corcho.

Vale más errar creyendo

Vale más errar creyendo que erra dudando.

Si dudas de todo hallarás el aguijón de la pena, porque muchas cosas te acaecerán conforme a tu duda, y lo bueno que acaezca, a pesar de ella, estará amargado por tu esceplicismo anterior.

En cambio, si en todo tienes fe, tus propios desengaños te serán gratos, recordando que hasta que no llegaron esperaste... Y tus dichas florecerán como rosas plenas después de una estación entera de rosas.

La Belleza muchas veces sólo necesita para realizarse como condición última, tu fe en ella.

El amor que vacilaba al nacer, rompe resueltamente su capullo si lo atrael la primavera de la fe, llama eficaz que todo lo hace germinar.

Si crees, habrá además en tus ojos algo imperioso y dulce al propio tiempo, que sojuzgará y avasallará las almas.

Tus pies se posarán en la tierra con seguridad de dominio y tendrá tu andar un ritmo viril, a cuyo compás gustará de ajustarse la buena fortuna.

En tus palabras habrá un sortilegio invencible, y el ademán de tus brazos llegará a ser tan augusto y definitivo como un signo de la fatalidad.

Amado NERVO

—¡Magta-Ckara!...
—Tatay...;
—Allá viene una tropa.
—Traen sal, traen lana.
—Corré.
—Dame primero la coca y la chata de alcohol...
—Corré...

En cuanto mojó el repuesto del acuyito, el Magta-Ckara salió corriendo. Para un lado y para otro se le iban las haldas del poncho. Corría a vuelapié, alborozado, imaginando topar con un arriero viejo, con uno de esos arrieros que ni saben cuántos costales cargan los borricos, echan mal las cuentas; con uno de esos arrieros que se asombran cuando el acaparador les dice: "¿Qué no sabís sumar y restar? Tanto de coca, tanto de harina, tantas chatas y tantos kilos de lana, a un peso con veinte centavos el kilo..."

Por la huella venían Quipildor y su mujer, en pos de una tropa de borricos. De vez en vez las cansadas bestias querían derramarse por el descanpado, verde de añaguas, de canglias y de tolas; entonces el arriero revoleaba su honda de dos ramales overos y la mujer cogía una piedra.

¿De dónde venían Quipildor y su mujer? ¿Venían de Colla-Guaima, de Orus-Mayu, de Cketa?

Los topó el Magta-Ckara en el camino.

Tarky. — ¿Cuántos costales tatay?

Quipildor. — Docena y media, señor.

La mujer. — Cuatro costales, son de mi comadre Ckegua...

Tarky. — Te los compraremos a todos. ¿Y panes?

Quipildor. — Otros tantos, señor.

Tarky. — Vamos a lo de Santini, el barraquero que paga más... Y la balanza de Santini no roba.

La mujer. — ¿Nada?

Tarky. — Ni un gramo.

El arriero pensó para sí: "Yo lo conozco a don Santini El año pasado me robó sólo diez kilos de lana y cuatro carguitas de sal... Y cuando me vió alegre, me sacó afuera, a la rastra y me dejó al sereno".

Tarky. — Si vos no sabís sumar, yo te haré las sumas, tatay.

La mujer. — Sí sabe.

Quipildor. — No sé, señor.

Tarky. — Yo soy coya y no los voy a engañar...

La mujer. — ¿Para qué decís eso, tatay?...

Los borricos, aprovechando la buena coyuntura se querían derramar por el descampado. verde de canglias, de añaguas y tolas; Quipildor revoleaba su honda pastoril; su mujer, paraba el huso y cogía una piedra.

Esa noche, tirados sobre el piso de una chichería, durmieron Quipildor y la coya Chaile. El Magta-Ckara y otros cerreros, cantaban al son de sus cajas...

Descubrimientos en Palestina

Recientemente ha tenido lugar en Palestina un descubrimiento arqueológico de la mayor importancia: El de la comprobación de que las cuevas de Palestina contienen los testimonios más completos acerca de su antiguos habitantes.

Por lo tanto. Palestina posee dos testimnnios: su historia bíblica y su cueva histórica.

Existe también un tercero: historia neolítica o historia intermedia.

La historia bíblica de Palestina empieza con la llegada de Abrahan, 2000 años antes del nacimiento de Jesucristo.

Según nuestro cómputo se pueden asignar a los habitantes de Palestina, 20.000 años más que a Abraham.

El descubrimiento hecho ahora en el Monte Carmelo, a cuarenta millas de Galilea y veinte de Nazareth, revela la clase de vida realizada por los habitantes de Palestina hacia el final del período de la caverna.

Los descubrimientos realizados los ha hecho el Departamento de Antigüedades del Gobierno de Palestina.

En la primavera de 1925, el profesor Gaistang, auxiliado por el adjunto F. Turville, dió comienzo a su trabajos. Una cueva de la ladera occidental del Mar de Galilea fué escogida para la exploración.

Los trabajos dieron fruto en 1923 en que se encontraron objetos semejantes a los empleados en occidente en la edad de bronce.

A una profundidad de tres metros encontró Turville parte de un cráneo humano, fosilizado, y huesos, también fosilizados, de otros animales.

Una investigación detenida en este cráneo nos prueba que el hombre que vivió en Palestina, cuando los estratos de la cueva empezaron a formarse, pertenecía a una raza extraña que ocupó Europa por medio de la zona Neandenthal.

Entre los huesos de animales, se encontraron de hipopótamos, rinocerontes, camellos, osos, caballos, etc., fauna que indica que el clima de la antigua Palestina era muy diferente de lo que es hoy.

La cueva de Galilea nos revela dos períodos de ocupación: uno muy antiguo, representado por los objetos hallados en la divisoria superior.

La obscuridad de los descubrimientos la aclararon los trabajos de la comisión y los de Doretea Garrad, otro miembro de la escuela de Oxford, que encontró restos fósiles de la misma raza descubierta en Galilea, en el monte de Efreim.

Aquí además de huesos pertenencientes a hombres, niños y mujeres, semejantes a los de Neanderthal, encontró lanzas, flechas y otros objetos no muy diferentes de los antiguos representantes del tipo mediterráneo o europeo occidental.

En ciertos sentidos, la Palestina es una tierra de promisión. Por estas investigaciones, la historia de la Palestina y de la Humanidad pueden volver a un período tan remoto, que en comparación, el tiempo de Abraham aparecerá casi moderno.

El Gobierno de Palestina y su Departamento de Antigüedades están llenas de posibilidades.

Al par se encontraron pendientes de hueso, collares de bronce y otros objetos.

Lo que más llamó la atención de la comisión fué un largo bastón de hueso, especie de bastón de mando.

Lleva este bastón talladas figuras de animales, probablemente terneras en una curiosa actitud. La cabeza y parte de cuerpo están talladas en redondo, pero los pies, de los cuales se muestran solamente dos, se trazan en bajo-relieve.

Esta talla no desmerece de la realizada por los artistas del período magdaleniano. Representa un avance en el arte prehistórico, en relación con Palestina o en Siria.

MI RETRATO

En frente de la mesa donde escribía
colgaron un espejo el otro día,
y como consecuencia, no es cosa rara,
buscando un consonante, alcé la cara
y contemplé mi "humilde fisonomía".

No entiendo de pinceles ni de paleta,
pero, calzo mis puntos como poeta,
y el verme tan de cerca, movióme en suma
a trazar mi modesto retrato a pluma:
Veremos si la efigie sale completa.

Porque el cuadro resulte más verdadero
quiero hacer mi retrato de cuerpo entero:
cinco pies de estatura, menos pulgada:
(Para quedarme en cuatro no faltó nada).
Sin embargo, soy todo un caballero.

Tengo el bigote escaso: barba poblada
y no es rubia, ni negra, ni colorada:
La cabeza es redonda como un buñuelo:
Me queda, por desgracia, muy poco pelo,
que la gente de letras es muy pelada.

Las cejas arqueadas; frente espaciosa,
pero, debe haber dentro muy poca cosa:
El compás con que mido estos renglones;
doscientos desengaños; tres ilusiones,
un armario de versos y un lío en prosa.

Tengo los ojos garzos y algo expresivos:
boca estrecha, aunque grande los incisivos,
pero no hay en el mundo seres felices,
y, ¡tengo, caballeros, unas narices
que no las vieron nunca muertos ni vivos!

El tenerlas, me tiene siempre de luto,
y al verlas sonrosadas, vamos, me inmuto:
¡Son atroces...! Si caen cuatro o seis gotas,
se me llenan de barro más que las botas
y pasan de tres kilos de peso bruto!

Si las narices prueban talento y Arte,
ellas son de mi gloria fiel baluarte,
pero, yo de la gloria no soy amigo,
y, con franqueza; vamos, formal les digo
que me las metería en cualquier parte.

Sin querer, del retrato paro el bosquejo,
pues llena mi cabeza todo el espejo.
Si no contemplo el cuerpo, ¿como pintarlo?
Aunque me sobran ganas hay que dejarlo,
y no arruguéis, lectores, el entrecejo.

Prometió un "cuerpo entero" mi ligereza,
y ahora les doy "un busto". ¡Fué una torpeza!
Los lectores, a coro, me están silbando.
Ya acabaré el retrato, sabe Dios cuándo:
¡Por hoy tenéis bastante con la cabeza!

José JACKSON VEYAN

ERA EL OTRO

Por Sebastián Gomilo.

Se llamaba Faustino Ortiz, y estudiaba el tercero de Medicina con aprovechamiento.

De la noche a la mañana decayó la aplicación. "¿Quare causa?" Nimia y tremenda a la vez. Unos ojos femeniles. Los ojos femeniles han malogrado más fines de curso que estrellitas hay en el cielo.

En esta ocasión los ojos femeniles valían la pena. Como que su poseedora era una beldad y una tentación en todo los sentidos. Se trataba de la hija del banquero Urzáez.

Cátate a Faustino Ortiz haciendo anatomía ideal, limitada a aquellos dos óvalos en sendas cavidades orbitarias, capaces de volver tarumba al más frío y severo de los anatomistas. ¡Vaya un par de niñas para dejar quieto a quien ni era frío ni descollaba por su gravedad!... Recordaba él el "limbo esclerocorneal", y verdaderamente no pasaba del limbo.

¿Qué iban a importarle los pormenores y componentes de aquellas dos pupilas? ¿Tendrían algo que ver las fibras musculares, el ligamento suspensor, la membrana hialoidea, etc., con el encanto de la mirada y la atracción de sus reflejos?...

Total, que la anatomía ideal daba por resultado un "suspenso" como una loma y por contera un rapapolvo fenomenal del viejo Ortiz.

La propietaria de aquellas dos luciérnagas mareantes no se mostraba del todo esquiva. Faustino Ortiz ofrecía un talante asaz simpático, poseía un verbo de oro y no carecía de formalidad ni de juicio. Tan así, que se echó esta cuenta: "Si corresponde a mis ansias, soy hombre feliz. Si me rechaza, recupero lo perdido previa amputación de algo sensible."

Así resultaba una dualidad viviente. Había en él un romántico y un filósofo, sin que se dieran de bofetadas, antes bien, completándose perfectamente. Acaso hubiera algo más, acaso pudieran notarse pespuntes de psicólogo injerto en calculista. Y este parecer quizá alimentaba el banquero Urzáez, si dado el positivismo no exento de penetración en lo que al alma humana se refiere.

* * *

En cuanto Faustino Ortiz fué estrechando el cerco el padre de la deidad se puso en guardia. Y ponerse en guardia quiere decir que se enteró oportunamente. Referencias del mozo y sondeo de la niña. Lo primero hubo de provocar un gesto de buen humor que no excluía cierto despego. ¡Cuidado con el atrevido! ¡Un simple estudiante de Medicina que acababa de recibir calabazas! No sobrarían otras, para armonizar. Tocante a la chica, se persuadió de que todo se reducía a lo propio de la edad, es decir, al halago de ver a un mozo físicamente aceptable rendido por ella.

Pero no contaba el financiero mundólogo con la dualidad que hemos mencionado. El "filósofo" que había en Faustino Ortiz no pudo vencer al "romántico"..... (¿Sería el "calculista"?) Y la anatomía..., digamos oftálmica, hubo de ir en "crescendo". Por lo cual se dijo el ricachón algo del tenor siguiente:

"¡Ba! Cortemos por lo sano. Todo eso de los grandes amores son monsergas. Si los amantes de Verona se hubiesen casado y tenido hijos, ¿dónde estaría su inmenso amor?... Con seguridad que a mi hija le importa poco que sea Fulanito de Tal o Juan Sinnombre quien le recree hoy por hoy vista y oídos con pinturas y tonos apasionados."

¡Pobre Faustino Ortiz!... Con el "ukase" que recibió de aquel ogro había para caerse de espaldas. Pero... ¿y la chica?... ¿Qué opinaría la chica?

La situación del estudiantillo pasó a ser difícil. No iba él al pueblo aunque lo emplumasen. A las filípicas del autor de sus días no replicó. El amor propio es cosa que algunas veces rompe hasta con el respeto... Y empezó una vida de aventuras que era un dolor.

Pronto la realidad hubo de decirle que, efectivamente, no había que soñar en la conquista de la beldad aquella. Y entonces empezó la lenta amputación que había imaginado. Un nudo en el corazón, y cada día un tironcito, apretando más, más, hasta que saltase... Nada de anatomía ideal en vivo. Debía llegar a la consideración de un estudio anatómico practicado en un cadáver.

* * *

El infortunio es a veces llamada al sentimiento, y el agravio puede ser estímulo. Dos años, y Faustino Ortiz se licenciaba con toda suerte de pronunciamientos favorables.

La hija del banquero brillaba en el gran mundo, y no hay que decir que abundaban los pretendientes. Belleza y fortuna equivalen a miel sobre hojuelas. Y a la miel van moscas, entre no pocos moscones. Por ello suelen engreírse algunas deidades, corriendo el riesgo de la coquetería. Que fué lo que llegó a achacársele a la gentil Lucita Urzáez. ¿No sería aturdimiento por una posible contrariedad?

El trajín de la vida en sociedad había colocado de vez en cuando frente a frente a Lucita y Faustino. Este adquirió renombre. ¿Hizo el encuentro mella en sus almas..... Ambos tenían ahora cohorte de admiradores, y el orgullo personal siempre sirve para domar otros impulsos. El banquero sí, el banquero enarcó un día las cejas como oprimiendo una recordanza y sujetando una duda. Pero un esfuerzo levísimo de la voluntad bastó para desfruncir los pliegues. Todo en el mundo es cuestión de oportunidad.

Y el golpe a la duda lo dió un encogimiento de hombros.

Hasta que un día...

* * *

La ringla de coches en el amplio paseo era extensísima. Vehículos y peatones por todas partes, aglomeración, bullicio. Era casi al anochecer, y el tránsito iba siendo confusión. Confusa la luz, confuso el ruido, confuso el paso de automóviles, tranvías, autómnibus, etc.

Al ruido de una bocina y al trote de un grupo de jinetes espantáronse los caballos de un landó que ocupaban dos personas. El castigo con la fusta no hizo más que enardecer a las bestias, y la carrera que emprendieron fué vertiginosa. Hubo un rumor de tempestad presumiendo una catástrofe... Abriéndose paso saltó un joven al arroyo central viendo venir a aquellas furias, colocándose en línea recta y como dispuesto a contener aquel alud... ¡Rapto suicida!.. Un ¡ay! se escapó de centenares de bocas al unísono.

Y todo fué rápido. Enarbolando el bastón que llevaba plantificóse el temerario en actitud de ofensiva... Encabritóse uno de los brutos y tropezó el otro... Aquel segundo no más fué suficiente para evitar la tragedia. Corrieron otros transeúntes, y la situación quedó dominada.

Descendieron del landó el banquero Urzáez y su hija. Se habían dado perfecta cuenta del arrojo de Faustino Ortiz.

La entrevista que al día siguiente tuvieron éste y Urzáez, al ir a darle las gracias, fué cortés y más breve de lo que cabía esperar.

* * *

—Le debemos mi hija y yo la vida — dijo a Faustino el banquero.

—Nada me deben ustedes, pues no sabía yo quién ocupaba el coche.

—Motivo de más. Su acción es reflejo de impulsos loables. Ya habrá usted visto el rosario de elogios que le dedica la prensa de esta mañana... A los muchos lauros que ciñe merecidamente usted, habrá que añadir el que más le honra... Y bien merece recompensa...

Hubo un silencio embarazoso.

¿Sería aquel hombre tan cerril que fuera a ofrecerle dinero?

Faustino Ortiz irguióse involuntariamente con altivez.

Notándolo, Urzáez, balbució casi:

—Recompensa... que usted apeteció... Usted amaba a Lucita...

Faustino le miró fijamente. Y replicó, apuntando una sonrisa:

—Cierto, señor Urzáez. Y usted me rechazó de un modo...

Volvió a dibujarse en sus labios la sonrisa con marcada acentuación irónica.

—Usted, que tiene talento, sabrá explicarse mi actitud de entonces, querido Ortiz. Era usted... otro. Pero los errores admiten rectificación y enmienda. Ahora...

—¡Ahora!... ¿Qué quiere usted decir, señor Urzáez?

—Que por ser usted quien es y lo que ha hecho... Las circunstancias han variado... Yo sé que mi hija...

Tuvo que hacer un esfuerzo Ortiz para dominar un gesto altivo. Delicadamente insinuó la oportunidad de poner término a la entrevista. Y se limitó a decir, entre apretones de manos y con un tono de cordialidad sangrienta:

—Habla usted como un libro... Yo "era otro" Y de aquel otro nada queda, nada absolutamente. A aquel otro puede que le hubiese gustado una "recompensa"... ¡Qué le haremos, señor Urzáez!... No existe ya aquel Faustino Ortiz...

Y levantó con una mano el cortinón de terciopelo, mientras con la otra extremaba la cortesía.

Hasta el umbral fué repitiendo con inflexiones de voz extrañas:

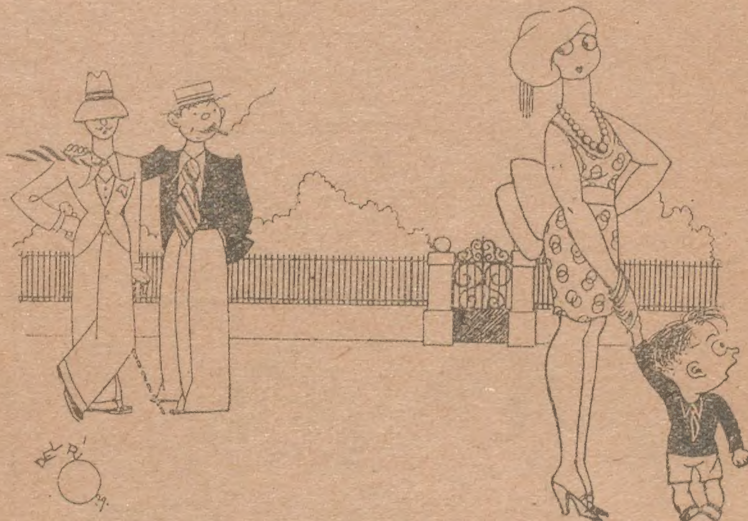
—¡¡Era "el otro"!! ¡¡Era "el otro"!!

CURIOSIDADES DEL SANTORAL

Los diez primeros ordinales están casi todos en el santoral. De Primo y de Segundo tenemos noticia. El 18 de diciembre hay un San Cuarto; el 4 de enero hay un San Quinto, otro el 19 de marzo, otro el 29 de octubre y otro el 18 de diciembre. El 31 de diciembre, día de San Silvestre, hay también un San Sexto. El 17 de agosto hay un San Séptimo, otro el 2 del mismo mes, y otro el 24 de octubre. El 2 de diciembre hay un San Nono. Pedir más, fuera pedir demasiado.

Los nombres de las divinidades mitológicas y de los héroes de la fábula no faltan en el santoral. Ya hemos visto a Adónis y a Anfión. El 21 de abril hay un San Apolo; el 17 de septiembre una Santa Ariadna, como la del hilo. Santos Dionisios, hay muchos, pero el 7 de octubre hay también un San Baco. El 9 de junio hay una Santa Diana. Diómedes fué un fabuloso rey de Tracia, que alimentaba con carne humana a sus caballos, y que fué vencido por Hércules, quien lo hizo comer por su propia hueste; el 16 de agosto hay un San Diómedes, y el 2 y el 11 de septiembre otros dos del mismo nombre. Gordio fué otro rey más o menos fabuloso, el que hizo el nudo Gordiano; el 3 de enero hay un San Gordio, el 1 de mayo un San Gordiano, y el 17 de septiembre otro; pero hemos de decir aquí que Gordiano fué también nombre usado entre los romanos. El 12 de julio hay un San Jasón, como el jefe de los argonautas, y el 3 de septiembre hay otro; el 25 de noviembre hay un San Mercurio, y el 1ro. de diciembre también otro; el 10 de noviembre hay una Santa Ninfa. Océano fué un titán; el 4 de septiembre hay un san Océano. Peleo fué el padre de Aquiles; hay dos santos Peleo; el uno, el 2 de febrero y el otro el 18 de septiembre. Príamo fué el último rey de Troya; el 28 de mayo hay un San Príamo. Hay dos santos Sátiro: el uno el 12 de enero y el otro el 17 de septiembre.

Nombres históricos de la antigüedad también hay muchos. Sólo mencionaremos los menos conocidos como nombres propios. Ya hemos citado el de Aecio. El 22 de abril hay un San Apeles, como el célebre pintor griego de la época de Alejandro. El 7 de octubre hay un San Apuleyo, como el autor del "Asno de Oro". El 10 de mayo hay una Santa Berenice, nombre de la hija de Ptolomeo Filandelfo, rey griego de Egipto. Santos Ptolomeo hay varios: 24 de agosto, 19 de octubre y 20 de diciembre; Filadelfos también hay dos: 10 de mayo y 2 de septiembre. El 19 de enero hay un San Catón, como el austero tribuno romano. El 15 de mayo hay un San Ctesifonte, nombre del ateniense que le hizo dar a Demóstenes la corona del pleito, y nombre también de una antigua ciudad de la Mesopotamia, cuyos restos fueron aprovechados para la construcción de Bagdad. El 31 de julio hay un San Demócrito, nombre de un filósofo griego; el 7 de enero un San Epicteto, como otro filósofo griego, el célebre estoico; el 12 de junio, un San Esquilo. Santos Juvenal hay dos: 25 de enero y 7 de mayo. El 2 de octubre hay un San Lucano. Mardonio era el general persa de las guerras médicas; hay dos Mardonio: 23 de diciembre y 24 de enero. Platones hay otros dos: 4 de abril y 22 de julio; un Plutarco: 28 de junio; dos Quintiliano: 13 y 16 de abril. Sapor fué un rey de Persia, famoso guerrero y azote de los cristianos; el 30 de noviembre hay un San Sapor. Sócrates hay dos: el 10 y el 17 de abril; Jantipa, no hay, pero hay una Jantipe (23 de septiembre), que acaso sea ella.



—Heredará toda la fortuna de su padre.
—¿Qué edad tiene?
—Diez y ocho años.
—No, hombre; digo la del padre.

El pueblito gris

Está lloviendo la frialdad del día
sobre el pueblito gris y solitario.
Deshila gotas la melancolía.
superficial, de este domingo agrario.

Las casas duermen con su aburrimiento,
van por las calles unas hojas secas;
y el tren resulta el acontecimiento
mayor, que pasa por las horas huecas.

El pueblo se halla como un peregrino
que ha detenido su cansada planta.
Vive lo mismo que el rural molino:
como él trabaja, pero no adelanta.

Tiene una novia, la vecina aldea:
se mandan carros cuando el sol despunta;
y el pajarito que en los dos gorjea,
tendiendo el vuelo las dos almas junta...

La lluvia llora por lo que él no llora,
por lo que calla, por sus obras buenas.
Hoy se entristece porque no labora;
mas a su angustia la comprende apenas.

Deshila gotas la melancolía
superficial, de este domingo agrario.
Sigue lloviendo la frialdad del día,
sobre el pueblito gris y solitario.

Pedro Miguel OBLIGADO

FORD BAILA PARA CONSERVAR LA JUVENTUD

A su llegada a Southampton, Mr. Henry Ford fué entrevistado por una verdadera muchedumbre de periodistas.

Entre las cosas más curiosas que ha confesado este hombre, que pasa por ser el hombre más rico del mundo, ha sido que "baila", por considerarlo como un medio de permanecer joven".

PROHIBIDO BESARSE EN LAS PELICULAS

El censor de películas de Pekín, siguiendo el ejemplo del Japón, ha prohibido la proyección de toda clase de cintas en que figuren besándose personas de diferentes sexos. Funda su decisión en el efecto moral que causan dichas escenas en la joven generación.

LA CASITA PEQUEÑA

Por Ezequiel Enderiz.

No querían aquel matrimonio ni la familia de la novia ni los parientes del novio. La madre de Carlos, viuda, se había opuesto a la boda de su hijo único pretextando que Blanca, su futura nuera, era superficial y frívola. Los padres y hermanos de Blanca veían en aquella unión la desventaja de que Carlos todavía no estaba situado en condiciones económicas para trasladar a la mejor flor de la familia del viejo palacio solariego a otra morada por lo menos igual. Pero en el fondo, toda la oposición era una cuestión de antipatía. Los familiares de Carlos y Blanca no se eran simpáticos, sin más razón que no se son tampoco dos personas que se encuentran en el tranvía...

Sin embargo, los novios se amaban apasionadamente, y como nada serio se oponía a su enlace se reían de aquellas caras malhumoradas y aquellas frases de doble sentido que constantemente envolvían su idilio.

—¿Qué te ha dicho hoy tu madre? — preguntaba Blanca.

—Lo de siempre... Que si hemos comprado ya una máquina de coser... Que si sabes si para freír un par de huevos se echa antes el aceite que los huevos...

—Y tú ¿qué le has contestado?

—Que no pensamos comer nunca huevos fritos...

Y se reían como niños, tomándose las manos, mirándose el uno en los ojos del otro con esa gran ilusión de los veinte años.

—Papá — decía ella — no te cree capaz de ganar nunca un solo pleito...

—Pues es el único que no debía dudarlo... ¿No le he ganado el suyo, llevándole como costas e indemnizaciones su mejor joya, que eres tú?...

—Todo el mundo está contra nuestro cariño — decía un poco triste Blanca. — Todo el mundo...

—No — dijo Carlos; — hay alguien que ve gustoso nuestra boda...

—¿Alguien de la familia?... ¿Quien?...

—Mi tío Carlos

—¡Oh! El loco, el bohemio, el rebelde...

—El sabio y el bueno. Cuando lo conozcas y lo trates lo querrás. Está injuriado por el mundo. Todo su delito ha sido no amoldarse a las leyes del mundo. Y el mundo se lo paga odiándolo. Pero él se ríe de este odio y sigue haciendo lo que le da la gana, que nunca es hacer mal a nadie.

—¿Y cuándo viene?

—A primeros de mes, exclusivamente a nuestra boda.

* * *

El tío Carlos tomaba café y echaba por el aire las bocanadas de humo de su pipa. Acababan de comer en el nuevo hogar constituído por el sobrino Carlos y Blanca. Todo era feliz allí. Y el tío Carlos se había abonado a comer con el nuevo matrimonio, encantado de tanta sana alegría.

Aquella sobremesa les dijo:

—¿A que no sabéis qué es lo que más me gusta de todo esto?

—¿Qué? — dijeron a dúo los enamorados.

—El tamaño de vuestra casa... La casita pequeña.

—¡Tan modesta, tan pobre! — dijo ella.

—¡Tan feliz! — replicó tío Carlos. — Me asustan — prosiguió — las casas grandes y lujosas de lo recién casados... ¡Es extraño! ¿Verdad?... Pero he observado que la casa es el símbolo de los matrimonios jóvenes... Una casa grande, de muchas y amplias habitaciones, de blandas alfombras, de muebles raros, de vajilla rica, de suntuosos cortinajes y de artesonados de oro, no suele ser casi nunca el estuche adecuado de un amor grande y joven, rebosante de ilusión... No creo tampoco que el amor no necesite de casa y mantel... Pero sí creo que tan gran señor como está mejor hospedado es en una casita pequeña... ¡La casita pequeña!... He ahí el gran dolor de mi vida...

Los jóvenes esposos se miraron y no contestaron. Mas parecían interrogarse: "Pero tú, tío Carlos, errante siempre por el mundo, ¿has tenido algún dolor?" Tío Carlos lo comprendió así, y sin más requerimientos para que hablara, volvió a encender su pipa apagada, tomó una nueva taza de café y habló así:

—¿A que no os figurábais vosotros que yo había estado casado y enamorado?

—No... — dijo Blanca tímidamente.

—Nunca nos lo habías dicho — afirmó el sobrino Carlos un poco duro.

—Pues sí, hijos, sí. Me casé, y me casé enamorado. Hace ya treinta y cinco años. Desde ese mismo tiempo hasta ahora nunca hablé de mi matrimonio...

—Y tu mujer, mi tía... — dijo Carlos. — ¿Vive?...

—Para mí, no — afirmó seguro y sombrío tío Carlos.

Pero pronto se repuso, componiendo su rostro con su habitual sonrisa, y prosiguió:

—No fuí feliz ¡por culpa de una casita peuqeña!... Sí; no os extrañéis... Mi mujer era rica, y estaba muy bien relacionada en Inglaterra... Quiso que su matrimonio fuese un suceso en el mundo social, y me obligó, y yo accedí por amor, a gastar gran parte de mi fortuna en una magnífica casa... Yo no era partidario, de momento al menos, en llevar nuestro idilio a un palacio; pero ella, en cambio, quizá alentó aquel amor por el solo capricho de albergarlo en el palacio. El caso es que una vez casados comenzamos a perdernos por aquellos salones, aquellos pasillos, aquellos jardines y aquellas escalinatas... Cuando yo buscaba a mi mujer no la encontraba; cuando mi mujer me buscaba a mí tampoco daba con migo... Como distanciábamos nuestras personas fuímos distanciando nuestros gustos... Hasta que llegó un día que yo no quise encontrarla más... ¿Comprendéis, hijos?...

—Pero aquella mujer no le quería... — insinuó Blanca.

—No me quiso nunca, sin duda... ¡Mas quién sabe si más cerca de mí, en una casita pequeña, como ésta, el constante encuentro le hubiese hecho ver mi verdadero amor!

* * *

La fortuna comenzaba a acariciar a Carlos Vives, el joven abogado. Triunfos en el foro. Clientes que esperan pacientes y alucinados a la hora de la consulta. El primer hijo, como un capullito de carne rosa. Todo es alegría en la casa del matrimonio. Las mismas familias, tan enemigas en principio de aquella unión, van poco a poco haciendo más continuadas sus visitas.

—¡Sí, ya lo decía yo! — dicen todos ahora.

—Imposible entendernos en esta grillera — exclama Carlos. — Hay que pensar en cambiar de cuarto... Un despacho es insuficiente... No podemos traer más de dos invitados al comedor... Apenas si hay sitio para una criada, ¿dónde meter el ama? ¿Y el niño?

Blanca le escuchaba silenciosa.

—¿Qué dices? — le pregunta Carlos.

—¡Carlos!

—¿Es que no quieres vivir más amplia, más cómoda, mejor?

—Quiero — dice, al fin, ella con ternura ingenua — que tomemos otra casa sin abandonar ésta. Acuérdate de la triste historia del infeliz tío Carlos... ¡La casita pequeña!... Ella nos ha hecho estar siempre j u n t o s, encontrarnos siempre, unir más y más nuestras almas... Mucho te quiero y muy segura estoy de tu cariño; pero temo, Carlos, temo huir de la casita pequeña.

—En efecto — afirmó Carlos; — no debemos abandonar esta casa aún cuando tengamos otra... El mundo entero es de los pájaros y ya ves cuán pequeño es su nido.

EVANGELICA

Cuando los pueblos hayan perdido la ilusión de lo admirable, se doblarán hasta las cuatro patas: la generalidad marcha en dos, nada más que por no deshonrar los modelos que ella misma se forjó, nada más que por no desmentirse.

* * *

El alma de los pueblos es un misterio cuya dirección corresponde a la Providencia: aquel que se vale de artificios protocolares y de perspectiva, para mantener la ilusión de una excelsitud de que realmente carece, no pasa de un prestidigitador.

* * *

Cuando Napoleón tomó maestro de bailes y ademanes clásicos, a fin de imponer su grandeza por los ojos, dejó de ser grande; pero no por lo que aprendió a bailar y a moverse majestuosamente, sino por el propósito inconfesable por lo subalterno con que ensayó aquel aprendizaje. Se puso en la línea sainetesca de "Monsieur Jourdain", rindió vasallaje al espectro galoneado de la vieja corte y ofició de malabarista.

* * *

Todavía más: cuando Napoleón tomó profesor de rigodones y de genuflexias soberanas, reveló su deseo de dominar, — que lo tiene hasta las mujeres, y negó su naturaleza de dominador, — que no la tienen más que los providenciales.

* * *

Las pequeñas vilezas, los pequeños manejos, no los magnificaría ni Jesucristo, aunque Jesucristo resucitase y los usara.

* * *

Que las minucias canallescas de que no está libre ningún espíritu, te sean tan inútiles como el vello de tus brazos: que pase con ellas lo que con el plumaje de los canarios, del que nadie podría afirmar con exactitud para qué fin es amarillo.

ALMAFUERTE

La aventura

Por Francisco de Troya.

I

Alfredo se asomó a la ventana, que daba al patinillo de la casa, y miró hacia el piso de abajo.

Su compañero de cuarto de hospedaje también miró por encima de su hombro, y le preguntó intrigado:

—¿Entonces has logrado ya comunicarte con ella?...

—Sí; pero nada más que por señas.

—¿Y es tan bonita como dijo anoche ese pelmazo?

—¿Quién?

—El de Correos...

—¡Calla! ¡Escóndete, que no te vea!—dijo de pronto Alfredo.—Ya está detrás del visillo!...

Su amigo se echó hacia atrás; pero sin dejar de mirar a Alfredo que hacía señas a una mujer medio oculta tras el visillo de una ventana en el piso de abajo.

—Pero qué cómico eres! — le dijo en voz baja mientras Alfredo echaba casi todo el cuerpo fuera y hacía un movimiento como de arrojar algo al piso inferior.

—¡Verás cómo te vas a caer!...

Hizo un esfuerzo de cintura y se metió dentro, recobrando la vertical. Su amigo le interrogó:

—¿Qué has hecho?

—¡Casi nada! ¡Qué ahora mismo me parece que voy a hablar con ella! Baja conmigo si quieres; pero quédate sin hablar a la puerta del piso... Y procura que no te vean...

— Pero vas a entrar?

—¡No, hombre! Es que he tirado y ha caído sobre el poyo de su ventana una manta puesta a secar ahí en los alambres del patio. Creo que saldrá ella a dármela... ¿Qué te parece la estratagema?...

—¡Estupenda! Pero ten cuidado... Mira lo que dijeron anoche en el comedor, que es el dueño de esta casa nada menos...

—¡Bueno, bueno, de prisa!...

—Un tipo la mar de celoso...

Bajaron precipitadamente los dos tramos de escalera, y Alfredo llamó en el piso de la codiciada vecina. La casa de huéspedes en pleno, pues sólo pupilos la integraban, estaba pendiente de la bella enclaustrada. Siempre había alguno a la hora de la comida que decía haberla visto, hacia un ditirambo de su belleza y terminaba por afirmar que le había mirado e incluso le había sonreído. Ahora era Alfredo el más obsesionado. Según él, la conquista era segura. Allí estaba impaciente a la puerta del piso esperando con nerviosidad que le abriesen. Su amigo había bajado un par de escalones más para no ser visto. De pronto se oyeron pasos, y preguntaron desde dentro, descorriendo levemente la mirilla:

—¿Quién es?

—Del piso de arriba. A ver si hacen el favor de una manta que ha caído del alambre sobre una ventana de este piso...

Abrieron, y ¡oh delicia!, se presentó "ella"; pero no sola, sino escoltada por una vieja alta, enjuta, antipática, con gesto inquisitivo.

El piso se adivinaba en penumbras, confortable, lujoso. "Ella", de una belleza un tanto llamativa, se decidió a preguntar:

—¿Dice usted que una manta?...

—Sí, señora..., ¡digo, señorita! — respondió Alfredo algo turbado por la presencia de la rodrigona, y ya sin atreverse a decirle nada de lo que llevaba tramado.

—Espere un momento; voy ya mismo por ella.

Se alejó hacia dentro, y quedó la vieja, que seguía sin despegar los labios tras la puerta, como un centinela, y sin que el amigo de Alfredo la hubiese visto, por lo que se extrañaba de que éste se comportase de modo tan tímido. En vista de tan extraña conducta le hacía señas, y por medio de la mímica le preguntaba claramente cómo era que no se había decidido a decirle algo.

Y como lógicamente Alfredo no hiciera el menor gesto de respuesta, cohibido por la presencia de la vieja, su amigo le dijo en voz alta:

—¿Pero no le dices nada?... ¿Y para esto he bajado yo?...

Del portazo que dió la vieja al oir estas palabras retembló toda la casa.

II

Todavía con el amargo recuerdo de las bromas recibidas aquella noche en el comedor, donde fué relatada la aventura, al día siguiente se decidió y escribió la carta. Ya vería cómo hacerla llegar a sus manos. No todo iba a ser fracaso.

Quería ultimar pronto aquello por vanidad ante los compañeros de hospedaje, en primer lugar, y porque se le echaba encima el tiempo de su marcha a X., donde tenía un asunto pendiente. La primera vez, por cierto, que iba a visitar esta ciudad... Pero se distraía... Tomó la pluma, y después de varios intentos frustrados la escribió. Una carta apasionada de exaltación romántica. Sí, recordaba la frase del escritor francés: "A las mujeres hay que sujetarlas por el espíritu... o por la cintura". El no podía vivir así. Tenía que hablarla, y pronto, pronto. Si no, era capaz de hacer cualquier disparate.

Después escribió, ahora sin titubeos, a un amigo de X. preguntándole por dónde era más cómodo y económico el viaje, si por V. o por Z... Metió las dos cartas en sendos sobre. Se fijó bien. Cada una iba en el suyo. No obstante, volvió a comprobarlo. No, no se había equivocado. ¡Dichosos sobres! No tenían goma... Salió de la habitación a ver si doña Juana, la patrona, tenía. Y en este instante su compañero de cuarto entró. Habían reñido a consecuencia de lo ocurrido en la escalera. Se quitó el sombrero, echó un vistazo sobre la mesa y vió sobre ella las dos cartas abiertas. Le picó la curiosidad y leyó las direcciones. Dudó un momento; pero se atrevió de pronto. Tenía rencor a Alfredo por lo pasado, a más de una secreta envidia, y miren por donde le podía hacer una mala jugada. Se asomó a la puerta de la habitación. Nadie por el pasillo. Rápido leyó las dos cartas por encima e hizo después el tan de comedia y malhadado cambio de sobres.

Cogió una silla, se sentó y se puso a leer un truculento folletín de Carolina Invernizzo.

Entró Alfredo sin saludar, con su tarrito de goma. Se dirigió a la mesa, cogió las dos cartas, untó goma en la nema de los sobres, los cerró y se los guardó en un bolsillo de la americana.

III

A los dos días recibió Alfredo la siguiente misiva:

"Sr. D. Alfredo Sala. Presente.

Muy señor mío: Aunque no tengo el gusto de conocerlo, y su carta no iba encabezada a mi nombre, puedo decirle que su viaje a X. puede hacerlo indistintamente por V. o por Z., ya que viene a ser igual de cómodo y económico.

Su afectísima segura servidora,
VALENTINA RATACIOS."

Alfredo se quedó estupefacto. Comprendió que la aventura estaba terminada...

Y el cuento...

FRASES POPULARES

¡Es una esfinge!

Nació Esfinge de la unión de Tifoe y Equidna, bajo la forma de un león alado, poderosas garras de águila y busto de hermosa mujer según la Mitología griega.

A propósito del fantástico hijo de Equidna que por capricho del Destino vino a la tierra poseyendo el raro don de expresarse en lenguaje misterioso, se dice que resuelta Juno a vengarse de los tebanos por el asesinato de su deudo Crisipo, sacó a Esfinge del fondo de la Etiopía, donde habitaba, ordenándola colocarse al pie del monte Cittherón con objeto de interceptar el camino de la ciudad y devorar a los pasajeros que no descifrasen sus enigmas.

Cuando el monstruo anunció por medio de un mendigo su misión a los de Tebas, no faltaron ciudadanos que movidos de curiosidad o de valor no se presentasen frente a la roca donde Esfinge tenía su guarida; más como todos perecieran sin conseguir penetrar el sentido de sus palabras, consultó el Senado el Oráculo y este respondió que no desaparecería el molesto huésped mientras un mortal no adivinase su complicado lenguaje.

Así se hizo público en la ciudad, y para estimular el rey Creon el interés de sus vasallos, ofreció la mano de su hija Jocasta, viuda de Layo, juntamente con el cetro de Tebas, a aquel que redimiese la corte de tan terrible calamidad. Ningún tebano, empero, se brindó a la arriesgada empresa, ni otro que Edipo, fugitivo de Corinto, se presentó al soberano, más bien por amor a la gloria, según con gran sencillez manifestara, que obedeciendo a deseo de recompensa; y despidiéndose del Senado y del pueblo, se dirigió animosamente en busca de la Esfinge, que al verle le propuso este enigma:

"Un ser tiene cuatro pies, tres pies, dos pies y una sola voz, y si en algún tiempo varía el número de sus pies, es más débil cuanto más tiene."

A lo que contestó sin titubear el atrevido mozo:

"Ese es el hombre, que en su infancia se arrastra en cuatro pies, más tarde se sotiene en dos y en la vejez apoya sus frágiles piernas en un bastón...," oído lo cual por el engendro, se estrelló su cabeza contra la roca, y Edipo regresó a Tebas a cumplir los tristes mandatos de su Destino casándose con Jocasta, que era su madre, según lo declararon varios oráculos.

La frase "es una Esfinge", que en rigor sólo debiera aplicarse a la persona que no se deja comprender sin mucha dificultad, se emplea por extensión para calificar un estudiado mutismo.

Lope BARRON

Pensamientos

Hay ciertos días profundamente tristes, de una aflicción *universal,* en que *las cosas se quejan de haber nacido.*

Yo oigo, en esos días *las lamentaciones de la naturaleza,* y mi dolor se sobrecoge y calla para escuchar el gemido de lo que no vive y, sin embargo llora...

No tengo entonces derecho a hablar. Guardo un silencio profundo, un silencio religioso turbado por una congoja que viene de fuera, que está en el aire humedecido de lágrimas.

Esas lágrimas no son mías; pero me pertenecen, porque me pertenece todo el inmenso dolor difuso. Entra mi alma en la noche y la noche en mi alma. Me siento vivir porque viven en mí todas las angustias, todas las ansiedades del mundo, y estoy angustiado y ansioso *por los demás.* Empleo esta palabra en una absoluta indeterminación. Hasta las duras rocas se me quejan diciéndome que sufren.

En el Calvario ensangrentado se yergue una inmensa Cruz, símbolo de muerte; ante él, me reconozco hermano de los hombres y de las piedras

* * *

En este valle de lágrimas, hay demasiadas lágrimas y demasiado fango. La tierra, reblandecida, no es transitable para los hombres. La trágica lluvia amasa sin cesar el lodo de nuestros caminos.

Por eso resbalan los caballos, y se caen los caballeros.

* * *

Los incendios y los naufragios atraen a los ladrones.

Creen que robando con impunidad, no roban; así como creen muchos criminales que, matando en el secreto y sobre seguro, no matan.

- No temen a la conciencia; temen a la ley. Y suelen ser, por desquite, muy religiosos. Quizás al levantar el arma o al apropiarse del bien ajeno piensan en el cura que habrá de absolverles; quizás se administran por anticipado indulgencia plenaria y absolución.

* * *

Ya que no podemos reirnos de la Muerte, riámonos de la Vida.

La muerte es un desenlace de tragedia, la vida una comedia con intervalos dramáticos. Imposible la risa en el desenlace, en el *consummatum;* pero muy posible y necesaria en el curso accidentado de la gran farsa.

Impongámonos la necesidad de reir como nos imponemos la de hacer higiene y hacer gimnasia.

* * *

El dolor, en fuerte dósis, entona el espíritu; en dósis moderadas, lo deprime; en dósis muy pequeñas, lo pervierte.

Es necesario sufrir mucho para sentirse la capacidad del dolor. Los que sufren poco, sólo se dan cuenta de que la vida tiene *claro-obscuro.*

En el dolor siempre hay *un más allá;* pero se llega a una zona de tormento en que sufriendo se descansa de haber sufrido. Tal sucede cuando todas nuestras fibras están doloridas y ya, en vez de quejarnos, nos contemplamos.

Nos tendemos en el campo de batalla a esperar a la muerte, que no sabemos si está detrás o delante.

* * *

El mundo necesita hacer exámen de conciencia. No importa tanto definir el pecado universal como reconocer que todos somos pecadores y que tenemos una participación de culpa.

Ser historiadores es ser jueces y críticos de *nuestra propia obra.*

La venganza, placer de los dioses, no debe serlo de los hombres razonables. La actitud de un dios vengador, rayo en mano, sienta bien en el Olimpo; aunque sea una interrupción de la serenidad que reina en aquellas excelsitudes.

Pero la criatura humana, que no sabe ser justa, no debe ser vengativa.

La criatura humana, que siempre está agitada, no debe aumentar su agitación con la cólera de una venganza ciega.

Debe, por el contrario, buscar en el perdón el sosiego.

* * *

Muerto el espíritu de la caballería, los caballeros andantes están hoy en los manicomios y realizan sus aventuras bajo la vigilancia del loquero.

La locura en clausura deja de ser peligrosa degenerando en una manía doméstica.

Los héroes andariegos se dedican a atar moscas por el rabo.

Francisco GONZALEZ DIAZ

Las flaquezas del corazón

Por María Josefa Torrijos.

No ha muchos días que, paseando por la Quinta Avenida con una joven recién conocida, nos detuvimos a instancias de ésta, ante un lujoso escaparate de joyería. Las joyas eran su debilidad y quedó como extasiada ante un precioso brazalete de esmeraldas y diamantes.

—¡Cuánto daría yo por tenerlo! — exclamó. — No encuentro palabras con qué expresar mi admiración y mi deseo.

Como yo permanecí callada, se volvió hacia mí para preguntarme.

—¿Es que no le gustan las joyas?

—No — le contesté con aire preocupado. Y seguimos marchando.

Pero aquella pregunta tan sencilla levantó en mí un mundo de pensamientos. Yo también hubiera dado cualquier cosa, la más querida, la más apreciada, por colocarme en el lugar de aquella amiga; por mirar un escaparate y desear algo que no me fuera posible conseguir.

Antes de continuar debo hacer algunas aclaraciones. Mi nombre no es el que aparece como autora de esta tragedia; mi nombre es bien conocido y, sin duda alguna, lo habrán leído las lectoras de esta revista, muchas docenas de veces en los periódicos diarios y en las publicaciones ilustradas, al pie de mi retrato. Me imagino que un gran número de personas envidian a... (cuando se lee mi verdadero nombre) y piensan en lo maravilloso que resultará vivir en un palacio suntuoso, ser la favorita de muchos salones aristocráticos, presidir asociaciones benéficas, ir a vestirse a París dos veces al año, viajar por el Sur cuando hay frío y por el Norte cuando hay calor. Pero yo envidio a muchas de esas y hasta a la pobre costurerita que, de su modesto salario, tiene que ahorrar para comprarse el vestido y los zapatos que ha de lucir los domingos.

Yo nunca he sido pobre, ni aun siquiera he conocido la menor privación. Mi padre murió cuando yo solo contaba los doce años; pero nuestra vida y nuestros lujos se mantuvieron como cuando él vivía: los de mamá y los míos.

Me eduqué en uno de los mejores colegios franceses y allí permanecí hasta los diez y siete años, en que mamá me sacó para que completase mi educación viajando dos años seguidos por todo el mundo, pasados los cuales me trajo a Nueva York; recuerdo que fué en otoño.

Pertenecía mi madre a la más alta sociedad. Debí haber sido muy hermosa cuando joven, pues aun a los cincuenta años conservaba buenos vestigios de su belleza. Me adoraba sobre todas las cosas, estoy segura de ello, si bien no estuvimos nunca bien compenetradas la una de la otra; es decir, nunca habíamos hablado íntimamente como es lo general entre madres e hijas: ella me daba cuanto yo quería, se preocupaba de elegirme las mejores amistades y en conjunto, me perjudicó, me echó a perder de muchos modos y maneras, hasta de los naturales arranques de afección entre nosotras.

A raíz de nuestra llegada a Nueva York sostuvimos una conversación de grandes trascendencias; fué la primera vez que en toda mi vida la escuché hablar de dinero, y de planes y proyectos. Yo nunca me había preocupado del dinero; siempre lo habíamos tenido en abundancia y me imaginaba, como la cosa más natural del mundo, que siempre lo habíamos de tener.

El caso no era ese y muy poco tardé en convencerme.

—Pero no creas que me preocupa por ti — dijo mi madre. — Me consta que tienes una buena cabeza y que sabrás sostener nuestra posición para el futuro de la misma manera que yo la he sostenido en el pasado.

Entonces me explicó que mientras mi padre vivía fuimos bastante ricos porque él ganaba mucho dinero; a su muerte dejó un capital menos de mediano, aunque lo bastante para que nada nos hubiese faltado, de seguir un buen plan económico. Pero mi madre pensó de diferente manera y en vez de cuidar del capital lo empleó en mi educación, en mantener su puesto en la sociedad, en equiparme y prepararme para la posición de esposa de un hombre rico; según sus propias frases.

—Tienes un año por delante — agregó — para elegir lo que más te guste y más convenga. Si hubieras sido muchacha de pocos o ningunos atractivos yo hubiera obrado de muy diferente modo; pero con tu belleza puedes conseguir lo mejor de lo mejor. Al cabo de un año, no lo olvides, nuestro capital y todos nuestros recursos estarán agotados.

El pensar que tenía que casarme durante un año, a partir de aquel momento, me aterrorizó; y la idea de estarme limitada la elección al círculo de los hombres ricos completó mi pavura.

Por mi cerebro cruzaron atormentadores recuerdos que tomaban cuerpo y se paseaban, como realidades, por delante de mis ojos. Veía los tiempos de la antigua Roma con sus mercados de esclavas en las mismas puertas del foro: la belleza alcanzaba muy alto precios. Los pujadores en la subasta eran los patricios, los hombres de la aristocracia y del dinero.

¡Qué crueldad la de aquellos tiempos! Muchas de las muchachas debieron estar enamoradas de algún joven esclavo y todas ellas debieron haber sabido lo que el futuro las reservaba en poder de sus crueles compradores.

Hoy día se supone que no hay esclavas ni mártires; pero es lo cierto que se trafica con la juventud femenina tanto o más que en aquellos terribles días del pasado. Y justamente lo mismo que entonces, la belleza alcanza los más altos precios.

* * *

Estoy escribiendo esta tragedia de mi vida, mis memorias, si así se prefiere, en el papel timbrado más elegante y más costoso que vende el establecimiento más lujoso de la Quinta Avenida de Nueva York. Es un día crudísimo de invierno, cuando comienzo; pero yo disfruto de una temperatura y un confort inmejorables. La habitación donde me hallo, mi boudoir, fué amueblada a un costo fabuloso; algunos de sus muebles tienen valor histórico y fueron adquiridos en Francia; la mesita-escritorio, por ejemplo, es la misma que utilizaba María Antonieta, aquella pobre reina tan desgraciada, que terminó sus días en la plataforma de la guillotina.

Si saco a relucir no se entienda que es para satisfacer la vanidad del momento, pues queda dicho y formado que el dinero, el lujo y el confort me eran tan familiares que no podían crear en mí la más mínima vanidad de posesión. Mi propósito es de excusa por haber pensado, como la cosa más natural del mundo, que la situación no debía cambiar; eso de no tener criados, ni automóviles, ni casa-recreo en el campo era de-

SOMBRAS

I

Astros que para siempre se apagaron.
Nidos donde las aves se murieron.
Rosas que en una aurora florecieron
y en el atardecer se marchitaron.
Mariposas de luz que al sol nacieron
y en el fuego las alas se quemaron.
Naves empavesadas que zarparon
y en mitad del océano se hundieron.
Así son muchas vidas dolorosas.
Tristes astros sin luz; jardín sin rosas;
náufragos de la fe; almas con frío;
Seres mordidos por un mal profundo,
que andan desolados por el mundo
como si fuera en un hogar vacío!

II

Tener un alma generosa y buena
como una flor del bien. Dar al olvido
el mal de los demás; y haber nacido
con la misericordia nazarena.
Vencer con el perdón. Calmar la pena
del hermano que sufre, y ver perdido
su propio bienestar, por haber sido
reparador en la desgracia ajena.
¿Y todo para qué? ¿Qué se ha ganado?
Morir en el olvido, acribillado
por el frío puñal de una amargura.
Y como premio a tantas ilusiones,
la limosna brutal de unos terrones
echados sobre nuestra sepultura!

Ovidio FERNANDEZ RIOS

masiado espantoso para contemplarlo. Por todo ello disculpaba a mi madre, colocándome en su lugar y viendo las cosas bajo su mismo punto de vista.

Así fué como acepté sus planes; no recordando que la hiciera sino una objeción.

—Quisiera disponer de más de un año; yo había pensado casarme después de cumplir los veintidós y en un año sólo cumpliré los veinte.

—Ya sabes que no puede ser; además, yo te aseguro que esa corta diferencia no ha de influir contra ti. ¿Qué importa veinte o veinticuatro? El matrimonio hoy día no es la esclavitud que solía ser: si tú manejas bien al hombre, y yo estoy segura que así será, tu vida se deslizará casi lo mismo que ahora que estás soltera... Dentro de lo razonable, por supuesto — agregó después de una corta pausa.

Tenía, pues, los diecinueve años y era bonita: mi cabello castaño, sedoso, largo; mis ojos eran zafiros; mi cuerpo esbelto, de piel blanquísima, cutis transparente y figura muy atractiva. Yo era tan vana y presumida como todas las muchachas de mi edad; pero no exageradamente vana.

Respecto a mis íntimos pensamientos, me encontraba dentro de la regla general. No dejaba de pensar en el amor y, de entre la juventud que pululaba en el círculo de mis amistades, había muchos de mi preferencia, pero ninguno de mi elección; es decir, que hasta aquella fecha no había sentido las impresiones del ciego diosecillo que camina por todos los ámbitos del mundo con sus flechas a cuestas y sólo atiende a su capricho de niño para herir en el corazón de las criaturas que se le antoja. El casarme por dinero, consiguientemente, no me pareció una tragedia muy grande.

Durante aquella estación, la de mi entrada en sociedad, fueron varios los hombres que me hicieron el amor; me cortejaban por una semana y luego se declaraban. Algunos eran jóvenes de buen parecer, medio tontos o medio alocados, hijos de padres ricos: otros eran millonarios, de edad media, cuarentones, que deseaban casarse conmigo por la posición social que yo les ofrecía; y otros eran casi ancianos, atraídos por mi juventud y belleza.

Tanto mi madre como yo reflexionamos mucho antes de descartarlos a todos; aunque al haberse seguido los deseos de ella me hubiera casado para el carnaval. Por este tiempo fué cuando nuestra abogado, condiscípulo que había sido de mi padre e íntimo, por consiguiente, de la familia, nos trajo a casa a un amigo suyo de la infancia: le llamaré Ubaldo Clamer. Era americano, fabulosamente rico, muy culto, muy distinguido, de buen parecer y, en general, de grandes atracciones, como suelen serlo los hombres de cincuenta a los cincuenta y cinco años cuidadosos de su persona. Desde la muerte de su esposa, ocurrida algunos años atrás, había estado viajando por Europa y a ello se debía el no conocerle yo.

Desde un principio le agradé y me agradó: era alto, delgado, de simpático expresión, con ojos azules y cabello obscuro algún tanto salteado de canas. No se precipitó, como tantos habían hecho, sino que trató de conseguir mi amistad y mi confianza. Era un verdadero apasionado por las bellas artes, sobre todo por la música, y eso me vale mucho.

Se acercaba la Semana Santa cuando se declaró a mí. Seguramente ya había hablado a mamá de ello porque la escena no pudo estar más deficiente y menos disimulada. Nos había invitado a la ópera y sugerido una cena en el restaurante de moda; pero mamá insistió en que fuéramos a casa a tomarla. Sin embargo, al llegar allí pareció como haberse olvidado de su invitación y pretextando un dolor de cabeza nos dejó solos.

—Yo supongo que es difícil para una joven de su edad — comenzó diciéndome — el querer a un hombre de la mía; pero yo estoy seguro de poder conseguir que usted me quiera... o, a lo menos, siempre me verá bueno y complaciente, siempre dispuesto a satisfacer hasta sus más raros caprichos; no habrá nada en el mundo que quiera y no lo tenga. Quizás me guarde usted ya algún afecto, por muy pequeño que este sea. ¿Es así?

—Sí, así es; yo creo que se lo guardo.

Me cogió una mano y la besó con apasionamiento, sin dejar de repetir lo feliz que le había hecho y la dicha que nos aguardaba.

Sus besos no encendieron ninguna pasión en mí; pero tampoco repugnancia. Recuerdo que, pensando sobre ello al tiempo de acostarme, me hallaba agradablemente sorprendida.

Para mi madre fué una gran noticia, la más satisfactoria que había escuchado desde varios años atrás, y casi a la inmediate se comenzó a hablar de los preparativos para la boda, que había de constituir un suceso social pocas veces visto. La fecha fué fijada, entre mamá y Ubaldo, para principios de junio, motivando la precipitación de las órdenes para el lujoso y rico *trousseau*, seguida de la participación de todas las amistades.

Aquella misma semana concurrí a una comida de confianza, en casa de una de mis condiscípulas y allí me presentaron al joven que, de entre todos los que llevaba conocidos, logró interesarme más. No era de los de nuestra clase y posición social y he olvidado el motivo de encontrarme en aquella

comida. Representaba como unos veintiséis a veintiocho años; era alto, rubio, de cabellos rizados y expresivos ojos grises. Ya en el comedor me senté a su lado y averigüé que era escritor, autor dramático; pero como todavía era poco conocido su nombre y no contaba con grandes recursos, escribía en un periódico diario en calidad de relactor literario. Su nombre es ahora tan bien conocido como el mío: llamémosle Fernando Arizal.

Su atracción fué muy grande para mí e hice esfuerzos para agradarle, que no resultaron vanos, pues apenas se apartó de mi lado en toda la noche y cuando, ya tarde, nos disponíamos a marchar, se prestó gustoso a acompañarme hasta casa.

Mi automóvil estaba aguardándome y en él entramos.

—¿Es usted tan rica como para sostener esto? — me preguntó con naturalidad exenta de sorpresa.

—Yo no soy rica — le repuse con toda ingenuidad.

—Entonces, ¿qué dirá usted de mí? Si viera lo que yo llamo mi estudio pasaría un rato divertido — dijo sonriendo.

—Me gustaría verlo y me gustaría, también, leer esos manuscritos que los empresarios no quieren aceptar.

Ambos a dos quedamos encantados de la proposición y convenimos el volvernos a ver pronto para visitar el estudio. Me preguntó discretamente sobre mi vida y sólo me abstuve de hablarle de mi proyectado matrimonio: coquetería de mujer, quizás.

El estudio se componía de un saloncito de entrada, pobre pero arreglado con sumo gusto, destacándose un gran piano de cola, heredado, como supe después; de un comedorcito, una alcoba y un cuarto de baño; todo muy limpio, muy en orden, muy modesto, aunque acusando arte exquisito por doquiera.

Cuando visité iba acompañada de mi señora de compañía. Fernando me habló de sus planes para el futuro, de las obras que tenía en perspectiva y de las ya terminadas, algunas de las cuales leímos juntos.

* * *

Tres horas habían pasado sin darnos cuenta. Fernando rogó que le perdonara la tarde tan sosa que me había hecho pasar y para convencerle de lo contrario le ofrecí volver por allí, como así fué a los pocos días.

Durante el resto de abril y todo el mes de mayo nos vimos muchas veces, sabiéndolo mamá y Ubaldo, con los cuales hablaba del escritor muy a menudo, en el entusiasmo que sentía por sus producciones. Y hasta me indicaron que le llevase a casa a comer, lo que no hice, porque si bien mi próxima boda fué anunciada en todos los periódicos, yo estaba bajo la impresión de que Fernando no lo sabía y no tenía para qué saberlo.

Una de aquellas hermosas tardes de primavera, en que la naturaleza parece complacerse en prodigar sus amores llamando a las puertas de todos los corazones humanos, encontré a Fernando pensativo y silencioso.




—Anoche estuve viendo una película que era un lío. Cuando acaba no sabe nadie quién es el ladrón; y por si eso era poco, me costó la entrada cinco pesos.
—¿Cinco pesos y no sabes quién es el ladrón? ¡El empresario!

LA ESPERANZA MUERTA

Mujer que en otra edad
dejó en mi alma de ultrasensitivo,
antepuesto a un amor de eternidad,
el desencanto de lo fugitivo...

Ave de paso, ¡oh, trágica viajera
de ojos profundos y de tez bronceada:
anticipo de otoño en primavera,
cruel presagio de muerte en la alborada!

¿Fué acaso de algún reino alucinante
imágen ¡ay! de la verdad desnuda?
Veinte años: espejismo de un instante
que ha transformado una certeza en duda...

Mas no me explico yo por qué aún, empero,
con los zarzales del fracaso en torno,
salgo a esperarla al borde del sendero
que invita a la partida sin retorno;
y su nombre fatal mi voz extraña
bien pronuncia en la tarde silenciosa
mientras sigue nevando en la montaña
y el río va tiñéndose de rosa...

Santos AGUILERA

—¿Qué le pasa, amigo mío — le pregunté al sentarme en el diván del estudio.

La señora de compañía estaba en el otro extremo, ensimismada con la lectura de una de las obras de Fernando.

—Un accidente casual me ha hecho saber que usted está para casarse.

—Creí que usted lo sabía. ¡Como lo ha publicado toda la prensa!

—¡Oh, no! Usted no ha pensado eso — interrumpió con viveza. — Eso no es cierto: usted sabía que yo iba queriéndola por momentos.

Su mirada de fuego hizo bajar mis ojos, sintiéndome avergonzada. Nada repliqué, pues ni podía mentirle diciéndole que no, ni podía decirle que sí. Hubo una pausa larga durante la cual cambié el tono de su voz, de la cólera o enojo a la ternura, y se acercó a mí.

—Yo la quiero, la amo más de lo que usted supone; ese hombre no puede quererla como yo, nunca, nunca... Ni usted quererle a él. No es así?

Esperó inútilmente a que yo desplegase los labios, antes de repetir: ¿No es así? — Y a borbotones apasionados me dijo que yo no podría casarme por el dinero, que era bastante rica ya.

—Ni soy rica ni él es viejo... para su edad.

En la lucha que sostuvo consigo mismo, repitiendo: "Para su edad!" venció su amor y, cogiéndome una mano y besándola con arrobamiento, prorrumpió:

—¿Por qué se casa con ese hombre... a quien no ama?

—Porque no tengo otro remedio; todos creen que soy rica y no es así...

—Si no fuera por eso, ¿se casaría usted conmigo?... Porque no tengo duda, usted me ama.

—No, no — grité quedamente, (pues hay gritos mudos inclusive) sin atreverme a admitir la verdad. — No yo no le amo.

El comprendió mi agonía, comprendió la lucha entablada en mi interior; pero no me excusó y en tono fiero de pasión, aunque sin levantar la voz, me dijo que mentía por horror a la pobreza, que vendía mi juventud y mi belleza al mejor postor.

—Eso es absurdo, completamente absurdo; yo no amo a usted ni nunca he soñado casarme con usted. — Decía esto ya depie, con destellos de ira en los ojos.

Fernando me miró con conmiseración: su voz, al hablar, había perdido toda su energía.

—No es preciso que usted insista, ya veo que me equivoqué; pero continúo amándola y esa es mi desgracia...

* * *

Estaban ultimándose los preparativos para la boda y apenas tenía tiempo para probarme los vestidos y sombreros que mi doncella recibía y colocaba en mi cuarto de vestir delante del espejo. En tal aturdimiento, con modistas, invitaciones, regalos, comidas de solteras, no me quedaba un momento libre para pensar; y al acostarme, rendida por el esfuerzo físico, el cerebro no funcionaba.

Y llegó el momento de la esplendoroso ceremonia y sólo recuerdo haber bajado del automóvil y pasar, del brazo de nuestro abogado, por entre dos apretadas filas de amigos e invitados, para hallarme frente al sacerdote y jurando el voto que me aterrorizó.

La primer semana la pasamos en el campo, en una magnífica finca de recreo. Mi marido era todo bondad, me quería hasta el delirio y hacía cuanto estaba a su

alcance por verme feliz. Pero yo no podía serlo; mi corazón estaba en aquel modesto estudio de Nueva York y donde está el corazón es donde únicamente está la felicidad.

Necesitaba agitación, atolondramiento, actividad moral y material para sustraerme de tantos pensamientos mortificadores como se presentaban en mi cerebro y propuse a Ubaldo el viajar. Y visitamos muchos países y muchas ciudades; pasamos por Europa y por Asia; nos internamos en la India; fuímos a la China y al Japón...

En este último país fué donde Ubaldo cayó en cama con un catarro que degeneró en pulmonía. Se curó tras muchas semanas, pero ya no era el mismo de antes. Un joven puede enfermar gravemente, curarse y volver a recuperar sus energías; pero a los cincuenta y pico no pasa lo mismo. Continuó queriéndome, pero dulcemente, como un padre anciano a su hija de veintiún años escasos.

Todo aquel año hice esfuerzos inauditos por olvidar a Fernando, por ser fiel a mi marido hasta con el pensamiento y la memoria, sin contar lo que me costase; pero su imagen iba conmigo y me acometían fuertes ataques de tristeza.

Al cabo decidimos regresar a Nueva York y, apenas instalada, cogí el aparato del teléfono, en impulso muy superior a mi voluntad, y pedí comunicación con el estudio de Fernando. ¡Cuán grato me fué escuchar su voz! aunque no inspiraba cordialidad alguna.

—Ya estoy de vuelta y con deseos de verle.

—¿Que usted desea verme? — Su voz acusaba extrañeza muy marcada.

—Claro que sí. ¿Es que usted no quiere verme?

—¿Por qué no?

—¿Puedo ir a su estudio... mañana por la tarde?

—Sin inconveniente alguno, si usted quiere.

Su frialdad, sus dudas al responder y su extrañeza dieron tan terrible golpe a mi amor propio, a mi orgullo de mujer, que dejé el teléfono sobre la mesita y rompí a llorar. Pero ni aun así se me ocultaba que iría al día siguiente.

El estudio estaba igual que antes y en Fernando no noté diferencia apreciable, salvo su seriedad. Quería contarle lo desgraciada que me sentía, abrirle mi corazón, para recibir consuelos; pero me fué imposible. Su actitud no invitaba a la confianza; estuvo atento y muy franco al contarme los pormenores de su vida; ya era director de un periódico y una de sus obras había sido representada con éxito clamoroso: se había casado con una muchacha bellísima, cuyo retrato me enseñó.

Yo me sentí helada y pálida como una muerta: hice un esfuerzo grande por sonreir y deseándole una eterna luna de miel me marché sin escuchar más.

Necesitaba olvidar, atolondrarme y no perdoné medio para gastar dinero en joyas, en teatros, en diversiones, en vestidos, en juguetes caprichosos; hasta un perrito faldero sufrió las consecuencias de mis desvaríos, de mi mal humor, de mis aburrimientos. Cansada al cabo de algunas semanas de aquella vida insustancial, nos fuimos a California y a Panamá, para regresar a Nueva York y embarcarnos para Europa. Ubaldo sólo veía por mis ojos y sólo atendía a mis caprichos, no ocultándosele que yo no era feliz.

Así pasó otro año, en constante movimiento de una a la otra parte del planeta, buscando siempre lo que no podía encontrar.

De regreso de nuevo en Nueva York y abierta mi casa-palacio a la sociedad, me interesé por las asociaciones benéficas y presidí varias de ellas por los desvelos que me tomé y la prodigalidad con que repartía el dinero entre lo necesitados.

En uno de aquellos días de visita a los necesitados, vestida al efecto con rara modestia, me encontré con Fernando al entrar éste en su casa. El tiempo había ejercido su acostumbrada labor y nos saludamos como antiguos amigos, sin rencor, sin extrañeza; sólo noté un gesto de contrariedad en sus facciones cuando le propuse entrar en su casa.

El piso era más pequeño de lo que yo me imaginaba, pero estaba arreglado con gusto; la salita, sobre todo, y el gabinete eran preciosos.

—¿Y su esposa y sus niños? — Le pregunté con curiosidad y deseos de conocerlos.

—Mi esposa hace unos días que marchó a casa de sus padre por haber recibido carta de ellos diciéndole que la mamá no se encontraba bien.

Nos habíamos sentado en la sala y hablábamos de su vida, de sus obras, pero por mi parte sin el interés de antes, vagando mi vista por la habitación y la mente por la dicha serena que se respiraba en aquel hogar, precisamente lo que a mí me faltaba. ¡Un hogar!, llevar la responsabilidad de un hogar, con un hijo, y un marido afanoso. Yo tenía una casa muy grande, un palacio, pero ni hijo por quien preocuparme ni esposo que trabajase por mí.

De improviso se me saltaron las lágrimas y comencé a llorar. Fernando procuraba consolarme preguntando qué motivo tenía para ello. Traté de decírselo, aun reconociendo lo difícil que era ponerse en mi situación, y él comprendió las ansias de mi corazón cuando exclamé:

—Esto es lo que yo necesito y por esto cambiaría todas las riquezas del mundo.

Las grandes obras y la prisión

El encarcelamiento no ha perjudicado a los escritores. Demóstenes estuvo voluntariamente en una prisión estudiando moral; en una cárcel fué donde Boccio compuso su excelente libro "Consuelo de la Filosofía"; Crotius hizo en su prisión su comentario sobre San Mateo, y la obra maestra de sus libros, sobre las Santas Escrituras; Buchaman, en el calabozo de un monasterio de Portugal, compuso el bello parágrafo de los Salmos de David; Pelissan, durante cinco años de prisión, volvió a sus estudios del griego, de Filosofía y Teología; Jerónimo Maquis, en el cautiverio, en Turquía, escribió dos Tratados en latín sin más recursos que su memoria; Esteban Zegedin, durante su cautiverio en Constantinopla, escribió libros de Teología; Miguel de Cervantes, aseguran que escribió el "Quijote" en la prisión; Oddi, geómetra italiano del siglo XVI, escribió en la prisión sus Tratados matemáticos. Se valía de tinta, compuesta con carbón machacado y hollín desleídos en agua, usando por pluma una caña. Sus manuscritos se conservan en la Biblioteca Vencenzi, en Urbino.

Un aventurero llamado Samuel Gringalet fué en 1702 encerrado en la Bastilla como supuesto espía de Holanda; durante su detención que duró hasta 1713, compuso un libro muy raro que se intitula "Reflexiones piadosas inspirados en la Bastilla a Samuel Gringalet sobre cuatro preguntas: ¿Qué soy? ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traído? ¿Y por qué? Ensayos filosóficos y teológicos para llegar a la perfecta comprensión de todos los misterios incluídos en la Santa Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento." (La Haya, 1725, en 8.o de 174 páginas.)

En Berlin muere mas gente de la que nace

Según una estadística publicada, el número de defunciones ocurridas en Berlín durante el año de 1927, se eleva a 48,742, y el de nacimientos a 42,696.

Las principales causas de las primeras, son: el cáncer con 6443 víctimas, y la tuberculosis, con 4570.

La mortalidad infantil ha disminuído desde el año 1913, a causa de la higiene, de un 14 por 100 a un 8 por 100.

La atroz ilusión

Por Maurice Renard

Hace algunas semanas que soy huésped del señor y la señora Herouel. Son antiguos amigos míos. Su villa está situada frente al mar. Es la única de su especie. Habrá otras cuando se conozca todo el encanto de este caserío perdido entre las encinas y los tamarindos, en una costa salvaje del Atlántico.

Un "bow-window" se avanza hacia las flores e, inmediatamente ante la casa, está la playa de arena que desciende en suave declive hacia el mar. La costa está sembrada de peñascos. Es un lugar de bellaza áspera, atormentado y peligroso, adonde muchos navíos han venido a despedazarse.

Y es a través de los cristales de este "bow-window" donde he visto la visión más horrible, la pesadilla más fantástica que se pueda imaginar.

La víspera un hombre había llegado a casa de los Herouel. Un hombre extraño, inquietante, por cierto. Florian Kesler. El famoso neurologista. Los Herouel son parientes suyos. Regresaba de un viaje a las Indias y pensaba quedarse aquí algún tiempo.

Es un personaje de mediana talla. Su estatura no ofrece nada de particular. Su cara, en cambio, es sorprendente. Florian Kesler no tiene tipo de europeo sino de oriental. Y yo me sorprendí bastante al encontrarlo tan parecido a uno de esos indios entre los cuales acababa de pasar varios meses. Tez bronceada, barba y cabellos negros, dientes deslumbrantes de blancura, espesas cejas carbonadas, grandes ojos de jaspe de pupilas dominantes, sombreadas de pestañas magníficas, tales son sus señas, que precisamente no dan la idea del encanto sensual ni de la misteriosa autoridad de que está provisto el doctor.

El encontró a los Herouel en alegre compañía. Estábamos allí una docena de capitalinos, hombres y mujeres, que pasábamos deliciosamente la vida de vacaciones. El doctor fué recibido en seguida cordialmente. Su reputación, su ciencia del alma humana, su viaje al país de los yogis, excitaban vivamente nuestra curiosidad. Se prestó de buena gana a nuestras interrogaciones y, al día siguiente de su llegada, consintió en darnos el espectáculo un poco banal de una sesión de ilusiones a la manera de los faquires.

En el jardín, lleno de sol, en medio de un círculo de espectadores a los cuales se habían sumado irresistiblemente el criado y la doméstica campesina, realizó ante nosotros los prodigios clásicos de la fantasmagoría india.

De una vaina, metida en la tierra de una maceta, salió una planta que se cubrió de hojas, de flores y de frutos, luego se secó y se deshizo en polvo.

Llamó en seguida a un muchacho que había traído de Benarés, lanzó al aire una cuerda que se sostuvo milagrosamente derecha, y vimos al niño subir por la cuerda, después bajar y luego caer la cuerda sobre el suelo como una larga serpiente inerte.

Estas maravillas tan incomprensibles, ya lo son un poco menos que antes. Sabemos que es una cuestión de sugestión. Sabemos que unos testigos, colocados a cierta distancia, o cierta altura, más allá de la zona donde irradia el poder sugestivo del ilusionista, no ven crecer ninguna planta, ni erigirse ninguna cuerda, ni subir ningún muchacho hacia el cielo.

Florian Kesler nos hizo una demostración más, que nos dejó tan estupefactos como el miraje mismo, para hacer ver que disponía de una fuerza de influencia excepcional, o de una ciencia extraordinaria.

Uno de nosotros un joven, dijo que puesto que aquello no era más que sugestión, él no se dejaría sugestionar más.

Florian Kesler, sin sonreír — pues no se sonreía nunca — dijo que estaba un poco cansado y dejó para más tarde el experimento de aquella contravoluntad.

De aquí resultó la horrible cosa, que sucedió aquella noche.

Habíamos comido muy tarde. Nos llevaron a la sala el café y los licores. A través del "bow-window" veíamos el mar, que acababa de subir bajo un cielo nublado. Creciente de luna. Paisaje azul, negro y blanco. Paisaje que se impuso bruscamente a nuestros ojos cuando Florian Kesler apagó de pronto las luces y dijo a quema ropa:

—Aquellos de ustedes que no tienen los nervios sólidos que se retiren. Hay que tener valor para mirar lo que voy a mostrarles. Nadie salió.

—Insisto — volvió a decir Florian Kesler. — Son muertos que van a venir. Cadáveres. ¿Oyen bien? No espectros, sino cadáveres resucitados. Conozco el secreto de galvanizarlos a distancia... Señoras, hay tiempo todavía...

En las sombras del claro de luna que bañaba la sala, la señora Herouel se levantó y salió.

Florián Kesler empezó:

—Fíjense todos. Miren allá esa masa donde las olas se rompen espumándose. Eso es, según me han dicho, los restos de un barco francés que se perdió este invierno, en una noche de niebla, con quince hombres. Los quince cuerpos han desaparecido. Pues bien; ahora aparecerán. Ya vienen. Mírenlos.

No se oía más que el sordo gruñido de las olas y nuestras respiraciones. Estábamos de pie en el "bow-window", nocturnos, lunares, supremamente atentos.

—¡Paciencia! Ya suben el declive submarino... ¡Ah! ¡Ahí están!

Dos puntos negros se hicieron visibles a lo lejos, alternativamente cubiertos y descubiertos por las ondas. Cuatro. Nueve. Trece. Quince. Primero cabezas, luego bustos, después troncos. Quince hombres, quince cosas humanas, monstruosamente animadas, avanzaban hacia nosotros desde el mar. Los veíamos crecer, emerger, acercarse con paso lento y difícil. Unos harapos chorreaban sobre su horrorosa flacura, y, en sus caras tétricas, unos agujeros enormes nos miraban. Venían hacia nosotros. Ya estaban tocando la arena con sus pies esqueléticos...

—¡Basta! ¡Haga que se vayan, doctor!

Un raro terror me hacía temer que nada pudiera ahora detener el séquito sepulcral, obligarlo a retornar, a meterse otra vez en el agua profunda... ¿Obedecerían a la orden de Kesler, ahora que volvían al mundo de los vivos?...

Pero entonces la lámpara se encendió

—No hay nada — pronunció Florián Kesler. — No ha habido nada fuera de sus cerebros, amigos míos. ¡Ilusión! ¡Ilusión y nada más! Joven, ha perdido usted.

En esto entró la señora Herouel y nos dijo que había estado en el balcón del segundo piso, mientras nosotros evocábamos los muertos.

—¿Y usted no vió nada en el mar? — le pregunté yo.

—No. Nada.

Entonces le contamos las emociones que habíamos vivido en su ausencia.

—¡Dios mío! — exclamó ella. — ¿Dónde está Marieta?

—¿Marieta? ¿La criada?

—Sí. Era novia de uno de los marineros que perecieron. ¿Pero adónde ha ido?...

Yo recordé la puerta abierta detrás de nosotros y la huída rápida de una sombra en las tinieblas.

—¡Marieta! ¡Marieta!

Marieta no responde a mis llamadas. Sin embargo, prestando atención, nos pareció distinguir una voz lejana que, en el mar, gritaba desesperadamente:

—¡Pedro! ¡Pedro!

Era ya demasiado tarde para salvar a Marieta.

El siguiente día, a la aurora, sobre la arena donde ninguna huella fantástica se había impreso jamás, yo seguí los indicios de los pasos de la muchacha, que iban hacia la muerte, y que me hicieron estremecer como si hubiese encontrado allí, en sentido inverso, la horrible pista de los muertos que vinieron hacia la vida.

Elevación

Como leña mojada por la humedad del mundo,
sin fuerzas para arder en el fuego sagrado,
mi alma inútil, espera el instante profundo
en que el amor consuma su martirio ignorado.

Quién tuviera la fe, resina milagrosa,
la fe pura y ardiente que toda escoria quema,
que es humildad en la hierba, es perfume en la rosa,
transparencia en la nube, y en el alma: poema!

Fernán Félix de AMADOR

Bonita profesión

En los Estados Unidos hay "damas de honor" profesionales que acompañan a los novios durante las ceremonias del enlace.

Algunas de ellas cobran hasta cien dólares por su asistencia a los casamientos.

El traje y alhajas que exhiben los proporciona el padre de la desposada.

El primer resentimiento

Por Féliz Esteban Cichero

El primer mes de matrimonio de Elvira García y Luis Gurmendi, había transcurrido como un ensueño. Las economías de Gurmendi les permitieron pasar ese período de tiempo en un hotel confortable, sin preocupaciones de ninguna naturaleza. Antes de cada comida realizaban un paseo en coche, sin apuros, por Palermo. Luego, en el hotel, eran bien atendidos. Por la noche, el teatro los contaba entre su público. Las ñoñerías de Elvira, satisfacíanse prontamente, de tal manera que la vida les resultaba un placer corriente. Luis Gurmendi se mostraba solícito y satisfecho, y sólo en la última semana de su primer mes de matrimonio habló a su esposa de los negocios que realizaría para reforzar su sueldo que, aun cuando no era muy bueno, resultaba tolerable, ganándolo con comodidad en el ministerio donde estaba empleado. A Gurmendi le parecía fácil mejorar su situación, pues creía tener ejemplos bien claros en el ministerio. Bastaría preocuparse en revisar los expedientes y los que conviniera atrasarlos en el despacho, esconderlos, y luego mostrarse indignado ante el interesado por semejante morosidad del trámite, con objeto de cobrar confianza e indicarse como el indispensable para mover esos volúmenes de infolios. Después el emisario que visita al cliente, un cigarro grueso entre los dedos, un bastón, una pose y... la propuesta. Con un poco de apresuramiento esbozó en esos términos sus proyectos ante la expectativa golosa de su mujercita, que le interrumpió finalmente, llena de júbilo, para preguntarle si entonces podría esperar tener una cocinera, pues eso de andar entre ollas y papas era sucio; si le permitiría tomar una mucama, para darse más tiempo en la atención personal que deseaba dedicarse; si irían todos los días al teatro y a Palermo, como hasta ahora; si podría comprarse algunos brillantes, pues pronto llegaría el invierno y ya sabía él que entonces decae el uso de las fantasías...; si podría tener sala, en fin, que era su sueño.

—¡Todo, todo, Elvirita! — respondía él, aturdido, sin tener noción de la responsabilidad ni suponer que para semejante empresa era necesario atrasar muchos expedientes, además de otras cosas...

—¡Ah, eres bueno, Luis! ¡Buenísimo, Luisito!

—Gracias, monona, gracias. Todo eso poseerás, aunque yo tenga que hacer un poco de prosa...

—¿De qué?

—De prosa, Elvira. Aunque tenga que abandonar las formas, los escrúpulos...

—¡Oh, por Dios! Pero eso no será así... por mucho tiempo — objetó Elvira, sin saber precisamente lo que decía, aunque sí lo que quería.

El cortó pronto el diálogo. La última expresión de su esposa le hizo pensar en que el abandono de los escrúpulos tiene sus peligros, y sufrió interiormente. ¿Era posible que comprometiera su honor por darse el gusto de tener una cocinera, una mucama, unos brillantes y otras tonterías con que obsequiar a su mujer? Pronto, sin embargo, serenó su espíritu. Apoyando sus manos en los hombros de Elvira le dió varios besos, la hizo unos mimos y se dispuso salir. Díjole que regresaría en seguida y para tranquilizarla le prometió unas golosinas.

—¡Y un cintillo! — reclamó ella; a lo que observó Gurmendi:

—Eso... cuando se detenga la marcha del Estado! (Quería referirse, simplemente, a los expedientes.)

II

Los primeros ensayos para atrasar expedientes que efectuó Luis Gurmendi en la oficina no dieron el resultado previsto. Díscola, la gente protestaba y amenazaba con quejarse a los jefes e ir, si era necesario, hasta el mismo ministro en demanda de actividad. Las cavilaciones se impusieron. Si insistía, quién sabe no perdería el puesto y ahora era preciso cuidarlo. Elvira le mortificaba con sus preguntas. Por la cocinera, por la sala, por las alhajas, por la realización de todas las promesas preguntaba a su esposo cuantas veces le tenía al frente. El disculpaba, disimulando el malestar que le producía aquella insistencia. Empezaba a sentir injusta a su esposa y le asaltaban frecuentes deseos de observarle su maldad y desconsideración. Para colmar su impaciencia efectuó una comprobación, lo cual terminó de hacerle perder toda esperanza en el negocio de los expedientes. Revisando en su memoria confirmó que eran únicamente empleados de alta gerarquía quienes podían practicar la maniobra. El, "pinche" de oficina, no podría mover sino los expedientes que ocultara, y no así cuando los retuviesen sus jefes; en cambio, éstos fácilmente le harían realizar los trámites necesarios de aquellos que retuviera, con lo que se vería obligado en cualquier momento a hacer marchar el Estado... En semejante trance fué cuando resolvió imponer "su autoridad" en su casa... ¡No habría, pues, alhajas, mucamas ni paseos! ¡Era menester economizar, y economizar mucho! Y además, ensuciarse las manos, pero en la cocina, con las papas y las ollas...

Por cierto que Elvira no pudo substraerse a un ataque de nervios cuando vió en aquel estado de ánimo a su esposo. Protestó. Una palabra llevaba la otra, los reproches se sucedieron y lo que produjo mayor escándalo en ella, fué la transición tan violenta que había sufrido Gurmendi. Le reprochó su pobreza y sus "mentiras", y hasta le pareció a él presentir temblando en los labios de su esposa, una acusación terrible: esperaba que lo tratara de ladrón. No obstante, Gurmendi quería disculparse, pero ella no admitía palabras, llevando a tal punto las recriminaciones que él salió violentamente de la casa, dispuesto a presentarse a la madre de su esposa y "reclamar". Cuando hubo caminado más o menos quinientos metros notó que la medida no era la más acertada y que esos disgustos debían solucionarse en la intimidad del hogar. Volvióse en consecuencia a éste, meditando algunas contestaciones oportunas a los reproches que sin duda le haría otra vez su esposa y dispuesto a proceder con mano firme. Demoró poco en estar nuevamente en su habitación, y cuando se disponía a recibir el grito insultante, fino e hiriente, de Elvira, la vió que colocaba una flor en un florerito que hasta entonces había permanecido vacío, de simple adorno, sobre la mesita de luz que pertenecía a Luis. Además, ahí estaba Elvira, sofocada por el llanto, como en una solemne imploración de perdón... La escena lo emocionó. De pie en la puerta de su dormitorio, sin encontrar la palabra o la frase adecuada para hacerse notar, temblábanle las piernas y algo molesto le hacía latir la garganta. Al fin, quizás a su pesar, porque en un momento de serenidad lo habría considerado deprimente, atinó a decir:

—¡Elvira... sí... tendrás eso!

La transición que experimentó ella fué espontánea. En rápido movimiento dióse vuelta y corrió hacia Gurmendi, con los brazos abiertos, gozosa, con el corazón a flor de labios... Y cuando lo tuvo en sus brazos y lo hubo cubierto de besos, díjole un poco libre ya de la emoción:

—¡Ah, viniste! Bueno, bueno. Luis; ya no quiero nada de eso... Te quiero a ti sólo, y que este primer resentimiento sea también el último... ¿eh? ¡Viniste! ¡Ah, querido Luis!...

EL MENSAJERO

Una vez, un niño, alado y ciego, llegó a las puertas de un corazón de quince años. ¿Qué me traes? — preguntó éste.

—El amor.

—No sé lo que es eso, — contestó el corazón. Vuelve más tarde.

Y pasaron muchos años, y cuando el corazón estaba ya deshecho, oyó que llamaban a la puerta. Era otra vez el niño alado y ciego.

—¿Qué me traes? — preguntó el corazón.

—El amor.

—Ah; ¿Por qué vienes tan tarde? — suspiró el corazón, deshaciéndose en lágrimas.

—Te he estado esperando toda mi vida.

No importa, — dijo el niño —Quiero hacerte feliz. Toma. Y le dió esperanzas, ilusiones, alegrías, lágrimas, inquietudes, rebeldías y ternuras.

—¿Cómo? — dijo el corazón sorprendido. — ¿Este es el amor?

—Este es. Adiós.

Y el corazón envejecido, renació; y sus latidos fueron más vigorosos.

Pero un día, las inquietudes, los celos y el temor, se apoderaron de él. Y destrozado, sangrando llamó en su auxilio al niño ciego.

—¡Ah! dijo éste acudiendo a su llamado. Está herido de muerte: no puedo salvarte.

—¿Por qué?

—Porque te falta un poderoso aliado, que me ayuda siempre a salvar a los moribundos.

—¿Cuál es? — dijo el corazón anhelante.

—La juventud.

Carmen SYLVA

Reina de Rumanía

Tibibibibì

Por Andrés Birabeáu

Si os dijera que Luisito Seyssel es un niño modelo, mentiría. Es rabiosillo, voluntarioso, goloso y capaz de agotar la paciencia de las personas que se ocupan de él: su madre y "miss" Joan, la institutriz inglesa.

Por fortuna, su mamá, toda entregada a las instituciones benéficas de que forma parte, apenas si tiene tiempo que consagrar a su hijo, y en cuanto a "miss" Joan, opone o todo una gran indiferencia.

De todos modos, cuando Luisito se pone demasiado cargante, su mamá y la "miss" le amenazan con decírselo a papá; y entonces Luisito se torna mudo y dócil y se convierte en un niño modelo.

Y no es que Luisito tenga miedo de su padre. Lo que teme no es que su padre lo castigue, sino disgustarlo, desmerecer a sus ojos... Y es que Luisito siente por su papá una gran admiración.

¿Por qué lo admira de ese modo Luisito? ¿El Sr. Seyssel es un gran mozo, muy corpulento, tiene una voz gruesa, habla con voz de mando, y cuando él habla, todos callan.

En la mesa se le sirve el primero. Cuando llama a los criados, éstos acuden presurosos. Por todo este respeto de que está rodeado, Luisito admira a su padre.

Ahora os voy a contar lo que ocurrió la otra tarde. Luisito iba de paseo con su institutriz, cuando empezó a llover copiosamente, y "miss" Joan buscó refugio en una pastelería. Era una pastelería elegante.

Pero Luisito no puede estar mucho tiempo sentado, y aprovechando que "miss" Joan está por completo entregada a las golosinas, que es su mayor vicio, empieza a moverse inquieto en su silla. Está junto a un biombo, y de pronto cree oír al otro lado una voz familiar. Se encarama en la silla y mira por encima del biombo. En efecto, allí está su papá.

Está comiendo pasteles. ¡El, que nunca los prueba en casa y que tanto le regaña por su afición a estas porquerías tan indigestas! Y además toma chocolate. ¡El, que sólo bebe para desayunar un vaso de agua de Vittel! Esto es tan asombroso, que Luisito, que iba a gritar "Buenas tardes, papá", queda mudo.

Sentada junto a papá había una jovencita, una especie de niña, muy parecida a las muchachitas con que Luisito juega en el parque Monnau. Y lo que era más raro es que su papá, tan autoritario y tan enérgico, no tenía ya la misma voz gruesa que tanto impone. Hablaba muy bajito y tenía unos ojos suplicantes. Quería coger a la jovencita una mano, y ella no sólo no se dejaba, sino que lo golpeaba en los dedos con su cucharilla. ¡Y él no se enfadaba!

Le pedía algo y ¡era él, su papá, el Sr. Seyssel! el que suplicaba balbuceando: "Monina..., te lo ruego..., di que sí... No seas mala conmigo, te lo suplico." No cabía duda. ¡Ella le negaba una cosa a él! Y su papá no le daba una azotaina para que lo obedeciese.

Ella le ha mirado fijamente y le ha dicho: "Bueno, sí; pero me darás lo que te he pedido." El ha hecho un gesto de negación; pero ella ha seguido mirándolo, y ha añadido: "No puedes negarme nada."

Entonces se ha acercado más a su papá, le ha pasado sus deditos por el pelo diciendo: "Tibibibibi." Y su papá, con un hilo de voz ha contestado: "Es verdad, no puedo negarte nada".

Luisito no ha oído más. Se ha vuelto a sentar. No sale de su asombro. ¡Una muchacha que a él no le daría ningún miedo! ¡Oh! ¡Y él! ¡Su papá! ¡El señor Seyssel! ¡Qué sorpresa! ¡Qué decepción! ¡Qué tristeza!

Esto ha ocurrido en jueves El sábado. Luisito, ha dicho imperiosamente que quiere ir al "cine", y como su institutriz le haya contestado que aquella tarde no podían ir, Luisito ha empezado a patalear.

En vano le han amenazado con llamar a su padre. Sigue pataleando, hasta que "miss" Joan lo coge y lo lleva al despacho del Sr. Seyssel. Luisito entra sin miedo. Está desconocido. Mira fijamente a su papá y le dice: "Quiero ir esta tarde al "cine" El Sr. Seyssel con su voz de trueno ordena: "¡Te irás a la cama a las ocho y no comerás postre!" Pero Luisito sonríe a su papá, se acerca más, le pasa sus deditos por el pelo diciendo: "Tibibibibi."

Y recibe un bofetón espléndido de su padre, que, erguido, le señala imperiosamente la puerta para que salga. Luisito está, sin embargo, seguro de que ha hecho lo mismo que la muchachita de la pastelería. Entonces... ¿porqué...?

El resto de la admiración que sentía por su padre ha desaparecido por completo. ¡Oh! ¡Qué clase de hombre es éste, tan débil y tan cobarde con las jovencitas y además tan caprichoso y brutal!

El triunfal regreso a España de los aviadores Jimenez e Iglesias

CADIZ. — Los intrépidos pilotos del "Jesús del Gran Poder", capitanes Iglesias y Jiménez, a bordo del crucero español "Almirante Cervera", que los condujo desde La Habana, momentos después de fondear el buque en Cadiz. Acompañan a los aviadores las autoridades militares y navales de la mencionada capital y la hermana y el padre del capitán Jiménez.







Los aviadores acompañados del alcalde de Cádiz y del infante don Alfonso de Orleans dirigiéndose a la Intendencia Municipal, seguidos de numeroso público.



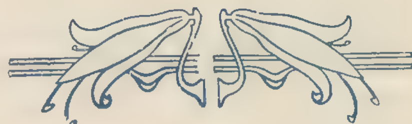
SEVILLA.—Instantes después del aterrizaje en el aerodromo de La Tablada, el público sevillano se apodera de los aviadores conduciéndolos en triunfo en medio de cálido entusiasmo.





Otra instantánea de uno de los pilotos llevado en hombros por sus compañeros de armas de la base aérea de La Tablada, en Sevilla.





Vista parcial de la concurrencia al vino de honor servido en el Real Aero Club de Sevilla, con el cual fueron obsequiados a su llegada los valientes aviadores hispanos

Fots. Agencia Giralda





Artistas conocidas



Zoraida Corucci, de la compañía que actúa en el teatro Colón



Nena Juárez, otra figura del elenco artístico de nuestro primer coliseo



Teresita y Helena Arana Bilbao, notables concertistas que en breve darán algunas audiciones en el teatro de la Opera

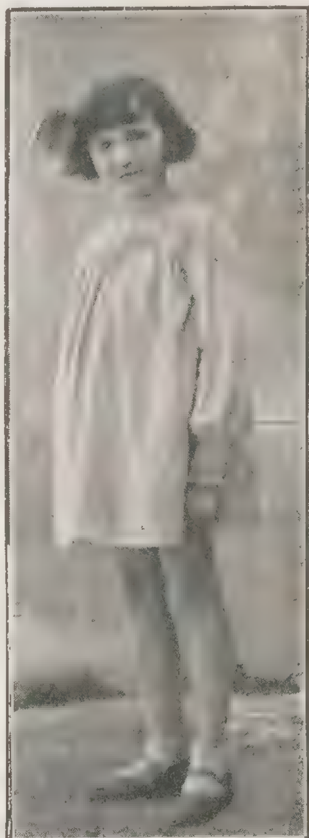
De la temporada en Rosario de la Frontera



Señoritas de Parera, Cotton y Elustondo



Doctor Néstor Cornejo Isasmendi, coronel Ernesto Zavaleta y capitan Rafael Serrano



Chelita Drake



Mayor Dalmiro Castex y señora; doctor Antonio Ortelli y señora; doctor Francisco T. Sosa y señora.



Señor Emilio R. Werner, cónsul alemán en Rosario de Santa Fe



Señores Angel y Francisco Traversa y Angel Traversa (hijo)

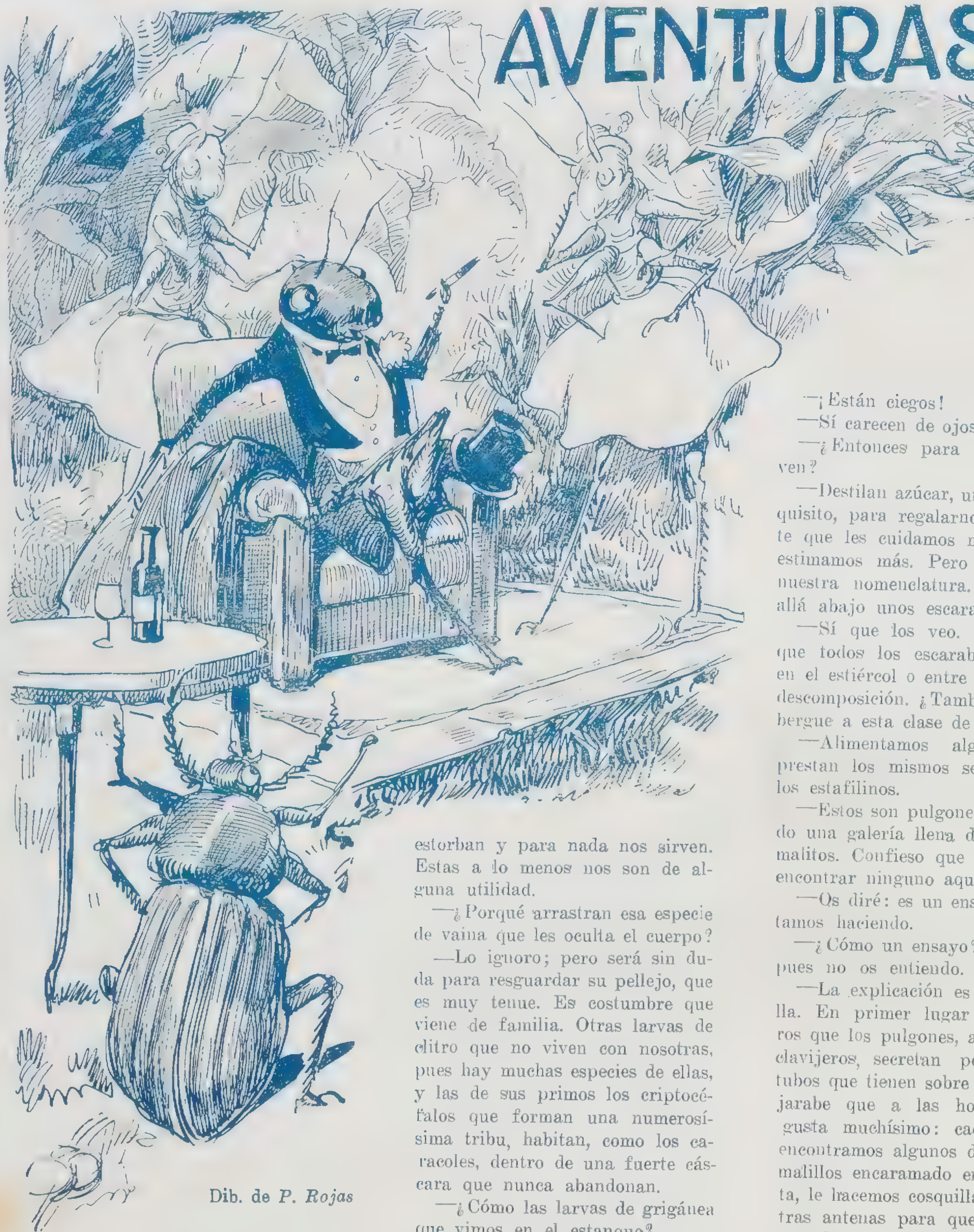
NECROLOGIA

Señora Margarita S. de Peñarredonda, cuyo reciente fallecimiento, ocurrido en la capital federal, ha sido muy lamentado en esta ciudad y en Montevideo. — La extinta era nieta carnal del guerrero de la Independencia, coronel Manuel Vicente Pagola.



AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dib. de *P. Rojas*

(*Continuación*)

—¡Como ha de ser! La fuerza de la costumbre puede mucho. Desde que nacemos nos familiarizamos con ellas, de suerte que puede decirse que es por derecho propio que se aprovechan de nuestra hospitalidad. Nuestros mayores las toleraron y nosotras no queremos renegar de su memoria.

—¿Y quiénes son éstos que se pasean, envuelto el cuerpo en una especie de vaina?

—Larvas de clitro.

—¡Ah! otro género de coleópteros. Ayer encontré algunos en el bosque.

—¿Sin duda que os referís a unos insectos amarillos, adornados con cuatro manchas negras?

—Sí.

—Sus larvas nos libran de los envoltorios de nuestras ninfas, que después de su metamórfosis nos estorban y para nada nos sirven. Estas a lo menos nos son de alguna utilidad.

—¿Porqué arrastran esa especie de vaina que les oculta el cuerpo?

—Lo ignoro; pero será sin duda para resguardar su pellejo, que es muy tenue. Es costumbre que viene de familia. Otras larvas de clitro que no viven con nosotras, pues hay muchas especies de ellas, y las de sus primos los criptocéfalos que forman una numerosísima tribu, habitan, como los caracoles, dentro de una fuerte cáscara que nunca abandonan.

—¿Cómo las larvas de grigánea que vimos en el estanque?

—Sí, y las innumerables mariposillas llamadas polilla.

—No es mala idea. Pero, volviendo a vuestros huéspedes, ¿por ventura solo hay larvas entre vosotras?

—¡Oh, no! También viven aquí varias especies de estafilinos. Ahí teneis algunas lomecusas; éstos son aleócaros; aquellos mirmedodonias, homalotas, taquíporos y conuros, todos los cuales nos prestan el servicio de librarnos de los sacos de ninfas fuera de uso y de las inservibles películas de larva; es decir, hacen el oficio de barrenderos.

—¿Y éstos que son? dije señalando a Meg algunos insectillos amarillentos, de forma asaz extraña y que andaban pausadamente.

—Son clavijeros.

—A juzgar por la longitud de sus antenas, deben tener bien fino el oido.

—Afortunadamente para ellos, pues no ven.

—¡Están ciegos!

—Sí carecen de ojos.

—¿Entonces para qué os sirven?

—Destilan azúcar, un azúcar exquisito, para regalarnos; de suerte que les cuidamos mucho y les estimamos más. Pero prosigamos nuestra nomenclatura. ¿No veis allá abajo unos escarabajitos?

—Sí que los veo. Yo suponía que todos los escarabajos vivían en el estiércol o entre materias en descomposición. ¿También dais albergue a esta clase de insectos?

—Alimentamos algunos: nos prestan los mismos servicios que los estafilinos.

—Estos son pulgones, dije viendo una galería llena de tales animalitos. Confieso que no pensaba encontrar ninguno aquí.

—Os diré: es un ensayo que estamos haciendo.

—¿Cómo un ensayo? Explicaos, pues no os entiendo.

—La explicación es muy sencilla. En primer lugar debo deciros que los pulgones, así como los clavijeros, secretan por los dos tubos que tienen sobre el lomo, un jarabe que a las hormigas nos gusta muchísimo: cada vez que encontramos algunos de estos animalillos encaramado en una planta, le hacemos cosquillas con nuestras antenas para que nos regale con dicho jarabe, que pueden destilar a voluntad y que de muy buena gana prodigan. Sabreis también que varias especies de hormigas, que viven bajo el césped, han imaginado albergar en su casa algunos pulgones, para ahorrarse el trabajo de correr en pos de ellos, y varias de nuestras jóvenes compañeras han querido imitarlas: poco ha trajeron a nuestra casa los pulgones que aquí veis, pero estoy segura de que no lograrán su intento, y eso que se lo advertí.

—¿Y porqué no lo lograrán?

—Porque para conservar estos pulgones hay que alimentarlos. Las hormiguitas que viven bajo el césped colocan sus pulgones encima de las raíces de las hierbas que tapizan sus galerías; nosotras no estamos en idénticas condiciones. El interior de nuestro hormiguero carece de raíces con la savia de las plantas, estos que aquí veis perecerán de hambre. Yo bien lo hice presente a mis hermanitas, pero no me escucharon.

—Raras veces la juventud se aprovecha de la experiencia que dan los años Solo a fuerza de desengaños se aprende. Más, ¿qué veo allá abajo? Me parece que son coleópteros.

—Es el vulgo de nuestros huéspedes: criptófagos, monótonos, latridios Estos viven de nuestros residuos.

—Hace poco vi algunas hormigas negras trabajando al lado de las vuestras. ¿Cómo es que se encuentran aquí?

—Son prisioneras. Hace algunos meses estuvimos en guerra con una tribu de hormigas negras que se hallaba establecida en el tronco de un árbol, no lejos de este sitio; derrotadas las contrarias, todas las sobrevivientes fueron traídas en clase de prisioneras.

—Me parece que no se las maltrata.

—¡Cá! Trabajan a nuestro lado y las consideramos como si siempre hubiesen formado parte de nuestra república

—¿Y no las pesa haber perdido su nacionalidad?

—Nadie lo diría; además que, la mayor parte de ellas han nacido aquí. Vinieron en estado de ninfas, y como nada les falta, me parece que les importa un bledo lo que vos llamais pérdida de nacionalidad.

Entretenidos en tan instructiva



conversación habíamos llegado a una de las puertas del hormiguero que daba paso al campo. El tiempo seguía magnífico, y como la víspera, veíase a las hormigas ocupadas en el transporte de las larvas y de las ninfas. Pregunté a Meg si no creía que esas larvas y esas ninfas, así expuestas al aire libre, fuesen pasto de las aves.

—Esto no es de temer, me contestó. Verdad que algunos pájaros, en particular los ruiseñores, son muy aficionados a nuestras ninfas; pero para arrebatárnoslas tendrían que posarse sobre el hormiguero, lo que no harían impunemente, os lo aseguro. Sólo serían temibles las aves si llegase el caso de que tuviésemos que mudar de albergue. Cuando la guerra con las hormigas negras, de que os he hablado hace poco, nos robaron la mitad de las ninfas que cayeron en nuestro poder. Ya estamos afuera, añadió mi compañera. Subid a aquella loma para distraeros un rato cantando. Yo me voy a mi trabajo

Instaléme como la víspera en la cúspide del hormiguero y empecé mis gorjeos, obteniendo el mismo éxito que el día anterior, menos la ovación. Solo al final resonaron algunos aplausos, lo que me dió a entender que mi concierto ya no tenía el atractivo de la novedad.

CAPITULO XIX

La guerra

Transcurrieron algunos días sin que ocurriese nada que digno de contar sea. Todas las mañanas obsequiaba a las hormigas con el acostumbrado concierto; luego paseaba hasta el caer de la tarde.

Nuevamente ví algunas larvas de cicindelas y también topé con otros insectos cuyas costumbres llamáronme extraordinariamente la atención. No los describiré en este sitio por no prolongar demasiado mi relato; pero lo que no puedo pasar en silencio es un incidente que bruscamente dió al traste con la tan tranquila existencia que hasta entonces había llevado en casa de las hormigas.

Cierta noche, hallándome como de costumbre ocupado en parapetar la puerta de mi celda, veo penetrar en ella a Meg con cierto misterio.

—¡Estamos en guerra! me dijo sin preámbulos.

—¡Cómo! exclamé; ¿y con quién?

—Con la vecina república.

—¡Ah! ¿y por qué motivo?

—Por uno sencillo: cuestión de susceptibilidad. Parece que los dos Estados han aumentado mucho en habitantes y que el bosque ya no puede contenerlos: diariamente ocurren escaramuzas en las fronteras. Hasta ahora la cosa no había pasado a mayores, pero la insolencia de nuestras vecinas ha llegado a su colmo: sin duda que atribuyen a miedo lo que sólo es longanimidad de nuestra parte. En una palabra, esta mañana una partida de las suyas ha hecho una incursión en nuestro territorio; hemos tratado de detenerlas, pero, menos en número, tuvimos que retirarnos desordenadamente.

Háblase de algunos muertos y de un número bastante crecido de heridos.

—De suerte que...

—De suerte que la guerra está resuelta. Ahora hay consejo en el gran salón, y aunque se presenta alguna oposición (nunca falta) la mayoría opina por tomar inmediatamente la ofensiva. Probablemente que mañana a primera hora nuestros ejércitos se pondrán en marcha.

—¿Decís que ahora se celebra consejo?

—Es solo en la apariencia, por no descontentar del todo a la oposición, pero es cosa resuelta la declaración de guerra.

—¿Es pública la discusión?

—Sí, y si quereis...

—Me agradaría oirla.

—Siendo así, seguidme.

Así lo hice, ansioso de asistir a una sesión deliberativa de las hormigas. Después de recorrer varias galerías, llegamos a la entrada de la sala grande, donde había estado la noche que llegué al hormiguero.



Reinaba en aquella sala la mayòr animación, viéndose algunos grupos, en medio de los cuales discutían con gran calor las partidarias de la paz y de la guerra.

De repente una hormiga pide la palabra. Todo el mundo calló.

—Esta es el *leader* de la oposición, profirió a mi oido Meg.

"¡Ciudadanas! dijo la oradora. Ninguna de las aquí presentes debe acusarme de desafecta a nuestra república; sin embargo, antes de engolfarnos en tan peligrosa y sangrienta aventura como la que intentais llevar a cabo, es preciso hablar con claridad. Si no puede evitarse la guerra nada tengo que decir; me vereis combatir en las primeras filas. (Resuenan algunos bravos proferidos tímidamente.) Más antes de llegar a tales extremos, examinemos si la conducta de nuestras vecinas merece una represión violenta; veamos si no hay medio de entendernos con ellas amistosamente. Temo que en esta ocasión nos mostremos harto susceptibles (murmullos); temo, digo, que nos mostremos harto susceptibles. (Varias voces: ¡No! ¡No!) Verdad es que ha habido algunas escaramuzas en la frontera, pero semejantes hechos se producen de vez en cuando y nunca han acarreado, a lo menos que yo sepa, una conflagración general. A lo sucedido ayer se le han dado proporciones desusadas, enormes, y creo que si nos dirigíamos cortésmente a nuestras vecinas, se apresurarían a otorgarnos las justas satisfacciones que nos deben, evitándose de esta suerte el azote de la guerra. He dicho."

Estas palabras fueron acogidas con grandes murmullos, armándose tal batahola que nadie se entendía. Tranquilizados un tanto los ánimos, otro hormiga escaló la tribuna, reclamó la atención de sus oyentes, y dijo:

"Mis queridas conciudadanas: Mi amor a la república es tan grande, a lo menos, como el que pueda tenerle la hormiga que acabais de oir; pero la quiero muy distintamente, pues deseo que en nosotras domine ante todo el sentimiento del honor nacional (¡Bravo!). Soy amiga de la paz—¡digna y santa palabra!—y me consideraría merecedora de la execración general, si arrastrase a nuestra nación a una guerra inmotivada; pero, ¿lo es acaso aquella por la que solicitamos vuestros votos? Nosotras no hemos sido las provocadoras; nuestras vecinas son las que con sus insolencias nos llevan a tales extremos. (Varias voces: ¡Es cierto! ¡Es cierto!) Se os quiere dar a entender qúe bastaría una embajada amistosa para el mantenimiento de la paz; pero ¿acaso no sabeis, amadas ciudadanas, lo que en los actuales momentos significaría semejante embajada? Nuestras enemigas creerían que, acobardadas, nos excusamos embozadamente. (Agitación casi unánime). Sí, que nos excusamos. ¿Y querríais enviar a nuestras vecinas una comisión para excusarcs? Decidme, ¿lo querríais?"

Al oir esto todas las allí presentes, o poco ménos, bramaron de furor La hormiga que abogaba por la paz, a medida que su adversaria avanzaba en su peroración se había ido acercando a una puerta, y al proferir ésta las últimas frases conoció que era tiempo de eclipsarse, como lo verificó. Las más exaltadas iban de acá para allá y al encontrar a la fugitiva no lo pasara muy bien.

—No andábais equivocada, dije a Meg, Sólo por mera fórmula se ha concedido la palabra a la oposición. Es indudable que aquí, como en todas partes, los partidarios de las medidas violentas se llevan tras sí a las masas, bastándoles algunas frases campanudas, tale como: "el honor de la república, el sentimiento de la dignidad nacional, es preciso obtener una legítima venganza por tan insorpotable ultraje," etc., etc., para aniquilar a cuantos intenten hacer oír el reposado y frío lenguaje de la razón. Veo que la guerra es inevitable. ¿De quién será la victoria y qué consecuencias traerá la lucha?

—Difícil si no imposible es vaticinarlo. La guerra es un juego de azar. Aguerridos y numerosos son nuestros ejércitos, pero los del enemigo están dotados del mismo valor y los creo superiores en número. No dudo de que las rivales están animadas del mismo ardor bélico que nosotras, pero se han arreglado de modo que ellas aparezcan como víctimas. Más vale desempeñar este papel que no mostrarse a los ojos del mundo como agresoras.

Después de lo dicho por la segunda oradora, no quedaba otro remedio a la oposición que plegar velas e inclinarse ante la voluntad nacional. Hasta hubiera sido peligroso para el exíguo partido de la paz insistir, a tal punto estaban excitados los ánimos. Ya he dicho que los partidarios de la guerra contaban con el apoyo de las masas, y aunque éstas debían soportar todo el peso de tamaña calamidad, como estaban ciegas, nada era capaz de desviarlas de su propósito, y corrían a su propia ruina como lo hubieran hecho los vulgares saltones, los más atolondrados entre todos los insectos.

— ¡Aprende, amigo grillo, aprende! decía para mis adentros mientras me encaminaba a mi cuarto. ¡He aquí una buena lección por si alguna vez te ciñes la corona del reino de las hormigas! Ya no ignorarás como se manejan las masas. Un poco de apostura y algunos gestos, períodos hinchados, palabras huecas, pero sonoras; frases hechas, mil veces repetidas, sin olvidarse de algunos gorjeos lanzado a propósito, así como del trémolo y del "do" de pecho. Si con esto no sabes captarte las simpatías de tu pueblo y llevarle a donde quieras, confiesa que eres un ser vulgar, indigno de empuñar el cetro, de vestir manto y ceñir corona real.

(*Continuará*)

El Club del Progreso conmemoró el aniversario de la jura de la Independencia, con una brillante fiesta de sociedad, que alcanzó gran éxito.



La comisión directiva del Club del Progreso, integrada por los señores doctor Pedro Caride Massini, presidente; Alberto del Campo, vicepresidente primero; Carlos F. Sidders, vicepresiente segundo; Jacinto Reinoso, secretario; Lázaro S. Trevisán, tesorero; doctor Ulises Vil'alobos, bibliotecario; Carmelo Levene, Juan José Guichandut, Herbert James Pilling y Arturo Nazar vocales; a cuya iniciativa se debe el brillante éxito social obtenido durante la lucida recepción efectuada en los salones de la mencionada institución, conmemorando la efemérides del 9 de Julio.

Entre las fiestas sociales con que se celebró el aniversario patrio, merece destacarse la recepción llevada a efecto en los salones del Club del Progreso, por el brillo y lucimiento alcanzados durante la tradicional reunión.

No obstante lo desapacible del tiempo, los balcones de la prestigiosa institución, fueron ocupados desde temprano por una numerosa concurrencia de familias que, conocida a poco la noticia de la suspensión del desfile militar, pasaron a los salones de actos donde se formaron de inmediato animadas tertulias.

Allí los presentes fueron cumplimentados por los miembros de la comisión directiva de la institución integrada así: presidente, Pedro Caride Massini; vicepresidente 1o., Alberto del Campo; vicepresidente 2o., Carlos F. Sidders; secretario, Jacinto Reynoso; tesorero, Lázaro S. Trevisan; bibliotecario, Ulises Villalobos vocales: Carmelo Levene, Juan José Guichandut, Herbert James Pilling y Arturo Nazar, y los miembros de la comisión de recepción, integrada por los Sres. Manuel F. Pascual, Pedro Arias (hijo), Samuel Amadeo Videla, Gaspar L. Cornille, Antonio M. Crouzel, Jorge E. Saubidet, Guillermo R. Bernardo, Carlos Laredo, Facundo Larrosa, Martín Ignacio Reynoso, Jorge Carlos Planes, Samuel Amadeo Videla (hijo), Guillermo Crouzel, Raúl Díaz Reynoso y Ernesto Fonticiella.

Poco después de las 16 comenzaron a afluir al local social los invitados especiales, entre los que se contaban el embajador de Francia, M. George Clinchant; embajador de España, D. Ramiro de Maeztu y señora, Da. Mabel Hill de Maeztu; enviado extraordinario de Cuba, Dr. Néstor Carbonell y señora, Da. Mercedes P. de Carbonell; enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Paraguay, Dr. Vicente Rivarola y esposa; encargado de negocios de Panamá, don Eduardo E. Holguín C.; secretario de la legación de Bolivia, D. Samuel de Ugarte y señora, y segundo secretario, D. Jorge Salinas Vega; cónsul del Brasil, D. Nemesio Dutra; secretario de la embajada argentina en Francia, D. Alfredo de Puente García.

Reunido ya en los salones de actos un crecido público, se ejecutó el Himno Nacional, que fué cantado por el Sr. Raúl Paz.

Seguidamente se inició la danza, prosiguiendo en un ambiente selecto y de gran animación hasta después de las 20.

Entre la numerosa concurrencia, que fué obsequiada con un "lunch", se hallaban las familias de Caride Massini, Reynoso, Trevisán, Guichandut, Levene, Pascual, Nazar, Osorio, Benítez, Astoul, López de Calatayud, Castro, Cordero, Bayá, Sitya Nin, Ezeyza, Casares, Galarza, Puig, Torquinson Alvear, Arceco, Gómez, Crovetto, Mones, E. Cazón, Luizamón, Arias, Cornejo Moreno, López Isasuondi, García Piñeyro, Olazábal,, Lupi, Urquiza Anchorena, Mac Green, Shaw, Ruiz de los Llanos, Nieva, Escalada Iriondo, Ojam, Ojam Etcheverry, Sabaté, Parral Durrau, Coelho, Diana, Calarco, Ortiz Machado, Torres, Carbia, Rodríguez, Méndez Chavarría, Golhager, Beltrán, Saucedó, Pereyra, Bourre, González Villanueva, Mattler, Pinedo, Moen, Forteza, Díaz, Arroyo Tabanero, Nolte, Paz, Tolosa, Jolly, Méndez Muñoz, Valerga Aráoz, Sanjuán, Sosa, García, Cueva, Moscoso, Córdoba, Raffo, Cano, Ugarriza Aráoz, Fernández, Pisano, Cárrega, Butty, Viale, Arrighi, Brovenier, Pradel, Sánchez Vincent, Balparda, Iribirane, Díaz de Vivar, Baño, Constantino, Bermúdez, Orgueira, Colombres, Amadeo, Ravier, Vivas, Torres Astigueta, Mendoza, Casal, Orzábal, Faihurst, Conde Soria, Morales, Guesalaga, Cabrera, Doll, Ibarra García, Avila, Graciano, Ford, Gabba, Sosa, Alvarez Storni, Salas, Warnes, Fontela, Ujaria, Freyre, Cappa, Arnedo y Espinosa, La Rosa, Fernández Sáenz, Barcala, Castilla, Ortner, Rove, Aragón, Rossi, Soldone, Ramos, Terra, Orfila, Jallaquier, Rey, Tobías, Bordaverri, Balmaceda, Las Artes, Campo, Livingston, Antelo, Fasel, Villate, Martínez Vélez Aubone Quiroga, Zenarruza, González Acha, Avery, Vázquez Ponce, Field, Magallanes Massa, Gallo del Carril, Merello, Ferriol, Gallo, Casablanca, Bradley, Ramírez, Méndez Diz, Zapiola, Jiménez, Leca, Mac Graw, Benítez Astoul, Argerich, Vadone, Pedraza y otras.

En el gran salón del piso bajo los asistentes fueron obsequiados con un "lunch".

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



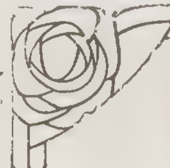
RIO CUARTO. — El nuevo jefe político, doctor José Lucero Ortiz (x) acompañado de las autoridades locales y de los funcionarios de la mencionada repartición, momentos después de tomar posesión de su cargo.







Concurrente que asistieron a la comida con que el senador provincial señor Carlos J. Baigorria, obsequió en su residencia particular a las nuevas .autoridades .policiales. de Río Cuarto





ADROGUE. — Vista parcial de los comensa- en compañía del inge- banquete que una comisión de caracterizados vecinos de Almirante Brown, Mármol y Florencio Varela, obsequió al diputado nacional señor Carlos Sánchez, autor de varias iniciativas beneficiosas para la región



El diputado nacional doctor Pedro Podesta en compañía del ingeniero Justo P. Zavalla, del señor Juan Jerónimo Podestá y del jefe de la policía caminera inspeccionando el puente de "Las Piedras", recientemente librado al servicio público





MENDOZA. — El director de "La Quincena Social" señor Leonardo F. Napolitano, dirigiendo la palabra a los comensales, durante el banquete con el cual se celebró el décimo aniversario de la fundación de la mencionada revista.



La señorita Elena Sainl y el señor Donato Andriuzzi, que recientemente contrajeron enlace en la capital federal.







Señor Intendente:

EL "PARQUE GOAL" ES UNA AFRENTA A LA MORAL Y A LA HIGIENE PUBLICA. — LOS MUERTOS TAMBIEN TIENEN SU PROBLEMITA. — LOS REFUGIOS PARA PEATONES.

UNA VERGÜENZA EN PLENA Avda. DE MAYO

Tenemos en nuestra mesa de trabajo numerosas cartas de lectores y comerciantes instalados con negocio en las inmediaciones de la Plaza del Congreso y la Avenida de Mayo, en las cuales se nos insta a proseguir con igual denuedo la campaña emprendida por el desalojo del recreo "Parque Goal", foco de corrupción y de mala vida ubicado como una vergüenza colectiva en la primera arteria ciudadana. Insistimos pues, seguros de responder a un llamado de la conciencia del vecindario metropolitano del radio indicado y, por otra parte, de realizar una obra de positivo bien para los intereses generales. El "Parque Goal" es, como hemos dicho en anteriores comentarios, un amplio local de la Avda. de Mayo y Saenz Peña, vecino a un cine de dudosa índole, en que se dan cita elementos maleantes o sospechosos.

En una tarima sucia, una mala orquesta ejecuta música popular e interpreta diversos números de varietés escogidos entre los cómicos en "relache" o de pésima catadura moral. Es obligatoria la consumación en todas las secciones, y como los precios están cuadruplicados fácil es advertir que en ello reside la ganancia del dueño del "Parque Goal". Los "artistas" referidos trabajan a precios irrisorios, prestándose al inicuo negocio; como, además, nada de lo que se sirve es bueno, resulta evidente que el "Parque Goal" dá a su propietario beneficios cuantiosos, que, desde luego, no sería fácil obtener en el comercio honrado. Esto explica en cierto modo las grandes coimas que, acaso, se pagan subrepticiamente para mantener en su actual ubicación al "Parque Goal", digno únicamente del antiguo Paseo de Julio o de los cafetines portuarios donde desemboca la faz cosmopolita, todavía sin horizonte en nuestra vida nacional. Y esto explicaría, por añadidura el silencio guardado alrededor del "Parque Goal" por cierta prensa que se muestra, aparentemente, muy preocupada de la moral y la higiene pública...

Elementales razones de estética edilicia, de salud espiritual, de defensa social de la población obliga a las autoridades comunales a desalojar de la Avda. de Mayo al refugio insano que aludimos. Creemos que no debe retardarse por más tiempo la medida necesaria La desidia de nuestras autoridades — sobre las cuales se arrojan sospechas infundadas, que, sin embargo, debemos tomar en cuenta permite al dueño del "Parque Goal" jactarse ostensiblemente de la protección oficial, proveniente, según expresa a quien quiera oirle, de altas influencias políticas contribuye a dar pábulo a su afirmación extraordinaria, el hecho de que allí se violen públicamente, en forma flagrante, todas las disposiciones y ordenanzas que rigen materia de higiene y espectáculos El desalojo del "Parque Goal" será una resolución que la población de Buenos Aires agradecerá. Las autoridades municipales tienen una brillantísima ocasión para demostrar, una vez más, los nobles propósitos que inspiran su obra y la atención preferente que a ella dedican.

LOS MUERTOS TAMBIEN TIENEN SU PROBLEMITA...

El Intendente se dirigió al Concejo Deliberante por mediación de la Secretaría de Obras Públicas solicitando permiso para autorizar el uso de las calles adyacentes al Cementerio de la Chacarita a los fines consiguientes. La nota, que abunda en diversas consideraciones tiene una razón considerable: la falta absoluta de espacio en el citado Cementerio, y la imposibilidad de establecer, por el momento, un paraje apropiado para sepulturas. Esta razón, con ser aplastante, se resiente por un lado. Viene a demostrar ella, en forma palmaria, la imprevisión de las anteriores autoridades de la Comuna. Un elemental buen sentido aconsejaba adelantarse a los acontecimientos adoptando las necesarias medidas prácticas del caso. Pero, ya frente a la realidad fúnebre del problema no es admisible el criterio propuesto. No es posible sepultar muertos en calles de tránsito, que, aunque datan de reciente creación, se hallarán dentro de poco pobladas y en plena vía de progreso. ¿Qué dirán, por otra parte, los adquirentes de terrenos locales? ¿Con qué derecho la Municipalidad les colocará en frente las cruces reveladoras de las sepulturas? Si bien la extrema gravedad del problema, que requiere una solución urgente, explica en cierto modo la medida de emergencia que se propone, no creemos que ella sea la aplicable. Lo lógico sería, por ejemplo, una ley de cremación pública; más dado que nuestro pueblo no se adapta aún, por antiguos prejuicios, a esta práctica moderna y saludable, cabe, sí, la derogación de la ordenanza que permite el alquiler o arrendamiento de los terrenos del Cementerio de la Chacarita por cinco años, con opción a otros tantos, sucesivos. Corresponde fijar un plazo mínimo más limitado, y con expresa orden de destinar al crematorio común las urnas que no sean retiradas a su término. O en su defecto, el Concejo Deliberante debe indicar un radio determinado del suburbio de la ciudad para la organización de un nuevo cementerio. Lo que de ninguna manera se concibe, ni siquiera en carácter provisorio, es la utilización de calle para sepulturas. A las circunstancias expuestas, hay una de orden estético que merece respetarse.

¿LOS REFUGIOS SON PARA LOS PEATONES O PARA LOS AUTOMOVILES?

En las avenidas, diagonales y grandes arterias urbanas se dispuso la habilitación de "refugios para peatones", pequeñas explanadas en las cuales el público se pone a salvo de las contingencias del tráfico.

En efecto, el cruce de las amplias calzadas fué a menudo motivo de dolorosos accidentes que, merced a los referidos "refugios" han ido mermando considerablemente. Bien: el difícil problema del tráfico lo resuelven algunos conductores de autos, taxis o particulares colocando sus coches en los "refugios" a falta de las playas de estacionamiento que antes de mediodía se hallan ya totalmente cubiertas. Esto crea un nuevo y más considerable problema: el problema del tránsito del peatón aunque parezca un poco ligero el tema. ¿Qué hace por ejemplo, el ciudadano que debe cruzar la Diagonal Roque Saenz Peña si sus "refugios" se hallan ocupados por autos? Cruzará la calzada con los consiguientes peligros ya que allí es continuo el ir y venir, por izquierda y derecha, de las columnas del tráfico. Llamamos la atención de la Intendencia. Los cuidadores de autos, erigidos en especie de dueños y señores de la calle, nada hacen a cambio de una propina por que se cumpla la obligación natural de no colocar coches en las explanadas destinadas al público. Y ello significa una complicidad que no necesitamos concretar particularmente, porque está a la vista de todo el mundo su comprobación. Consideramos del caso que se vele estrictamente por que los autos no sean estacionados en los refugios, disponiéndose enérgicas decisiones para cuantos pasen por alto la medida que reclamamos en nombre de los más preciosos intereses de la población.

La peluca de Don Venancio

Por R. M. de Mora.

Una habitación con ventana al fondo y puertas a la izquierda y a la derecha. Por fuera de la ventana está un joven, Liso, hablando con una muchacha que está dentro de la habitación, Rosina. Son novios. Ella es muy vivaracha y decidida. El un buenazo tímido de apariencia y pillo en realidad.

Liso — Y desde que tú tutor me puso en la calle, yo no como, no duermo, no vivo... ¡amor mío!

Rosina — Ya te he dicho, Liso mío, que no te apures: duerme, come, vive... ¡pero sin apartarte de esta reja! Ya sabes, tú y yo somos como un par de penitentes... de imperdibles... ¡que siempre van por pareja!

Liso — ¡Pero yo me debilito esperando...!

Rosina — Antes te debilitabas sin esperar... Al fin de cuentas, el amor es sólo una debilidad...

Liso — ¡Cuánto te quiero, mi Rosina! ¡Anda, dame otro besito!

Rosina — ¿Ves? y luego dices que te debilitas... ¡goloso! (Besándose cómicamente).

Liso — Otro, otro más.

Rosina — Dijistes que uno solo. ¡Embustero! Todos los hombres sois iguales. Te acuerdas del primer día que me visitastes, con el pretexto de tocar juntos?

Liso — Sí, sí... tú el violón...

Rosina — Violín, ¡estúpido!

Liso — Y yo tocaba el piano y a ti...

Rosina — ¡A que te pego una bofetada!

Liso — No, si digo que a ti no te gustaba...

Rosina — Porque desafinabas mucho.

Liso — Hasta que no pude más...

Rosina — Y harmonizastes haciéndome el amor.

Liso — ¡Claro, y poquito bonita te pusistes al oírme!

Rosina — ¡Adulón!

Liso — Anda, otro, otro besito nada más, anda, en recuerdo. (Se interrumpe la sesión al oírse la voz agria y airada del tutor, don Venancio, a quien Rosina llama siempre "papín").

Don Venancio (desde dentro y sin aparecer en escena) — ¡Rosina! ¡Rosina!

Rosina — (Entre beso y beso) — Voy, papín, voy papín, ¡rico! (la última palabra se la dirije al novio).

Liso — ¡Otro más, otro más y te dejo! (la tiene sujeta por la cara con ambas manos).

Rosina — Sí, rico, pero suéltame...

Don V. — (A punto de aparecer, y como persona desconfiada) — ¿Eh, qué estás ahí diciendo

Liso — ¡Uno, uno más!

Don V. (Apareciendo en escena — ¡Sinvergüenza! ¿Conque otra vez hablando con ese zángano? ¡Hasta que te lo mate un día! ¡Verás! (Haciendo ademán de salir).

Rosina — Pero si no hablaba con nadie, papín.

Don V. — ¿Me vas a negar lo que he visto yo mismo?

Rosina — (Sobresaltada) — ¿Qué has visto?

Don V.. — Estabas hablando...

Rosina (Mimosa) — Papín, si era con mis flores. Las pobres están tan tristes cuando no les hablo, y hacía ya... verás, una, dos (con fingida preocupación), tres...

Don V. — ¿Pero qué cuentas son esas?

Rosina — Los be... (Iba a decir los besos) las horas que llevaba de no verlas... (Se acerca a don Venancio y empieza a besarlo y a hacerle monerías). ¿Estás celoso de mis flores?

Don V. (Dejándose besuquear) — ¡Quieta, quieta(loquilla! Basta, basta ya... Haces de mí lo que quieres, siempre lo que quieres.



Rosina — ¡Ojalá! Ya ves, desde que no quieres que yo quiera a Liso... ni lo veo siquiera. Ya ves si soy obediente. Cosa que tú no quieras, es para mí lo mismo que si no existiese. Tú lo sabes, tú lo ves...

Don V. — Pues hace un momento, yo hubiese asegurado, estabas hablando con él. Cuando yo entré...

Rosina (Patéticamente gimotea al principio y después llora desconsoladamente) — ¡¡¡Mi papín no me cree!!! ¡Ujuúu! ¡ujujúuu!! ¡Mi papín no me cree!!!

Don V. (Al que nada le crispa los nervios cómo el llanto) ¡No, hija, no... no!

Rosina — ¡Mi papín dice que no me cree! ¡Ujúu! ¡Ujujúuu!!! (llorando aún más fuerte).

Don V. — No, hija, no; si digo que sí te creo. Sí te creo. ¡Sí te creo! (Dispuesto a seguirlo diciendo hasta el final del mundo o hasta que Rosina deje de llorar).

Rosina (Con súbito cambio) — Ah, mi papín sí me cree! ¿Verdad papín? El me cree todo. Su Rosina en cambio le quiere mucho, mucho (Vuelta a los besos y a los estrujones).

Don V. — Vamos, basta ya. Basta ya... Oye, chiquilla, ya se me estaba olvidando una cosa importante que quería decirte. Sabes, monigote, quería decirte... (Ella sigue sin prestarle atención y él insiste). Quería decirte, hijita...

Rosina — Ya te escucho, papín.

Don V. (Con gran temor, después de la escenita anterior titubea un número de veces, dando lugar a que ella crea que se trata de una nueva prohibición respecto a Liso)—Yo creo... He pensado... (Rosina le interrumpe gimoteando de nuevo ¡Ujujúuu!) Pero si no es eso... Pero, hija, si yo quería decirte... ¿Pero atiendes o no atiendes, hija?... (Más jipios de ella. Don Venancio ya exasperado le grita) ¡¡¡Pero si es de mí, de *mí* mismo de quien quiero hablarte!!! (Como por encanto Rosina salta de nuevo sobre él y le presta una decidida atención). Pues quería decirte que tú... que yo... ¡Vaya! he pensado darte una mamá...

Rosina — ¿Cómo dices, papín?

Don V. — He pensado casarme... (Como aquel que sale de un atolladero) Casarme para darte una compañera... eso es, una compañera para ti... Hasta es casi de tu edad. Clara, Clarisa... una amiga tuya, es decir, será una amiga tuya... (Vagamente) Para eso lo hago, para darte una amiga íntima, buena. inseparable... Además, para ir con ella a todas partes...

Rosina — Pero papín, ¿a tu edad? ¿Estás de broma?

Don V (Ya deseando estallar ante la sonrisita de Rosina)—¡Qué bromas ni qué demontres! ¡Es para

compañera tuya! Además, yo no soy tan viejo, hija... no soy tan viejo. Cuando mi padre tenía...

(Pero Rosina, tomada por sorpresa, no sabe a qué achacar la risa histérica que se ha apoderado de ella. Se pone a jugar con el cabello de don Venancio y se queda con él en la mano, es decir, con la peluca, pues don Venancio es perfectamente calvo, como una bola de billar).

Don V. — (Irascible)—¡Qué haces, atrevida! ¿Así tratas a tu tutor, a un padre? ¡Venga, venga... eso! (Elude decir "peluca")

Rosina.— Si es que estaba despeinada... Verás, te la voy a arreglar yo; verás qué guapo quedas, ¡ya verás) (Se entra con la peluca en la mano).

Don V.—(Paseando solo) — La chica es buena, es buena. Pero no acabo de saber lo que le parecerá mi proyecto ¡Ya le parecerá bien! Además, Clarita es tan buena, tan inteligente... ¡tan mía! ¡Oh, si tan mía....! (Se lleva las manos a la cabeza, como si fuera a acariciarse los cabellos). Tan... tan... (Buscándose el pelo por al cabeza, hasta recordar que Rosina lo tiene). ¡Ah, sí, sí! (Hablando consigo mismo otra vez). Serán amigas, hermanas y, además... mía... MIA...

(Dentro, quizás desde otra ventana la voz de Liso que le está diciendo a Rosina) — Mía, Mía...

Don V.—¡Eh! ¿Qué es eso...?

(Desde dentro otra vez, se escucha la voz de Liso)— ¡El último, Rosina, el último y te suelto!

Don V— (Va a salir vociferando, cuando se detiene al notarse de nuevo sin el pelo, y grita desde la puerta como si Rosina estuviera a mil leguas)—¡Rosina! ¡¡Rosina!!

Rosina. — (Desde dentro) — Voy, papín. ¡Ya voy...! (Aparece) ¡Si ya venía...!

Don V. — Ya estabas hablando con ese ganso desde la otra ventana, ¿verdad?

Rosina. — No, papín, hablaba con... con tu peluca... ¡eso es!

Don V.—(Mirando el reloj) — ¡Uf! ¡Uf! ¡Qué tarde! Dame, dame eso. Ya estará Clarita para llegar...

Rosina. — ¡Ah! ¿pero va a venir?

Don V. — Sí, hijita, para que la conozcas... para que os hagáis amigas... ¡Es tan buena, tan inteligente, tan... tan... ¡Pero anda, dame, dame eso!

Rosina.—¡Ah, espera, si te la voy a rizar! (Antes de que lo impida ya ha echado a correr adentro).

Don V. — ¡Anda, anda ya está bien! ¡Trae, chiquilla, trae...!

(Escasamente ha desaparecido cuando vuelve a entrar pero desconsolada, gritando y llorando).

Rosina. — ¡Ay! Papinito, qué desgracia, ¡ay! ¡qué desgracia!

Don V. —¿Pero qué, qué ha sido...?

Rosina. — La pe... la pelu...

Don V. — ¡Acaba, hija, acaba...!

Rosina — La pe-lu-ca... ¡se me ha caído por la ventana!

Don V. — Pues saldré por ella... (Haciendo el ademán).

Rosina. — ¡Ay, no papín! Es que, por casualidad pasaba Liso y la...

Don V. — ¿Y la qué...? (está con el alma en un hilo).

Rosina. — Y dice que...

Don V. — ¡Acaba...!

Rosina. — Que la entregará a Clara... Se ha enterado de la conversación... ¡Ay, papaito, que desgracia! (Se pone a gimotear de nuevo).



ENTRE NOVIOS

EL. — Chica, ¡en qué lio me he metido!
ELLA. — Dímelo, amor mio; yo te ayudaré a resolverlo.
EL. — Nada... que me he casado con otra.

Don V. — ¿A Clarita?... ¡Le saco los dientes a él! (Va a salir furioso).

Rosina. — Si te ve salir así la romperá, fíjate, papín, la romperá entre las manos... o correrá con ella.... ¡Ay, papín, qué desgracia!

Don V. — (Viendo el reloj, pero aún con duda) — Si no me la entrega en seguida, dile que salgo y lo arrastro, ¡lo mato!

ROSINA. — ¡Ay, papín! (Mirando por la ventana y como quien ha visto al diablo).

Don V. — (Ya asustado por todo) — ¿Qué, hija? ¡Acaba...!

Rosina. — Por ahí,por allí... viene una señora muy guapa mirando el número de las casas... Debe de ser tu... la... Clarita..

Don V. (Excitado) — ¡Dile a ese que te dé... eso... corre!

Rosina. — ¡Ay, papín, que ya viene! (siempre mirando a la calle) Que ya llega... y tú sin peluca... ¡Ay, papín! ¿qué va a decir esa señora si te ve sin pelo? ¡Ay, papín de mi vida! ¡Ya está aquí... ya está aquí!

(Aparece por la ventana Liso y al hablar Don Venancio da un salto para esconderse).

Liso — Buenas tardes.

Don V. — (Saliendo a medias) —Deme usted eso... eso.. (se contiene).

Liso. (Como si no lo hubiese oído) — Me permitirá usted, don Venancio...

Don V.—¡No!

Liso (Sacando y mirando la peluca) — Pues, despídase... (Dirigiéndose a la supuesta persona, que debería estar al lado de él, fuera de la ventana) ¿Don Venancio? Sí, aquí vive...

Don V. —¡No!

Liso. — No... tardará en salir... (Liso se vuelve de espaldas a la ventana y sigue hablando) No tardará en salir... se retrasó porque hubo una junta familiar y él... prometió aceptarme como marido de Rosina... por que si no (hace ademán de romper la peluca entre las manos) ¿Verdad, Don Venancio, que me aceptó usted?

Don V. (con voz de tumba) — Sí, sí...

Liso. — ¿Lo oye usted, señora? Pues ya sale. (Deja caer la peluca dentro de la habitación y mientras Don Venancio se abalanza a recogerla, Rosina corre hacia la ventana y Liso y ella se toman las manos).

Rosina. —¡Has estado delicioso!

Liso— ¡Rica! ¡Ya eres mía!

Rosina — ¡Ay, que vienen!

Liso. — ¡Uno, uno nada más y te dejo uno... uno!

Historia de la piña americana

La piña es oriunda del continente suramericano, quizá proveniente del Brasil, y crece hoy en los países tropicales, más o menos cultivada.

Cuba inició su cultivo en escala comercial, así como las Bahamas y otras islas, debido a la creciente demanda que en seguida tuvo el fruto.

Claro está, las primeras tentativas, de tal cultivo sufrieron trastornos, hasta que la demanda creció, y se pudo lograr mercado firme.

Puerto Rico hizo una plantación de buenos resultados, siguiéndole Jamaica, con la variedad llamada Pan de Azúcar; en Hawán, con la variedad Cayena Lisa; en la Florida, sus distintas variedades, etc.

En las Bahamas se cultivó la variedad Red Spanish (Piña Roja), que demostró tener suficiente resistencia para exportarla a los Estados Unidos aun en buques de vela; por lo tanto, fué ésta la variedad que primero conocieron los consumidores norteamericanos como fruta de mesa, así como la primera que se envasó en latas en cantidades comerciales.

La Red Spanish se comenzó a cultivar también en Cuba, donde se propagó a tal punto que hoy día se exportan anualmente millón y medio de huacales o canastos.

De las Bahamas y de Cuba el cultivo de esta última variedad se extendió a los cayos y al interior de la Florida, encontrando allí una expansión muy rápida debido a que dicha península está muy cercana a grandes centros de población en donde la demanda de fruta fresca aumenta constantemente.

Mas después de unos años el cultivo casi cesó por completo debido a temperaturas muy bajas en algunos inviernos, lo cual es fatal para la planta; aumentó en los jornales, lo que hizo difícil competir con las frutas cultivadas en otros lugares y falta de conocimiento de cómo solucionar los problemas relacionados con la plantación misma.

La ciencia cambia el sexo de los animales

Por Alan Macdonald.

La ciencia ha probado, recientemente, que es capaz de alterar la forma, los hábitos, el color y hasta el sexo de ciertas especies diferentes del mundo animal. Durante muchos años, pacientes investigadores han estado conduciendo búsquedas extraordinariamente atrevidas sobre las mencionadas condiciones de vida y características, en moscas, pájaros, reptiles y cuadrúpedos. De ellas han resultado descubrimientos asombrosos sobre los secretos más ocultos de la Naturaleza. Tan vitales y reveladores han sido los últimos experimentos, que muchos sabios están convencidos de que el día en que las vidas, los cerebros, las costumbres humanas, estarán sujetas, muy estrictamente, a un control similar, ya está apareciendo en el horizonte del tiempo.

Prominente entre los investigadores a que hemos aludido, está el doctor Oscar Riddle, del Instituto Carnegie, de Wáshington. Después de pasarse media vida en experimentos con tales cambios en las formas menos evolucionadas de la vida, el distinguido sabio señala que la ciencia médica ha incorporado ya a su numeroso cuerpo de especialistas al "especialista en control de la vida humana." Particularmente, llama la atención sobre los milagrosos cambios efectuados en el crecimiento y desarrollo de cerebros y cuerpos por medio de la tiroidina y otros extractos glandulares; sobre la victoria obtenida en la batalla contra la obesidad excesiva y sobre los métodos empleados para retrotraer a la normalidad mental a los niños con predisposiciones de idiotez o cretinismo.

Según el doctor Riddle, la ciencia y el mundo están en una encrucijada. Citando los nuevos descubrimientos, declara que ellos se han obtenido no criando las progenies deseables por medio de la unión sexual de especies más perfectas, sino por la alteración gradual de las condiciones en que se desarrolla el indivduo. En otras palabras: por medio de cambios en la alimentación, la temperatura, el clima, los alrededores y por la aplicación de rayos X, y substancias químicas de propiedades radicales.

Con las pruebas de tales conclusiones y experimentos, pregunta el doctor Riddle: "¿Debemos seguir adelante para aplicar todo lo que hemos descubierto a la vida humana, con objeto de mejorarla, o debemos detenernos y olvidar lo que hemos llegado a saber?" En otras palabras: "Hemos de experimentar con entes humanos para ver lo que se puede hacer o no?".

La pregunta es pertinente, por curioso o raro que ello parezca; porque, después de todo, el mundo en general no parece muy dispuesto a ser mejorado. Muchos creen que, si todo el mundo llegara a ser sano, fuerte, altruísta y honesto, no valdría la pena de vivir, o, por lo menos, la vida perdería buena parte de su excitación. Pero el doctor Riddle insiste en que la raza humana puede ser mejorada; que los hombres superiores pueden ser desarrollados, y es por esto que está tratando de conseguir los medios para construir un instituto en que se estudie la practibilidad de que pueda llegar a haber "especialistas en el control de la vida."

Entre los más interesantes de estos experimentos sobre control de las formas menores de la vida están los del doctor Guillermo H. Dieffenbach, que trató los huevos de gallina con rayos X. Comenzó sus experimentos hace diez años, con la idea de determinar las exactas consecuencias que sobre el cuerpo humano tenía una aplicación sistemática y científica de estos rayos que, según él creía, aún no habían rendido todo lo que podían a la ciencia médica. Para los experimentos se utilizaron huevos de gallinas Plymouth Rock. Los resultados fueron asombrosos. De los huevos salieron pollos extrañamente deformados, algunos sin alas, por ejemplo, y otros, con las proporciones normales completamente alteradas. Aumentando el dosaje de aplicación de rayos X se descubrió que, cualquiera que fuera la clase de huevos utilizados, la proporción de machos decrecía; lo cual demuestra que, como ya varios sabios habían anunciado, las hembras son más resistentes que los machos.

Pero no fué eso todo. El doctor Dieffenbach, perfeccionando sus métodos y el sistema y calidad de aplicaciones de rayos X, logró producir pollos de peso muy superior al normal, y que eran capaces de poner huevos o fertilizarlos mucho antes que los que no habían experimentado los mencionados rayos. Es decir, que el doctor Dieffenbach está por producir, aparentemente, una raza de supergallinas.

Todo esto es bastante extraño; pero lo es más el hecho que la Naturaleza misma, auxiliada ligeramente por la mano del hombre, produce extraordinarias metamórfosis. Como ejemplo, citaremos el axolotl. Este animal de nombre tan exótico, es indígena de Méjico y habita en las lagunas; respira por medio de branquias, y durante toda su vida es, prácticamente, un pez. Generación tras generación, pone sus huevos muy semejantemente a la manera en que lo hacen los peces, y reproduce su especie. El doctor Riddle y otros sabios, han demostrado, experimentalmente, sin embargo, que si este extraño animalito es retirado de las aguas y mantenido en lugar seco, donde se le obliga a permanecer tres o cuatro meses al aire libre, se transforma completamente en un animal de tierra. Las branquias se atrofian, se desarrollan pulmones y el axolotl se escurre por tierra como cualquier otro animal. Y cuando se reproduce, sus crías son también animales de tierra. También se ha encontrado que, alimentando los tejidos y extractos tiroídeos al axolotl en su estado natural, es decir, en el agua, pierde igualmente sus cualidades acuáticas y se transforma en un animal de tierra, hacia la cual se dirige.

Y no es sólo por eso que presenta tanto interés el axolotl para los sabios. Sujetándolo a una dieta constituída por el lóbulo anterior de la glándula pituitaria — que en los hombres y ciertos animales controla el régimen, según el cual es el alimento transformado en energía, — de un individuo zoológico superior, el axololt se transforma en un gigante de su especie. Sin embargo, esta posibilidad de aumentar de proporciones no es peculiar del axolotl, porque el doctor Riddle asegura que a los mismos resultados se ha llegado con ratas, aplicando los mismos métodos.

El doctor Riddle describe experimentos aún más extraordinarios, llevados a cabo con animales inferiores.

Habla, por ejemplo, de un cierto gusano, cuya forma ha logrado la ciencia alterar asombrosamente por medio de cambios en la temperatura, ambiente y alimentación.

En un cierto período de su desarrollo, los experimentadores son capaces de decidir cuál de sus extremos será la cabeza y cuál la cola. Es decir, que por ciertos procesos y aplicaciones, ha llegado a hacer que se desarrollen los tejidos de la cabeza; donde debían desarrollarse los de la cola!



El origen de las sortijas

En una de las fábulas de la Mitología encontramos el origen de las sortijas, cuyo empleo suntuario se ha generalizado entre las naciones civilizadas. Esa fábula no es otra que el tan conocido mito de Prometeo.

Según él, Prometeo, después de formar a los primeros hombres con agua y tierra, quiso animarlos, y para conseguirlo, escaló las altas regiones en que moraban los dioses para robarles una chispa del fuego divino.

Irritado Júpiter se apoderó del imprudente y le encadenó a una alta roca del monte Cáucaso, donde le condenó a que un buitre le royese eternamente las entrañas.

Un día Hércules puso término al suplicio de Prometeo, a quién libertó, y después se dirigió a la presencia de Júpiter para implorar su clemencia. Júpiter, aun cuando se mostraba propicio al perdón, no podía concederlo sin perjurio, ya que había hecho juramento de que sería eterno aquel suplicio. Por fortuna, los dioses de la Mitología no encuentran grandes inconvenientes para volver a su acuerdo y para encontrar un ingenioso subterfugio. Júpiter dios mitológico, no tardó en encontrarlo. Y pudo resolver aquella dificultad mediante una condición.

En adelante, Prometeo llevaría siempre, en uno de los dedos de su mano derecha un anillo de hierro, símbolo de la condena a que había sido condenado, y en el cual había de engarzarse una piedra, símbolo de la roca en que había sufrido el suplicio por tanto tiempo. Esta fué la primera sortija.

Un reinado efímero
Luis I de España

Apenas si queda recuerdo del joven y malogrado rey Luis I hijo de Felipe V, que nació en Madrid el 25 de agosto de 1707, y fué apadrinado por Luis XIV de Francia, representado por el duque de Orleans. A los dos años de edad fué proclamado Príncipe de Asturias.

El 15 de enero de 1722, esto es, cuando aún no había cumplido quince años, le hicieron contraer matrimonio con Luisa de Orleáns, duquesa de Montpensier, que tenía entonces doce años; un matrimonio casi infantil. Dos años después, Felipe V, abrumado por la penosa carga de la gobernación del Estado, por las luchas y turbulencias que le ofrecía la política internacional, se decidió a abdicar la corona en su primogénito, publicando el correspondiente decreto en 10 de enero de 1724, en el que manifestaba su decidido propósito de retirarse con su esposa al palacio de La Granja para "meditar la vida eterna y entregarse por entero al importante negocio de la salvación de su alma."

El 9 de febrero siguiente subió al trono el joven monarca, al que se llamó el Bien amado, porque realmente inspiró grandes simpatías, pues era un joven inteligente y bondadoso y se cifraron en él grandes esperanzas.

Antes de abdicar Felipe V había nombrado un Gobierno del que formaban parte los marqueses de Miraval, Valero y Lede, el conde de Santisteban, el arzobispo de Toledo, el Inquisidor general D. Juan Camargo, y como encargado del despacho universal al marqués de Grimaldi. Este, al retirarse a La Granja Felipe V, fué a residir allí también, y aunque había dimitido su cargo, continuó ejerciendo de hecho sus funciones, de tal modo, que cuando vino el mariscal Tessé a tratar de la sucesión de la corona de Francia, el marqués de Grimaldi le dijo así: "El rey Felipe V no ha muerto, ni yo tampoco."

Felipe V había dado instrucciones concretas a los ministros, de modo que Luis I no tenía mucho que hacer ni mostraba gran afición por el Gobierno, en el que seguía interviniendo su padre.

Como se ha indicado, vino el mariscal Tessé como embajador extraordinario del duque de Borbón, primer ministro francés de Luis XV, para ofrecer a Felipe V la corona de Francia, en el caso que se temía de que su sobrino Luis XV muriera sin sucesión; ofrecimiento que agradeció mucho Felipe V, pero que rehusó en los términos más afectuosos.

Después de esto el mariscal Tessé conferenció con el joven monarca Luis I, haciéndole el mismo ofrecimiento, que éste también rehusó, como era de esperar, con las frases más corteses.

No faltaron al joven monarca Luis I, en su breve reinado, serios disgustos, que le proporcionó su esposa. Educada ésta en la corte licenciosa de París, desde que llegó a Madrid pudo verse que desdecía de su alta posición, y con modales impropios de las severas prácticas de la etiqueta española, y más aún de la gravedad y circunspección que caracterizaban a Felipe V y a su esposa doña Isabel de Fernesio.

Claro es que debía juzgarse con benevolencia a la joven reina, que era una niña, y por ello mismo se confiaba en que el rey, ayudado por los prudentes consejos de su padre, podría corregir aquellas ligerezas, cuya transcendencia no apreciaba ella seguramente, y que las fomentaba por adulación o condescendencia algunas camaristas poco sumisas a la condesa de Altamira, que era la camarera mayor de la reina. Probó el rey a ver si con algunas manifestaciones de disgusto lograba fijar la atención de su esposa y la traía al buen camino; mas convencido de que ni por este medio, ni por sus reconvenciones, ni sus prudentes consejos, ni los de su padre, podía moderar sus vivezas inconvenientes, celoso de su dignidad y del prestigio de la corona, tuvo un rasgo de energía para corregirla, que resultó eficaz, y fué el ordenar su arresto el día 4 de julio de 1724. Cuando regresaba la joven reina de pasear por el Prado ordenó que la llevaran al palacio del Buen Retiro, pero el mayordomo encargado de cumplir la orden del rey, le expuso lo que éste había ordenado, y lamentando contrariarla, le dijo en su justificación: "El rey lo manda", y fué llevada al alcázar, donde se la instaló con todas las comodidades debidas, quedando acompañada por algunas personas de la confianza del rey. Este le escribió recomendándola la mesura y circunspección necesarias a su alta gerarquía para evitar las murmuraciones del pueblo.

En el alcázar visitó a la joven reina el mariscal Tessé, y en la entrevista que celebraron le confesó ella que eran ciertas muchas de las ligerezas que le atribuían, pero protestando que no podían acusarla de nada que afectase a su honor; mostróse arrepentida de su conducta y dispuesta a pedir perdón a su marido. Dióse con ello por satisfecho el joven monarca, y después de despedir a catorce camaristas que habían fomentado o encubierto las ligerezas de la reina, a los seis días de reclusión, con lo cual la consideró bastante castigada le permitió volver al palacio del Buen Retiro. El mismo rey salió a recibirla, la abrazó con cariño y quedaron reconciliados, no hablándose más de lo pasado.

Poco había de disfrutar aquella paz, pues como todo en este malogrado monarca había sido prematuro, la muerte había sido prematura, la muerte también le acechaba ya, a pesar de ser tan joven. El 19 de agosto de 1724 fué atacado de viruela negra, y el 31 de dicho mes, apenas cumplidos los diecisiete años de edad, murió con ejemplar resignación.

Semblanzas de la calle

Buenos Aires es múltiple; aventaja en facetas a los dioses y a los astros; a Juno y a La Luna, por ejemplo. Dentro de esta infinidad de aspectos que ofrece, hay uno, uno por lo menos, que pasa inadvertido por los más. El cronista se refiere a los astrosos, a los desarrapados que aparecen en determinadas esquinas al iniciarse el crepúsculo, vendiendo diarios y revistas o dormitando en los quicios de las puertas, y desaparecen con la aurora, dejando sus lugares a otros bulliciosos y turbulentos que ejercen menester igual durante el día. Son tristes, meditativos, tímidos; plantas sin clorófila, parecen desdeñar la luz del Sol por no necesitarla. Dentro de ellos hay una variedad sin fin; algunos parecen destacados de un lienzo de Zuloaga; otros, con su perfil grecoico, simulan no vivir los momentos actuales, y todos, absolutamente todos, si bien se los observa, ofrecen la pincelada trágica, desgarradora, de un drama muy oculto. Náufragos de la vida despojos de no sabemos cuál pirueta macabra de la Suerte, el poeta, con su imaginación kaleidoscópica, los ha creído dignos de semblanza.

Doña Suspiros



Así la llamo yo; así debe llamarla todo aquel que, como yo, haya observado su fisonomía exangue, trasunto de imagen mística, de oleografía religioso-católica, y escuchado la quejumbre de su voz, tan poco confundible con la de los astrosos y pordioseros vulgares.

Es una figura diminuta, que surge de improviso de la penumbra y nos alarga el diario o la revista del momento, contestando a nuestras preguntas con la incoherencia con que, las máquinas-horóscopos, lo hacen por intermedio de sus cartoncitos multicolores.

No es posible diputarle edad tan aventurado fuera asignarle treinta, como cuarenta, como veintiocho o cincuenta años. El óvalo de su cara — circuído por un pañuelo negro que semeja una toca —, de palidez de cirio y sin grandes arrugas, con sus ojillos azules vivarachos y su boca pequeña, no dice de vejez ni juventud. Esto sí: denota su belleza pasada, candorosa y un sí es no es coqueta, con la coquetería de hace cincuenta años que se desasemeja algo de la actual.

Habla de persecuciones y desdichas; de confabulaciones contra ella y de toda una sarta de desalmados que destilaran su gotita de acíbar en su camino triste. Sonríe poco; su rictus de mater dolorosa, aunque tiende a contraer sus músculos faciales y juntar sus labios, permite a veces observar su dentadura, sin grandes mellas a la vista, ni caries en caminos e incisivos.

No blasfema; no increpa chocarreramente al canillita que se le interpone ante un "marchante": su alegato es más bien reconvención.

Tose sin ruido; con su cuerpecito enclenque, sus vestiduras negras y su cara de cera transida de dolor, con la indiscutible bondad que refleja su mirada, doña Suspiros parece demandar una hornacina. Pide menos. Al cronista le ha confesado que se resignaría con colocar los ejemplares que retiró de "La Razón, "El Telégrafo", "Crítica", "Ultima Hora" y FRAY MOCHO.

José PAVIA R. — JAEN

(Dibujo de O. Nuñez Abrego)

En el Africa occidental francesa

Hace poco tiempo realizamos una excursión por el alto Sudán, cuyos puntos menos conocidos deseaba estudiar nuestro camarada y jefe de la expedición, a la cual asistimos como meros espectadores o turistas.

Llevamos ya doce días de navegación, que no son pocos para nuestras escasas aficiones marineras, y nos sonríe la idea de desembarcar pronto en Dakar.

Lo primero que divisan nuestros ojos es una estrecha lengua de tierra y no podemos evitar que esta primera impresión sea bastante desolada.

Más adelante, sin embargo, el aspecto varía, y contemplamos algunas casas de bonita apariencia; una carretera se destaca como una cinta blanca por detrás de las rocas; por ella vemos varios automovilistas que vienen, sin duda, a refrescarse en esta hora matinal.

Lo que más llama nuestra atención es Gorea, frente a nosotros, elevándose con altivez y sobre las rocas que fueron un día el refugio de grandes corsarios.

Pronto desembarcamos y nos encontramos en el muelle, entre una multitud en la que domina el elemento negro, que nos saluda agitando sus pañuelos y sombreros.

El desembarco es rápido y pocos momentos después atravesamos las calles del puerto del Africa Occidental.

A nuestro paso contemplamos la Casa de la Marina y el nuevo edificio de Correos. Un poco más lejos, la plaza Procet, con su magnífico parque, y las grandes avenidas que pronto serán el centro de la ciudad nueva.

El día siguiente de nuestra llegada nos dirigimos al poblado indígena, que se extiende hacia el noroeste: sus múltiples casuchas de madera, deterioradas en su mayoría, le dan un aspecto bastante miserable.

La mayor parte de las tablas utilizadas para la construcción de estas cabañas, proceden de viejas embarcaciones deshechas o estrelladas contra la costa. Muchas de estas habitaciones ostentan los más extraños y variados remiendos.

Como no tenemos tiempo que perder nos detenemos poco para tomar el primer exprés, que nos transportará a 1.000 kilómetros de distancia de Dakar, hasta Mahina, desde donde saldrá nuestra pequeña expedición.

Después de dos días pasados en el minúsculo departamento, llegamos al punto desde donde nos lanzaremos al territorio desconocido, donde esperamos encontrar las fieras, de las que tanto hemos oído hablar y que ofrecen uno de los principales encantos a nuestra imaginación, ávida de fuertes impresiones.

En tres días logramos reunir una escolta suficiente, que nos permite abandonar las regiones habitadas por los blancos.

Nuestros hombres, en número de veintiocho, son todos de una apariencia hercúlea. Algunas discusiones tienen lugar cuando se trata de repartir la carga, pues todos ellos no son de la misma raza.

Hay diez que son de Malinké, nueve de Bambara, siete de Casonké y dos de Sarakolé; total, un caos de lenguas, una verdadera torre de Babel.

Por fortuna nuestro amigo habla con bastante perfección el bambara y el malinké y nos sirve de intérprete.

Estos negros gigantescos son ingenuos como chiquillos y ríen o disputan por cualquier pequeñez.

Debemos marchar por la orilla derecha del Bafing, utilizando el puente del ferrocarril, con objeto de evitar el paso por las lagunas, vadeando ciertos sitios en los cuales no dejan de ofrecer peligro los caimanes.

Nuestros negros conducen las hamacas por si alguno de la comitiva se cansa. Por el momento todo va bien.

Admiramos en silencio esta vegetación exuberante, de cuya existencia no teníamos la menor idea.

Además de los baobabs, cuyos troncos gigantescos dominan en la floresta, divisamos diversas especies de mimosas, espinos y algunas plantas jusicas.

De cuando en cuando algún caobo y gran cantidad de diversas especies de árboles.

Cerca del río crecen numerosas palmeras y otros hermosos árboles tropicales.

En el río se destacan con fuerza algunas rocas oscuras y algún que otro islote muy frondoso, formando un conjunto muy pintoresco.

Sobre un banco de arena acabamos de ver un caimán descansando; al aproximarnos, el enorme cuerpo se ha sumergido en el agua.

Hasta ahora el viaje ha sido de lo más tranquilo; a nuestro paso hemos encontrado dos poblados, cuyos jefes han venido a ofrecernos algunos presentes: huevos, pollos, leche, etc., dándonos la bienvenida.

Esta gente de raza malinké nos parecen muy hospitalarios; todos nos estrechan la mano en signo de amistad.

Abandonamos el pequeño pueblo de Benta Counton, el último antes de concluir nuestra etapa.

Bordeamos ahora las frondosas márgenes del río; por algunos claros del tupido follaje contemplamos las aguas dormidas y límpidas.

Algunos kilómetros más arriba llegamos a un matorral que acaba de ser incendiado.

Los árboles más pequeños están ennegrecidos y han perdido sus hojas; los más altos tienen los troncos estropeados por las llamas, y en lo alto las hojas amarillas y medio secas dan testimonio de la fuerza de las llamas.

De pronto observamos que uno de los hombres se detiene, mientras que esta palabra — ¡miuia, miuia! — pasa de boca en boca.

Logramos enterarnos de que se trata de un pitón, reptil ofidio, cuyas huellas ecaban de descubrirse y al cual se intenta dar caza.

Algunos hombres siguen al cazador, que se interna entre el espeso follaje en busca del reptil, que es de ordinario muy peligroso.

De repente vemos con asombro que el cazador se detiene y deja la carabina en tierra, sacando un pañuelo, que agita con su mano izquierda, mientras avanza sigilosamente.

Ante el cazador se eleva una mata de gramináceas, tras ella se oculta el reptil.

Al apercibirse de los movimientos del pañuelo que ondea, el pitón se ha extendido, como movido por un resorte, y ha querido morder el brazo que lo provoca; pero la maniobra no ha tenido éxito, el cazador es más fuerte que la serpiente, y la domina.

Apenas el animal ha cogido el pañuelo, cuando la mano del hombre oprime ya con fuerza el cuello del peligroso reptil. Pero todavía no se da éste por vencido, y rápido se encosca en el cuerpo de su adversario.

Oímos la voz del cazador que grita: "¡A mí, a mí!" Rápidamente se precipitan los negros y logran apoderarse de la cola del animal, que mantienen sólidamente.

Pocos instantes después, vencido ya el peligroso reptil, que mide cuatro metros de largo, inmovilizado por fuertes ligaduras, que nos ponen a cubierto de sus acometidas, reanudamos, alegres, el camino del campamento, adonde llegamos una hora más tarde.

Literatura oriental

En la literatura india primitiva además de los poemas filosóficos y épicos abundan las poesías eróticas plenas de ideas religiosas, himnos y de fábulas.

La colección más antigua de fábulas es el "Itopadesa", instrucción en que el sabio Visva Sarman envuelve en apólogos la moral que está obligado a enseñar a los perversos hijos de Surdasana el rajá. El copilador fué Glipé, que cuatrocientos años antes de Jesucristo lo compuso valiéndose de cuentos primitivos.

En las composiciones líricas, por lo general, se tratan asuntos extraídos del Mahabarata y la originalidad se exterioriza en las alusiones y símiles que proporcionan al compositor las plantas y los animales indios.

Las obras de la literatura índica, extensa y gigantesca, muestra del intelecto oriental, parecen copilaciones de otras más antiguas en las cuales lo nuevo está mezclado con lo viejo.

Si los griegos no hablaron de ellos fué porque no conocieron de la India sino el Pendjob, país que en las Memorias indias se considera como el más rústico y tosco.

Antiguos son los poemas indios pero su cronología opone un obstáculo para determinar la época en que fueron escritos, porque varían según las sectas.

La gloria de vivir

Un problema de biología actual

"El fin de toda filosofía es hacer posible una esperanza"
HANS DRIESCH

"La esperanza es el sueño del hombre despierto".
ARISTOTELES

Se viene al mundo aristocráticamente y se le abandona en la más filosóficas de las democracias. La naturaleza y la sociedad son desparejas con los que llegan y cumplen la justicia de igualar a todos, cuando los despide. Para los que nacen, rige la doble ley de la herencia biológica y humana, a la cual nadie alcanza a substraerse; el mundo y la fortuna deciden de la situación material en el medio ambiente, en la medida que el patrimonio orgánico determina su suerte fisiológica. Hasta ahora se ha dispensado preferente atención a la primera, que mueve casi todo el campo de especulación de la sociología moderna; en cambio, la última pasa aún desapercibida, por ser menos palpables sus contrastes y porque sus efectos escapan más fácilmente a la inteligencia popular.

La diferencia, en efecto, entre el pobre y el rico, choca en la conciencia pública, de distinta manera, a la que debiera suscitar, por analogía, la contemplación de un nacido sano o de un enfermo, de un capaz o de un pobre de espíritu. Ninguno de ellos, en efecto, tiene la culpa de su adverso o feliz destino; tan desgraciado es el que no encuentra su puesto reservado en el banquete de la existencia, para glosar la pintoresca expresión de Malthus, como el que debe disputarlo, sin hallarse en condiciones elementales para la lucha. Y peor aún para el que ha de soportar un estigma degenarativo o una miseria moral, sin remedio, que para aquél que sólo sufre las contrariedades de una indigencia pecuniaria, que ofrece, después de todo, tantos medios de trocarse en buena fortuna. Sin embargo, las revoluciones sociales y filosóficas, se han dirigido contra la desigualdad material y política, antes que a la desigualdad biológica.

En el siglo pasado, Francia enseñó a la humanidad el derecho de gentes, la libertad civil, y en Alemania, por boca de Carlos Marx, se predicó el "Materialismo histórico", en la doctrina social. La democracia política se abre camino en todas partes, después de veinte siglos de esfuerzos, y, sin excepción, analfabetos y letrados, fuertes y débiles, poderosos y humildes, disfrutan la igualdad ante la ley. Es el primer triunfo. Luego vendrá el de nivelarnos ante la propiedad; es el ideal socialista. Y ante la vida y la verdad, supremas aspiraciones de nuestra especie, ¿quién nos igualará? "La igualdad civil, dice nuestro ilustre huésped, José Ortega Gasset, nos ha llevado a pensar, que todos podemos, con igual derecho, establecer la verdad. Más, acaso, lo que está bien en democracia, ¿puede no estarlo en lógica?" Por desgracia, tampoco lo está en biología.

La vida está llena de privilegiados; la creación es, en el fondo, un ejemplo universal de injusticia distributiva. Sobre la cuna de unos, las hadas tejen todas las gracias y todos los encantos, para que su camino en la tierra sea senda de rosas; para otros, prepara una ruta erizada de tristezas, de dolores y de lágrimas; De ahí que el entendimiento humano se subleve, poco a poco, contra ese orden de cosas y medite cuerdamente la manera de enmendar tales caprichos, tolerado desde antiguo, de oriente a occidente, entre moros y cristianos, atribuyéndoles respectivamente al "fatum", a los dioses o al destino. Sin agitaciones populares ni convulsiones revolucionarias, la ciencia contemporánea ha tomado a su cargo la delicada reivindicación sociológica y prosigue todavía, silenciosamente, el interesante cometido. Así lo demuestran, desde luego, los primeros ensayos sobre eugenesis, ciencia inspirada en tales propósitos, cuyos estudios iniciados por Galton, en Inglaterra, a fines del siglo pasado, se prolongan magistralmente en las experiencias de E. Metchnikoff, el sabio recientemente desaparecido, cuya obra "Optimismo filosófico" es una biblia de fe racional en el mejoramiento de la especie humana. En esas páginas, como en las otras de Lubbock, Finot, Droz, "La dicha de vivir", "La science d'étre heureux" y el "Arte de ser feliz", respectivamente, el credo científico se sustrae victoriosamente a la pesada tradición fatalista que domina a ratos, y muy hondamente, el pensamiento moderno.

El orígen divino alzó el prestigio de las monarquías históricas que los pueblos destronan a medida que pierden el culto a los superhombres y a las castas escogidas. La equivalencia zoológica es la base del sistema republicano. Sobre ese pie de igualdad racional volvemos a vernos largamente separados. No es que nos inquiete ver los unos arriba mandando y a la mayoría más abajo, repartiéndose el gusto de elegir a sus mandones. Eso no tiene mayor importancia, pues, en realidad, no reside allí el secreto de la felicidad humana. El gobernante y el ciudadano, pueden ser, respectivamente, dichosos o desgraciados, sin que entre para nada en ello la posición que ocupan en el plano político de la sociedad. Lo que es más serio y fundamental es el caudal de capacidad individual de que disponen para el juego normal de la vida, en el punto que se encuentran. El obrero ignorante, que se expone a las consecuencias de su imprevisión e incompetencia en el trabajo, es tan perjudicial a sí mismo y al medio que le rodea, como el jefe de Estado que carece de la altura moral que requiere, en determinados momentos, la responsabilidad de su cargo. De ahí los Wáshington y Lincoln, que aprenden desde pequeños a formarse el alma de presidentes, y los Rivadavia y Sarmiento, que enseñan a formar el alma del pueblo.

Los educadores son los primeros niveladores de la vida, al tratar de repartir las ventajas del saber a todos los habitantes del pueblo. El desequilibrio biológico proviene, en efecto, de dos orígenes: de la herencia, que transmite aptitudes y predisposiciones distintas, cuando no invalideces absolutas, como ser los estigmas y taras degenerativas, y de la educación que desarrolla la humana capacidad para el ejercicio superior de las funciones intelectuales. La democracia de verdad consistiría, pues, en el principio eugenésico, de progenitores igualmente sanos, que legaran a sus respectivas generaciones, las condiciones necesarias para el uso integral de su existencia; luego, que se prodigue por igual, los recursos de la instrucción a todos los hombres. Pues hay más distancia entre un ignorante y un sapiente, que entre la bolsa de un mendigo y la caja de cau-

LA CONFESION

No sería exacto asegurar que Luis Kartaem debe su riqueza a un asesinato; pero sí es cierto que hace diez años asesinó a una anciana. He aquí la historia.

Kartaem era agente de Bolsa. Ganaba mucho menos de lo que ambicionaba. Había observado que una de sus clientes guardaba en su casa grandes sumas de dinero. Un día la mató y huyó, llevándose unos setenta mil francos

Nadie sospechó de él. Tuvo buen cuidado de no cambiar su vida. Escondió el dinero en un rincón de su casa, y para explicar sus gastos empezó a trabajar con ahinco. Sus esfuerzos se vieron coronados por tal éxito, que nunca tuvo necesidad de acudir al dinero que robó a su víctima.

¿Cómo pude descubrir su secreto? Fué una verdadera casualidad, pues no era posible sospechar de Kartaem, hombre de confianza de los principales capitalistas, poseedor a los treinta y cinco años de una gran fortuna, casado con una mujer riquísima, dueño de una magnífica propiedad en Trouville y de un bosque de caza en Beance, poseedor de dos automóviles y reputado como hombre honrado a carta cabal.

Sólo hacía dos años que lo conocía. Simpatizamos en seguida, y llegamos a ser muy amigos. Era un hombre reservado y un poco triste. Ahora que sé encuentro muy natural aquella tristeza.

Y llego al incidente que provocó su confesión. Una broma sin importancia. Habíamos ido de caza unos días. Una mañana entré en su cuarto. Dormía profundamente. Me acerqué a su cama, y le dije tocándole en el hombro:

—¡Valor! El presidente de la República ha denegado su indulto.

Abrió con espanto los ojos, y se puso a temblar. Creí que iba a desmayarse, y cuando empecé a pedirle perdón por la broma, exclamó sollozando

—¡No puedo más! ¡No puedo más!

—¿Estás enfermo? ¿Quieres que vaya a buscar un médico?

—¡No! ¡No! Todo lo que voy a contarte debe quedar entre nosotros. Tengo confianza en ti.

Me confesó su crimen. Tuve la impresión de que su confesión le aliviaba. Se confiaba a mí como a un sacerdote del que nada tuviera que temer.

Yo lo miraba aterrado. ¡El un asesino! Me representaba la escena, y mis ojos se fijaron en sus manos, manos de estrangulador.

—Adios — le dije sordamente.

Había ido en su automóvil y regresé en el tren.

Me preguntaron con asombro:

—¿Es que estás reñido con Kartaem?

—Sí.

Y cuando lo veo en la Bolsa, leo en su rostro que está condenado a muerte y que su ejecución está próxima. Se suicidará.

Robert DIEUDONNE

dales de un millonario.

El problema sociológico se traslada, como se vé, de un extremo a otro, de la cuestión histórica que debatimos. De la faz económica y política, retorna al punto en que la colocaron los primeros pensadores. "El alma es, sin disputa, el bien mayor que posees, escribe Epicteto, hace veinte siglos, y pregunta luego, ¿y me podéis mostrar el cuidado que de él habéis tenido?", pues le asombra que sin ninguna consideración y con la máxima negligencia, "el mayor bien se descuide y perezca"; y a fines del XVIII, exclama Kant: "hay dos cosas que llenan el alma de un respeto creciente, el cielo estrellado sobre nosotros y la ley moral en el interior del alma". Los caudillos populares los grandes directores de muchedumbres, no han encontrado, en tales aspiraciones de la inteligencia humana, argumentos con que atraer a las mayorías; han preferido halagarles con la entretenida ficción de la libertad cívica y con las ilusiones, todavía lejanas, de la repartición universal de la propiedad privada. Ambas conquistas no restarán nada a la amarga frase de La Bruyére: "La mayoría emplea una gran parte de su existencia en hacer infeliz el resto".

Los valores morales, en efecto, adquieren cada vez mayor influencia en nuestra actividad; los bienes del mundo físico agitan la existencia, pero no la impulsan. El secreto de nuestras desdichas no está en ser rico, ni siquiera en ser libre, Epicteto fué esclavo y Sócrates vivió bajo los treinta tiranos, sino en disfrutar los dones de la vida interior. En la lucha cotidiana, se rinden los ánimos mal templados y fracasan las voluntades más débiles. Al ejercicio de las voluntades morales debiera acompañar el entrenamiento deportivo de los músculos; la misma educación moderna no se dirige ya únicamente a combatir el analfabetismo, según la letra admirable de los Pestalozzi, los Colajanni y los Emerson, sino que también, al decir de un ilustre pensador lusitano y amigo nuestro, recientemente desaparecido, don Abel Bothelo, "a formar caracteres de preferencia a iluminar espíritus", "en la escuela hay que hacer que cada verdad vaya acompañada con el correspondiente concepto moral". Sobre ese fondo de selecta preparación ética para la vida, puede alzarse una sociedad futura realmente grata a los mortales, pues se habrá repartido equitativamente, a cada uno, la parte del capital que le corresponde, para labrarse la dicha. Siquiera entonces, ante las dudas temerosas que nos sugieren todavía las ideas del más allá, de la muerte o de la eternidad, que, desde el pesimista cirenaico Hegésias, apodado con acierto, el orador de la muerte, hasta Shakespeare y Maeterlinck, "the dread of sometting afterdeath... puzzleo the will", "el miedo después de la muerte perturba la voluntad", del impresionante monólogo de Hamlet, podrá disfrutarse como una compensación entre los dos insondables misterios, nuestro origen y nuestro fin, el encanto y la suerte de existir. Valdrá la pena, asimismo, alargar la vida, que hoy resulta harto tediosa e insoportable para todos. Mientras espíritus escogidos, inspirados en la célebre obra "De Senectude", de Cicerón, como Orcson Swet Marden, P. H. Roeser, H. Fleury y otros, proclaman la necesidad y los medios de alejar la vejez, lás estadísticas demográficas de todos los países, muestran, año por año, las cifras crecientes de la mortandad voluntaria. El suicidio es un peligro universal; locos y cuerdos, viciosos y sabios adolescentes y ancianos, acuden a ese recurso desesperado. Petronio y Werther son dos ejemplos clásicos del renunciamiento, a impulsos de la suprema filosofía y del sublime amor; luego, Briére de Boismont, Durkeihn, Preal y otros se encargan de analizar científicamente el fenómeno y nos presentan, afirmados en interesantes investigaciones, las múltiples causas del mismo, que son, en primer término, la alienación mental, el alcoholismo, las neuropatías, la mala educación de la juventud, la incoordinación e inestabilidad sociales.

A este respecto, las últimas estadísticas registradas en la Policía de la Capital, (1) muestran cifras casi invariables de suicidas en nuestra metrópoli. De 1916 a 1920, en efecto, los renunciantes a la existencia, suman anualmente, 596, 555, 514, 509 y 433 sujetos, de los cuales 22, 29, 24, 24 y 18, corresponden, respectivamente, a menores de 16 años; entre los 20 a 40, la flor de la vida, 423, 391, 383, 368, y 299 y, los restantes, entre los 40 cumplidos para arriba. Entre los cuales hay rentistas y obreros, solteros y casados, nativos y extranjeros, en proporciones variadas; con armas de fuego, como procedimiento ejecutorio, la mayoría, del 25 al 40 por ciento, con bicloruro, el otro 25 por ciento y por técnicas menos difundidas, de estrangulación, bajo las ruedas de ferrocarril o de tranvía, inmersión, etc., los demás. Pero aún es peor, desde hace mucho, en Italia, en Inglaterra, en Francia, en Austria y en Alemania; la fiebre de los vencidos, de los que procuran confirmar la sentencia antigua, "nadie puede llamarse dichoso antes de la muerte", recordada por Sófocles en su "Edipo-Rey" se extiende amenazante.

La lucha por la existencia rinde a los mal dotados, sin que sirva para alentarlos el calor de las democracias; más bien, otro sentimiento según se ha visto, más fuerte y fervoroso, como ser el amor de patria, que fundiera en horas no lejanas, de triste recordación, las almas de los pueblos, en un anhelo común de victoria y de libertad nacional. Pues, para morir por un ideal, cualquiera que sea, todos los candidatos son buenos; la gloria no escoge sus héroes. Es contra la vida que debe uno armarse para dominarla y triunfar sobre sus odiosas preferencias. Como en el clásico paralelogramo de las fuerzas, la educación depende de las determinantes que entran a formarlo y no de la recta final, que es la consecuencia aparente.

Los factores reales son las energías concurrentes, que intervienen en su constitución geométrica o matemática. Del mismo modo que en el edificio humano las piezas biológicas de su arquitectura estática y dinámica; la capacidad individual es el resultado de esa fórmula vital. Por lo tanto, debemos orientar las reivindicaciones igualitarias hacia esas fuentes originarias de nuestra incurable aristocracia; como proclamamos nuestros fueros civiles y los títulos de soberanía popular, y en un orden superior, la libertad de conciencia, la justicia y el sol para todos, reclamemos de nosotros mismos, las condiciones primordiales para disfrutar esas conquistas sociales.

Empecemos por no conspirar contra la propia humanidad, estorbando su funcionamiento a espaldas de la razón y de la higiene, y cultivemos con más atención el amor a la especie, a la natalidad floreciente y la juvenilia vigorosa y lozana. Mientras subsista esa culpable negligencia hacia la sanidad física, moral e intelectual de la criatura humana, la existencia producirá héroes, pero no dichosos. En la bien deseada paz del mundo, la felicidad social seguirá siendo una simpre abstracción filosófica y las civilizaciones futuras no habrá resuelto, a pesar de sus progresos, de sus sacrificios y de sus ciencias, la manera de distribuir a todos los humanos el uso elemental de la existencia, en la cual reside, necesariamente, la gloria de vivir.

Enrique FEINMANN

(1) *Corresponde el Primer Trimestre de 1929, según el Boletín de Estadística y Jurisprudencia, la cifra de 240 suicidios y tentativas.*

Una receta armoniosa.

El doctor Severín es un médico bastante conocido. Muy sociable, mundano lindo mozo, capaz de recitar monólogos de una manera bastante agradable y, sobre todo y ante todo, poeta. ¡Oh! Poeta de corazón y sin poderlo remediar, hasta el punto de hacer rimas sobre los motivos menos plausibles y más macabros, por ejemplo:

Esta joven de la bronquitis
padece un tremenda apendicitis
nada debo deciros de su estado,
pues el pronóstico es muy reservado.

O bien:

Que está muy grave este hombre, bien se nota;
pues tiene la sesera hecha compota.

Un día, llamado a la cabecera de una enferma, diagnosticó una gripe de carácter benigno, y como tenía mucha prisa, nada quiso recetar por lo pronto y se marchó, diciendo a la familia de la paciente:

—La fiebre es poco maligna
porque esta gripe es benigna
y como el caso no aprieta,
ya mandaré la receta.

Después de llegada la noche y de vuelta en su casa, se acordó, tomó la pluma, y escribió los versos siguientes:

Jarabe pectoral, vino de Malvasía
con cocaína y cola, añadid todavía,
a fin de que a la fiebre se la lleve el demonio,
doce gramos corridos de sulfato de...

Al llegar aquí la pluma se le cayó de la mano. Su alma de poeta y su alma de médico estaban en lucha. El médico quería escribir sulfato de quinina, *pero el poeta se negaba redondamente a ello. Ante todo, el verso tendría una sílaba de más y después no rimaría con* demonio. *Y ese demonio le había hecho mucha gracia a Severín.*

Pasó un rato con la cabeza entre las manos. Finalmente, el poeta venció, el médico quedó olvidado, y terminó la estrofa del modo siguiente:

Doce gramos corridos de sulfato de amonio.

La substancia no es de las más peligrosas, pero en aquel caso nada tenía que hacer en la enfermedad, y más bien estaba contra indicada. Tomar la enferma la poción, y agravarse en términos alarmantes, todo fué uno.

Llamado a toda prisa el doctor Severín, no pudo menos de impresionarse ante el aspecto de la paciente, y mientras pensaba en qué términos redactaría otra cuarteta recetando un vomitivo enérgico que atajara en lo posible el daño pensaba:

—¡Lástima será que la enfermedad tome mal aspecto! La rima ¡era tan armoniosa! Decididamente la medicina es prosaica y me pone a cada paso en pugna con mi vocación poética.

Eudimion SOLIVERT

SOBRE LA LUNA

Por José Pablo Manfredi

Era la nochebuena. Las calles lustrosas refinaban la tibieza límpida de su cordialidad con el roce de un aliento fraterno.

A lo largo del asfaltado y casi al ras de las cúpulas la cinta intocable de los avisos luminosos-rojos, azules y glaucos — unos junto a otros, se proyectaba como una cuerda de bruma de la que colgasen faroles chinescos...

Había fiebre en el soplo de las calles y cólera en las sienes de metal de los automóvies...

Era la Nochebuena; la noche ancestral y milenaria; la noche diáfana de Belén gravitando, ahora tan solo como una fecha, sobre las pestañas de cíclope de la cosmópolis...

Por la calle abierta, iba tras las porciones de la noche; el silencio y yo cogidos de las manos...

Un recuerdo de río y de montañas cruzábame de continuo la frente como el aletazo de un ave invisible. Un recuerdo de Navidades con olor de río y de montañas: la casa solariega, el niño Jesús, los Reyes y pastores y la bondad de la Virgen yendo en una trayectoria lilial desde las areuillas de la alegoría hasta los piñones de pan dulce.

Iba solo, solo bajo el recuerdo; lejos de la buharda raída y estrecha, buscando un pedacito de Dios entre las gentes.

Más todo era arquitectura y matemáticas; todo era sensualidad de vasos de vinos y de mujeres; todo era vértigo mecánico; todo era dureza de cojos que calculan y ¡todo era un soplo de fiebre desde las calzadas a las cúpulas!...

De pie, frente a la caravana próxima y desconocida, mis pupilas hastiadas arrojaban su desesperanza: solo, solo, solo...

Los rascacielos color de cera parecían desplomar la majestad de sus rostros exactos. Aritmética de vida, de emoción y de longitudes..

Y Belén, dónde estaba Belén en la ciudad tumultosa? Estaba, por ventura, bajo los guarismos?

El viento me traía risas de hogar, risas de padres, risas de novias. De pronto, en el hueco lateral de uno de esos monstruos de siete pisos, oculta, como saben estarlo la fragancia de la violeta y la ingenuidad del algodón, una iglesia, una iglesia ocre mostraba su sugestión de liturgias dentro del hierro de los laberintos. Y allí había una cruz, una crucesita, también como la iglesia, humilde y anciana!

El cielo se había alumbrado de oro sutil. Un palor exquisito, cual debe ser tal vez el calor de los besos que se dán a los muertos, descendió sobre el templo como para resguardar al símbolo con una protección de eternidad...

Y la cruz, la crucesita anciana, la crucesita perfumada de tiempo, se quedó fija y se fué agrandando, agrandando, hasta ser enorme y quedar clavada, cual un pendón de conquista, sobre las montañas distantes. ¡La cruz sobre la luna!

Los ojos, estos pobres ojos míos que están cansados de mirar imposibles, la vieron después ensombrecerse y entonces regresé a mi pieza, estrecha como una envidia. Allí — no lo olvidaba — no habría los ruidos de amor que poblaban mi añoranza de navidades en río y en montañas; allí no habría sino una pared de maderas, una mesa claudicante y una cama con colchón de plumas; allí no habría sino la soledad de estar solo igual a la soledad que vivo junto a las multitudes; allí no habría sino un fantasma!...

Al trasponer la puerta grisácea y encender la lámpara, el rayo corto de la llama reveló un cuadrado blanco sobre la almohada deforme. Con las manos trémulas lo toqué, lo cogí, lo abrí, lo leí. Era una carta, carta que puso el mucamo tal vez con la indiferencia de un sepulturero; carta de la madre; carta de buenos augurios; carta de Belén; carta de Reyes y pastores y pan dulce; carta que brilló como un pedacito de Dios en la buhardilla! El mismo que anduve buscando en vano trás las porciones de la noche!...

Y entonces, ahí, bajo el techo áspero, ví lucir de nuevo la visión de esmalte que encontré en la calle, entre el soplo de fiebre...

Carta de la madre, besos de la madre y la madre misma! La cruz sobre la luna!

LA SUBSCRIPCIÓN

Me habían aconsejado que fuese al cabaret Nitcheva, servido por rusos.

Allí — me dijeron — verá usted desterrados de calidad. Muchos rusos que han salido de su patria huyendo de la revolución, se hacen pasar por grandes duques y coroneles, y muy pocos lo son en realidad. Pero en Nitchevo será usted recibido por un príncipe auténtico, servido por un verdadero ayudante del difunto Zar, y le quitará a usted el abrigo un almirante que mandó efectivamente una escuadra en el Báltico.

.. Aquella misma noche fuí a Nitchevo y me senté junto a una mesa donde bebía desaforadamente una hermosa americana. Entablé conversación con ella, y a la media hora brindábamos juntos

—Soy muy desgraciada — me confesó — a causa de aquel camarero que está junto a la orquesta. Yo le llamo Danilo, porque me recuerda al héroe de La viuda alegre*; pero su verdadero nombre es Boris. Era caballerizo del Zar.*

Era un buen mozo. Mi americana se llamaba Ketty, estaba divorciada y se bebía en París la pensión que le enviaba su ex marido.

—No sabe usted lo que me agrada Danilo — prosiguió —. La semana pasada se lo di a entender, y me contestó: "Señora, yo no me doy; me vendo." ¿No es una respuesta de gran señor?

—¿Y no le ha chocado a usted la contestación?

—¿Por qué? Mi primer marido era pobre, y yo, muy rica. Se casó por mi dinero. ¿No es el mismo caso?

—Lo que hacía falta era saber el precio en que se vende Danilo.

—Ya se lo he preguntado, y me ha dicho que yo debo estipular el precio.

Ketty llamó a Boris.

—Boris — le dijo —, ¿recuerda usted lo que hablamos el otro día? ¿Cuál es el equivalente en botellas de champaña?

El camarero se inclinó y repuso cortésmente:

—Doscientas cincuenta, señora.

—A doscientos francos, son cincuenta mil francos. Es caro.

—En efecto, no es regalado.

—Lo pensaré.

... ...

A los ocho días Ketty me invitó al Palace.

—¿Y Danilo-Boris? — le pregunté.

—Le dí los cincuenta mil francos.

Ketty abrió un periódico para ver los espectáculos. De pronto se estremeció.

—Mire usted.

Leí en el diario que se había abierto una subscripción para fundar en Neuilly un hospital francorruso. Entre los primeros donantes figuraba la señora Ketty Rasheryn con cincuenta mil francos.

—¡Pero si yo no he contribuído a esa subscripción! Voy a enterarme.

Cogió el teléfono y habló con el secretario de la fundación. Pude oir el diálogo con el otro auricular.

—Sí, señora — decía una voz —. Su generoso donativo nos ha sido entregado ayer por el coronel Boris Tchernoff de parte de usted. Mañana recibirá usted un besalamano dándole oficialmente las gracias.

Ketty colgó el aparato. Y como me mirase desilusionada, le dije:

—Hay emigrantes rusos que tienen bellos gestos, Ketty.

Maurice DEKOBRA

El surmenage

El surmenage nos acecha, produciendo un deplorable ajército de neurástenicos que llenan las consultas médicas y las clínicas.

No hay que confundir el cansancio con el surmenage. Veamos la diferencia en la práctica.

Dedicándose a andar, al cabo de media hora o de una hora, según la resistencia de cada uno, una sensación penosa (verdaderamente tutelar), indica que los decaimientos producidos por las reacciones químicas irritan los nervios.

En ese momento, el cansancio es completamente periférico. Si se esfuerza el carebro, será el primero en resentirse, y si persiste, será la medula la que se resienta a su vez.

Pero si a los primeros avisos dados por los músculos, desfallecidos e intoxicados, se detiene uno, bastará un descanso prudencial para que los órganos vuelvan imperceptiblemente a su estado normal y se pueda volver sin inconveniente a ejecutar el mismo ejercicio sin haber experimentado surmenage.



La Semana Médica



ACERCA DE LA CONTAGIOSIDAD DEL CANCER

La palabra "cáncer" significa en griego "cangrejo", porque los antiguos representaban al cáncer como un cangrejo, que con sus patas estaba extendido alrededor del cuerpo del hombre, el que iba destruyendo gradualmente. Este término consagrado por el uso, no tiene, por sí mismo, ninguna significacin precisa.

En el mundo médico, los hombres de laboratorio y los prácticos están hoy por resolver un gran problema: si el cáncer es, o no contagioso. Mucho se ha investigado acerca de esto, y todavía no se ha podido llegar a un fin satisfactorio.

En la revista francesa "La Medicina Internacional" correspondiente al mes de enero próximo pasado, publica el doctor F. Conte, un artículo referente a la contagiosidad del cáncer.

El cáncer considerado como lesión, dice Conte, no es quizás contagioso; pero el canceroso ha podido serlo en una época determinada.

"¿Qué sabemos, en suma del cáncer?"

"Se trata de una enfermedad de la célula, o bien se trata de una infección miérobiana o parasitaria."

"Las teorías microbianas se han basado, sobre todo, en el aislamiento de un líquido filtrado del tumor, con objeto de obtener un agente figurado y después de determinar por inoculación, en el animal un nuevo tumor." "Algunos son partidarios de la asociación de un virus y de un factor químico; pero no habiendo encontrado nada en la observación microscópica, emiten la idea de un virus filtrable."

"Borrel, el principal defensor en Francia, de la teoría parasitaria, cuenta en su activo experimental, con tres observaciones impresionantes." "En 1926 y 27, ha encontrado en el cáncer espontáneo del ratón, una "filaria" que este autor considera como el agente causal del cáncer." "Dos veces, en dos tumores cancerosos, las dos veces gracias a un azar de la autopsia el autor ha encontrado la filaria viva en tumores, preciso es decirlo, del volumen de la cabeza de un alfiler." "La tercera vez, en un tumor del volumen de un perdigón grueso." "Para Borred el parásito vivo se encuentra en el tumor de paso, y dos o tres días después de las observaciones anteriores no hubiera podido ser encontrado, de aquí la rareza de un tal hallazgo."

El descubrimiento de la procedencia microbiana de cierto número de enfermedades, no puede menos de dejarse sentir sobre las concepciones relativas a la naturaleza del cáncer. Todos los investigadores están hoy de acuerdo en creer que los microbios que se encuentran en el cáncer no son específicos de éste, sino sobreañadidos, y que estos microbios se desarrollan allí por el terreno favorable. Aboga seguramente en este sentido el hecho comprobado por Nepveu de que los contienen más amenudo y en mayor número los cánceres ulcerados que los que no lo están.

Es muy probable que la acción de estos microbios en el cáncer sea nociva para el organismo en general, pues crean ellos caminos para la generación de este mal.

Hasta hoy, el tratamiento del cáncer ha sido de resultados dudosos, pues todavía no se ha encontrado el verdadero específico de este mal, que es sin disputa uno de los más graves que aquejan a la humanidad.

La última palabra de la ciencia en el tratamiento del cáncer, es la "Radio-terapia" y la "Radium-terapia." La primera se produce con grandes y costosos aparatos de alta tensión eléctrica, en tanto que el "Radium," actúa por sus emanaciones propias. El extraordinario costo del "Radium," es un gran inconveniente para la generalización de su uso. — *Doctor Medardo Medina.*

ALIMENTACION ARTIFICIAL

Los progresos realizados en la alimentación artificial. — La desaparición casi absoluta de las nodrizas, desde la guerra, no debe ser tenida muy en cuenta, según Variot, dados los progresos que ha realizado la alimentación artificial en los quince últimos años y permitido disminuir en grandes proporciones la mortalidad de los niños criados desde el nacimiento con el biberón.

Se dispone actualmente de muy buenas leches preparadas industrialmente (leches condensadas azucaradas, leches en polvo) con las cuales el crecimiento del lactante es perfecto y cuyo empleo es cómodo; la presentación de estas leches facilita mucho la distribución a los pobres y permite además emplearlas en las colonias.

La hipoalimentación en los lactantes. — La hipoalimentación es frecuente en el lactante y muy peligrosa por su prolongación. Schreiber ha visto numerosos lactantes que, porque vomitaban siempre que se les daba la teta o porque tenían diarrea, eran sometidos a una ración de hambre que sólo tenía el efecto de acentuar los vómitos o bien intensificar la enteritis. Con este régimen, aún los niños más resistentes no tardan en sucumbir de inanición o por infección intercurrente.

Para evitar la intolerancia frente a la leche ordinaria, tratando el tubo digestivo y nutriendo al niño. Schreiber recomienda utilizar la leche seca semi-descremada y las papillas malteadas con leche seca que pueden ser aconsejadas desde el tercer mes; antes de esta edad, a falta de leche de mujer, es mejor, generalmente, emplear el "babeurre".

Los azúcares en dietetica infantil. — Según Mme. Randoin y R. Lecoq, el consumo de azúcar ordinario, de azúcar de leche y de azúcar de Soxhlet, muy escaso por no decir nulo su contenido vitamínico, exige la ingestión simultánea de cierta cantidad de vitaminas B., mientras que el extracto de malta seco aporta, por el contrario, con los glúcides (maltosa, destrina) las vitaminas B necesarias para su utilización.

Lesne ve en este hecho una explicación de la crisis de crecimiento que sobreviene frecuentemente en los niños cuando se reemplaza una papilla ordinaria por una papilla maltada. Es, desde luego, necesario en la alimentación infantil introducir "por lo menos" bajo forma de celulosa para favorecer el tránsito y la absorción del intestino: Lesné aconseja añadir al régimen del lactante, una vez aparecidos los primeros dientes, legumbres y frutas cocidas, pasadas por tamiz.

Intoxicación grave por la leche de cabra. — La leche de cabra, corrientemente consumida en Túnez, no está exenta de peligros a pesar de la ebullición a la cual ordinariamente se somete. Hayat y Benmussa han observado numerosos casos de intoxicación con síntomas graves, cuyo clínico es el siguiente: una a dos horas después de la ingestión de la leche de cabra se manifiesta un estado lipotímico seguido de un sindrome coleriforme muy claro (palidez acentuada, somnolencia, diarrea líquida, blanco grisásea, muy abundante, vómitos alimenticios y después hilosos); este estado se acompaña de tratornos vasomotores y circulatorios impresionantes (hipotermia, algidez periférica, midriasis, asfigmia). El médico no debe alarmarse, extremar las medidas en presencia de este cuadro y creer en la muerte próxima del enfermo; los trastornos tóxicos no duran término medio más de seis a diez horas y la curación completa es la regla.

Esta intoxicación por la leche de cabra ha sido atribuída en ciertos casos a la ingestión, por la cabra, de una planta especial, en otros casos a su estado de gestación — *G. Blachmanny A. Bohn. Bohn.*

Celebridades médicas francesas



Profesor Enrique Huchard

Nació en Auron (Aube) en 1844. Después de haber sido interno de los Hospitales de París fué recibido doctor en 1875 y llegó a médico de los hospitales en 1878.

Publicó en 1883 con Axenfel, un Tratado de neurosis; pero se especializó en seguida en los trabajos de terapeútica y las afecciones del corazón y de los vasos.

Obtuvo el premio Godard de la Academia de Medicina en 1884 por un trabajo sobre las anginas de pecho, y publicó Memorias, sucesivamente, sobre el delirio de los cardíacos, sobre la arterio-esclerosis, las cardiopatías valvulares y arteriales, la aortitis, la hipertensión arterial en la fiebre tifoidea, el cerebro cardíaco y la enfermedad de Stokes-Adam.

En 1893 publicó un tratado clínico de las enfermedades del corazón y de los vasos, por el que obtuvo el premio Monthyon en la Academia de Ciencias y el premio Chateuvillard, en la Facultad.

El fué quien redactó la parte relativa a las afecciones cardíacas en el tratado de terapeútica aplicada de Robín.

El mercado de los diamantes en los E. Unidos

El brillante casi es allí artículo de primera necesidad.

El valor de los diamantes acaba de subir en un 5 por ciento. Durante siglos no ha variado casi el precio, a pesar de las guerras, las catástrofes y las revoluciones. Después de la guerra mundial, al hacerse súbitamente América el país comprador de diamantes más importante, los precios subieron mucho y siguen su movimiento ascendente. En la actualidad, el valor de los diamantes que poseen los americanos, su relación con el número de habitantes, es una de las maravillas del mundo de la Historia.

El alza reciente del valor afecta de modo principal a las piedras de tres quilates o más de peso, en estado bruto, las cuales, talladas y pulidas, se venden como solitarios para anillos de pedida.

Una estadística hecha en los Estados Unidos ha puesto de relieve el hecho de que cada familia posee un término medio de 200 dólores en diamantes. Los extranjeros que visitan las ciudades americanas se asombran de ver establecimientos de joyería hasta en los barrios más pobres, lo que parece revelar que los diamantes han llegado a ser una necesidad más que un lujo.

En cuatro siglos, ningún otro valor, aparte del de los terrenos, ha conservado un nivel tan constante. Por ejemplo: la guerra de los Treinta Años afectó muy poco al comercio del diamante, y lo mismo la revolución francesa y las guerras napoleónicas. Una de las razones de esta tendencia es que en tiempo de crisis o de cambio de Gobierno, las personas que tienen dinero lo emplean preferentemente en albajas y piedras preciosas.

Por otra parte, cuando el descubrimiento de nuevos yacimientos de diamantes pudo hacer temer una baja sensible en los precios, en realidad no ocurrió nada. El descubriminto de los campos del Brasil y del Ofrica del Sur no afectó al comercio sensiblemente.

Hace cien años se creyó que la demanda de diamantes superaría a la producción, y se pensó en la posibilidad de la carestía. Actualmente, si la demanda sobrepasara las posibilidadees de extracción del mercado, la crisis que de ello resultaría sería más grave de lo que pueda creerse. ¿Qué pasaría? ¿Qué ocurriría si los anillos de pedida no tuvieran diamantes? Más vale no pensar en semejante eventualidad.

Hay que considerar que la capacidad de compra de América, en lo que se refiere a los diamantes, no se limita a las clases ricas. Muchas familias riquísimas poseen magníficas colecciones de joyas, quizá de las más bellas del mundo; pero las compras que esas familias realizan tienen relativamente poca influencia en el curso del mercado. La mayor influencia sobre la oferta y la demanda está en el hecho de que gran popularidad en todos los Estados Unidos, y, según los técnicos, América absorbe actualmente el 70 por ciento de la producción regular del mundo entero. Los salarios altos que se pagan en la industria colocan en la actualidad los diamantes, al alcance de millones de familias que hasta ahora ni siquiera se habían atrevido a desearlos. Los artículos de lujo de las generaciones pasadas encuentran hoy más igualmente repartidos entre los seres humanos por lo menos en el Nuevo Mundo.

Por otra parte, la industria del diamante se ha desarrollado en América en proporción a la demanda. Se han inventado métodos nuevos y perfeccionados para la talla y el pulido, a fin de que las piedras rindan el máximo de brillo posible.

Aunque el arte de tallar el diamante sea de hace siglos, el ingenio americano ha sabido encontrar métodos más eficaces y científicos que han revolucionado toda la industria del diamante.

Antes se pulían los diamantes frotando dos piedras una contra otra. Sólo el diamante corta el diamante. Los americanos han encontrado el modo de cortar y dar forma a los diamantes y pulirlos con exactitud matemática. Antes no había medio de cortar los diamantes más que por sus propias fallas. Actualmente, un procedimiento ingenioso inventado en América permite al tallista pulir una piedra con el ángulo deseado. Las sierras de diamantes no tienen de espesar más que una milésima de pulgada, y giran a la velocidad de seis mil revoluciones por minuto. Aun con esta velocidad asombrosa estas sierras trabajan muy sentadamente, y se necesita toda una jornada para cortar en dos un diamante de un quilate. Un solo operador puede accionar y vigilar una veintena de estas sierras a la vez. Como muerden en la materia del diamante, la más dura de todas, producen un sonido particular, característico, que sirve de norma para apreciar si la talla continúa normalmente. Si el sonido se hace más agudo o más grave del normal, el operario reconocerá inmediatamente que la sierra ha tropezado con alguna anormalidad en la piedra, que podría romperse si la operación continúa. Escucha entonces atentamente para apreciar de cual de las sierras procede esta anormalidad de sonido y la detiene para encontrar la causa.

Durante siglos los tallistas de diamantes se han fiado exclusivamente de la vista para determinar el ángulo de las facetas. Era imposible adquirir la habilidad necesaria sin largos años de aprendizaje y de experiencia, y hasta llegó a decirse que en este aspecto los buenos tallistas de diamantes nacían, no se hacían. Hoy, en los Estados Unidos se sirven de un aparato que permite ajustar el brillante a la rueda de la pulidora con exactitud matemática, y cualquier obrero, con unos meses de práctica, puede producir brillantes más perfectos que en el pasado lo hicieran los más experimentados tallistas. Cuando se comparan los diamantes tallados hace una generación o dos con los brillantes que se producen actualmente, se echa de ver en seguida que nuestras piedras modernas son infinitamente más bellas.

Como los Estados Unidos ofrecen el mayor mercado del mundo para las piedras preciosas, los más hábiles dibujantes joyeros se han encaminado allí. América no depende ya de Europa para tener buenos tallistas y pulidores, ni para la belleza y la originalidad de las joyas. El gusto americano en cuestión de diamantes se ha hecho el más crítico y el más capaz de discernimiento.



—Anoche estuve viendo una película que era un lío. Cuando acaba no sabe nadie quién es el ladrón: y por si eso era poco, me costó la entrada cinco pesos.
—¿Cinco pesos y no sabes quién es el ladrón? ¡El empresario!

Los festines de los antíguos

Las comidas de la sociedad romana, en tiempos del Imperio, se distinguieron por suculentas e interminables, como veremos en un festín en casa de Trimalcio, descrito por Petronio:

"Cuando estuvimos colocados en la mesa, esclavos egipcios nos echaron agua de nieve en las manos, que fueron muy pronto reemplazados por otros que nos lavaron los pies y nos limpiaron las uñas con gran destreza, lo que hacían acompañándose de cantos.

Mientras traían el primer servicio que era espléndido, nos encontrábamos ya todo el mundo a la mesa, menos Trimalcio, a quien contra costumbre le habían reservado el puesto de honor.

Colosal imprenta

A. N. S.

En Manchester se ha inaugurado el edificio de la Allied Newspaper Ltd., en el cual pueden imprimirse 800.000 periódicos de doce a dieciséis páginas o 1.600.000 periódicos de cuatro a ocho páginas por hora Hay instaladas en los talleres de la Sociedad 40 rotativas con ascensores eléctricos para transportar el personal y las bobinas de papel. Cada una de éstas lleva 128 planchas de impresión de tres toneladas y media de peso. El consumo semanal de papel es de 120 toneladas.

La maravilla del mundo solar:

Saturno

Perdido en el fuego del sol, a cuyo alrededor gira en un año el globo terrestre, difícilmente se aprecia desde Júpiter. Sin embargo, su marcha anual le lleva con regularidad ante el disco solar. Durante esta travesía, nuestra Tierra se representa como un pequequeño punto negro.

Ese es el grano de arena sobre qué habitamos, que los hombres han dividido en minúsculos departamentos y donde los conquistadores se disputan las parcelas. Es el átomo que en nuestro orgullo inveterado teníamos por el centro del sistema solar. Vista la Tierra desde el mundo joviano no es más que un punto en el espacio. En cambio, el planeta Saturno brilla en el cielo bajo la forma de un disco ovalado muy apreciable (el resto del sistema solar pasa casi desapercibido) y, no obstante, Saturno se encuentra aún bastante alejado.

Del Sol, la luz nos ha transportado (en menos de tres cuarto de hora) hacia las regiones donde circula Júpiter y aún necesitamos volar treinta y seis minutos más antes de alcanzar el mundo saturnino. Según nos vamos alejando, los intervalos entre los planetas aumentan en proporciones aterradoras.

Saturno gravita a 648 millones de kilómetros de Júpiter y a 1425 del Sol, en una órbita que tarde en recorrer veintinueve años y medio. Aunque menos luminoso que Júpiter su esfera es, sin embargo, muy respetable: 733 veces el volumen de la Tierra. Lo que distingue a Saturno de todos los planetas conocidos, es su brillo y su misterioso anillo. Si disponéis de un telescopio (aunque de poca potencia), dirigidle hacia el planeta lejano y quedaréis maravillados. Examinando al planeta por vez primera, queda uno asombrado pensando en los esfuerzos de imaginación desplegados por los antiguos astrónomos para llegar a comprender la constitución de ese mundo original; sin acordarse uno que los aparatos de hoy día tienen un valor óptico muy superior a los usados por los primeros observadores.

En tiempos de Galileo, de Gassendi, de Hévélius y de Huygens el acromatismo de lentes era desconocido. El objeto observado, no sólo resultaba empañado, sino que ofrecía contornos coloreados como un arco iris. La potencia amplificadora era nula comparada con la que se obtiene hoy día. Los telescopios utilizados por Galileo aumentaron progresivamente 3, 7 y 32 veces las dimensiones lineales de los astros. La Academia de Florencia aún conserva, con gran estima, esos primeros telescopios.

Después de haber descubierto los satélites de Júpiter, Galileo dirigió su telescopio hacia Saturno, en el año 1610, quedando asombrado al ver a cada lado del planeta una estrella pequeña, que llama Trip-Corps, y lo anunció bajo un anagrama embrollado, del cual no pudo Kepler sacar nada en limpio, a pesar de pasarse días buscando el enigma y creyendo, por fin, que Galileo disertaba sobre los satélites de Marte.

Al poco tiempo escribía Galileo al embajador del Emperador de Austria: "Cuando observo a Saturno con un lente de un poder amplificador de unas treinta veces, la estrella central parece la de mayor tamaño. Otras dos, situadas la una al Oriente y la otra al Occidente y sobre una línea que no coincide con la dirección del Zodíaco, parecen tocarla. Estas son como dos servidores que ayudan al viejo Saturno a verificar su marcha y permanecer siempre a sus lados. Con un anteojo de menor extensión, la estrella aparece prolongada y de la forma de una aceituna gigantesca".

Al poco tiempo se presentaron los anillos de Saturno por sus secciones, y desaparecieron a la vista de los astrónomos. Las dos grandes estrellas laterales habían desaparecido. El misterio se complicaba.

Galileo cayó en un profundo desaliento, creyendo que sus anteojos le habían engañado, no queriendo, en lo sucesivo, ocuparse de un planeta que le ofrecía un enigma indescifrable. Murió sin haber resuelto el problema.

Durante más de cincuenta años, los astrónomos se dedicaron a buscar la verdadera explicación, imaginando las más audaces hipótesis.

Gassendi en 1633 hizo diseños que creía exactos, pero que no entendía. "He notado, decía, que precede a Saturno una masa de figura de asa, especie de apéndice, bastante distinguible, y vi claramente otra que sigue al planeta" Continuó sus estudios y sus observaciones sin sospechar la realidad. En 1642 quedó asombrado, como antes quedara Galileo... He visto una cosa inesperada, dijo: el planeta sin asas. Para Hévélius, Saturno es un cuerpo redondo que prolonga a derecha y a izquierda dos brazos que van a terminar en un disco. El planeta girando, deja ver mas o menos esos apéndices singulares.

El jesuíta Riccioli, imaginaba a Saturno rodeado de una *armila*, delgada, plana elíptica, adherida en dos puntos al planeta. Tan pronto comparan a Saturno a un capelo de cardenal, como a un trozo de jabón en medio de una vacía. Cuanto más se observa la estrella, menos se le comprende. En 1655 es cuando Huygens empezó a descubrir la verdadera explicación. Poco a poco su hipótesis se precisó y comprobó. Decididamente Saturno está rodeado de un anillo y la desaparición de esos apéndices se comprende fácilmente.

El planeta Saturno está inclinado 27 grados sobre su órbita, y como el anillo es paralelo a su ecuador, éste se presenta a veces de perfil a los astrónomos. Tan pronto es una elipse ampliamente abierta, o bien una débil lancha luminosa, a veces un delgado filo invisible con los pequeños aparatos. En estos últimos años, el anillo se ha presentado en su mayor amplitud, 1899. Después su anchura ha disminuído insensiblemente hasta 1907-1908. Fué aumentando otra vez y en 1914 llegó a su mayor amplitud. El anillo desaparece cada quince años.

Apenas habían transcurrido 20 años desde las observaciones de Gassendi cuando el misterioso apéndice suscitó nuevas polémicas.

Cassani en 1675 reconoció, en efecto, que ese círculo luminoso estaba dividido por una línea sombría; hoy día los telescopios potentes permiten distinguir hasta doce anillos, y el análisis espectral ha demostrado que las divisiones deben contarse por millares. El anillo sombrío más cercano del

Los maridos de la princesa

A los treinta y cinco años de edad la viuda del príncipe Tanganewsky había enterrado ya a siete u ocho maridos cuando encontró al joven Hochepot de Lahure y al joven Balochard..., los dos muy de su agrado.

La princesa Tanganewsky era un magnífico partido: un castillo en Turena, una villa en Royan, un hotel en el parque Monceau, una cuadra en Chantilly, varios inmuebles en París, sin hablar de veinte o treinta millones de valores públicos e industriales. Era lo bastante para entusiasmar a cualquier joven como Hochepot o Balochard, aparte de que los treinta y cinco años de la princesa eran bastante apetitosos.

Sin embargo, el joven Hochepot no se atrevía a declararse a pesar de las animadoras miradas de la princesa.

—Debe ser una mujer Barba Azul, o una cruel Antinea, que se deshace de un marido como se bebe un vaso de agua cuando se encapricha de otro hombre.

El mismo temor abrigaba el joven Balochard.

Un día Balochard confesó sus temores a su amigo Hochepot, ignorante de que éste era un rival.

—Gastón — le dijo —, estoy loco por la princesa, y creo que no le soy indiferente; pero no me atrevo a pedir su mano. Pienso en los siete u ocho maridos que lleva enterrados y me entra un miedo... ¿Qué me aconsejas?

—Comprendo tus temores — contestó Gastón Hochepot —, y en tu lugar me informaría detenidamente antes de arriesgar mi vida casándome con una mujer tan misteriosa. El príncipe Tanganewsky falleció en Varsovia. Yo iría a Varsovia, averiguaría las causas de su muerte y el nombre de su predecesor y lugar de su fallecimiento. Desde Varsovia me iría...

—Comprendido. La idea es excelente. Mañana mismo parto y si averiguo que mi amada no es una mujer criminal, a la vuelta me caso con ella y con sus millones.

—Pues buena suerte, y, si te parece, tenme al corriente de lo que averigues.

—Te lo prometo, Gastón.

Tres días después Hochepot recibía este telegrama: "Tanganewsky murió de vejez a los noventa y cinco años. Salgo para Madrid, donde falleció su predecesor, José Caballero."

Ocho días después, este otro telegrama: "Caballero, muerto a los ciento dos años. Salgo para Palermo, donde yace Enrico Spaghetti, muerto a los ochenta y nueve años."

Balochard hizo averiguaciones en Teherán, Buenos Aires, Barbezieur, y, por último, en Nagasaki, en donde encontró la última sepultura del primero de los maridos de la princesa, muerto, como los anteriores, entre los noventa y los ciento siete años.

Seguro de que todos habían fallecido de muerte natural y a una edad muy avanzada, regresó a París.

En la estación lo aguardaba su amigo Gastón Hochepot.

¡Victoria! ¡Victoria! — le dijo Balochard, lleno de júbilo—. Tengo la prueba absoluta de la inocencia de la princesa. Todos sus maridos han muerto de vejez, y esta es la suerte que deseo al hombre que espero sea el último de la suerte.

Gastón se inclinó.

—Gracias, amigo mío.

—¿Por qué me das las gracias?

Por qué al recibir tu tercer telegrama, y no teniendo ya el menor temor, me casé con la princesa y con los capitales de sus siete riquísimos difuntos.

Jean BONOT

planeta fué descubierto por Boud y por Dawes en 1850. Este descubrimiento tuvo inmenso alcance. Antes de 1850 aún se discutía sobre la naturaleza de los anillos. ¿Eran éstos sólidos o líquidos? La observación de Boud puso de acuerdo a todos los astrónomos al demostrar la imposibilidad de esos dos estados.

En el momento de la mayor curvatura, el borde interno, menos negro que el fondo del cielo, se torna sombrío al pasar delante del planeta. Los anillos no son, por tanto, ni sólidos, ni líquidos, sino formados por finas partículas distintas. El análisis espectral ha demostrado plenamente esta hipótesis, no quedando duda alguna de que toda las partículas están sujetas a las leyes de Kepler. Son millare de satélites girando por sí mismos; su velocidad diminuye del borde interno del anillo al borde exterior. En lo referente a su aspecto mecánico, si el anillo de Saturno fué líquido, hace tiempo que la expansión tuvo lugar y todas las materias que lo constituían se precipitaron sobre el planeta. Struve anunció en 1851 que el anillo se acercaba al planeta y que durante tres siglos la desaparición debía ser total. Los cálculos modernos no han ratificado esta profecía pesimista.

El fenómeno del acercamiento del anillo está sencillamente sometido a un período determinado; se alarga como un círculo elástico. Examinemos ahora la superficie de la tierra. Al pronto se asemeja de un modo extraño a Júpiter. Grandes bandas nebulosas corren paralelas al ecuador; pero los tonos están más atenuados. Igual que en el Sol, que en Júpiter, las regiones ecuatoriales van más de prisa que las zonas templadas o polares. Estos astro no giran todos de una vez, es evidente que esto proviene de su estado físico completamente distinto al de los globos solificados. Un litro de la Tierra peso 5.520 gramos; el mismo volumen del Sol no pesaría más de 1.382 gramos. Un litro de Júpiter tendría un peso de 1.326; la misma cantidad de materia saturnina no alcanzaría el peso de un litro de agua, nó daría pesada mayor de 700 gramos.

El inmenso globo de Saturno sumergido en un océano gigantesco flotaría sobre su superficie como un corcho y apenas dos tercios de su mole entrarían en el agua. ¡Qué planeta más extraño! Ninguna superficie sólida. Detrás de la capa de nubes limitando su atmósfera se perciben vapores ardientes debajo, otros vapores todavía; después, gas comprimiendo a millones de atmósferas, y así hasta el centro.

Si cayésemos sobre Saturno, ¿qué ocurriría? La sensación de la caída sería igual que sobre la Tierra; el valor de atracción sobre los dos globos es casi idéntica; ningún suelo habría allí para darnos asilo.

La vida orgánica, tal como la concebimos, no puede aparecer en esa atmsfera hirviente.

Secado de pescados en Indias

Los habitantes de ciertos pueblos de la India gustan mucho de un pez de mar al que llaman "pato de Bombay", y que se consume cuando está medio podrido.

Este pez no se come nunca solo, juega un papel de codimento y entra en la composición de la *currie*, salsa indispensable en toda cocina hindu y que se mezcla, principalmente, al arroz.

mo) es una mezcla en la que entran las especias más fuertes del mundo.

Estos pescados no rebasan nunca la talla de una sardina gruesa y, como esta especie, se desplaza en gran número. No se exagera al afirmar que un solo banco cuenta con varios millones de individuos.

Como la sardina, cuyas hordas desertan durante varios años de un litoral en donde habitualmente

El *currie* (de la palabra persa *Khur*, que significa aroma o humoran, el "pato de Bombay" causa en ocasiones amargas decepciones a los pescadores indios, los cuales quedan entonces en la más espantosa miseria.

Estos pescadores forman una casta especial, colocada muy por debajo en la escala hindu.

Estos peces son cogidos en canastas que los pescadores manejan transportándose en pequeñas canoas llamadas *catamarans*, que se construyen con tres gruesos troncos de una madera excesivamente ligera y que se unen por medio de cuerdas. Cualquiera que sea el estado de la mar, el *catamarans* no puede zozobrar, y es un espectáculo emocionante, en tiempo de tempestad, ver a estas embarcaciones jugar con las olas.

Se supone que estos centenares de peces, cuyas escamas blancas relucen fantásticamente, se reproducen al sur del océano Indico a profundidades de varios centenares de metros y que se remontan al aproximarse el invierno para penetrar en la gran corriente de Malabar, que los conduce al este del mar de Oman y a los parajes de Bombay.

La llegada de los bancos se señala por las grandes bandadas de aves acuáticas que les acompañan y que se cobran de ellas un fuerte tributo.

Al momento, los pescadores dan principio a su campaña, que, según los años, dura de seis semanas a dos meses. A medida que se capturan los peces se descargan en la playa, en la cual las mujeres y los hijos de los pescadores proceden a su división.

Los peces se limpian, se descaman y destripan por las mujeres y después se suspenden de los bambús colocados en la playa y cuya altura llega, en algunos casos, a cuatro metros. En una jornada solar se pueden secar bien, pues una exposición prolongada al sol endurecería la carne.

Uno de los grandes clientes de estas pescaderías es el Gobierno de las Indias. Todas las tropas indígenas tienen derecho a una ración de *currie* en cualquier lugar de la tierra en que se encuentren.

La caida del señor Bertaud

Pocas vidas tan monótonas como la de Luciano Bertaud. Sin preocupaciones económicas, por haberle dejado su padre una renta suficiente para vivir cómodamente, pasaba los días desocupado y sin que ningún incidente viniera a turbar la tranquilidad. Iba a cumplir cincuenta años, y sentía un gran vacío en su vida, el deseo de que algo desconocido surgiera a su paso. En los días primaverales vagaba por las calles, temeroso de entrar en su casa solitaria.

Envidiaba a las parejas amorosas que encontraba a su paso, y ansiaba no sabía qué.

Un día fué alcanzado por un automóvil, y al volver en sí se encontró en una farmacia; rodeado del mancebo de la botica, de un guardia, del chauffeur causante del atropello y de los curiosos que habían invadido el establecimiento. Una joven, morena, muy hermosa, de unos treinta años, lo atendía solicitamente.

Luciano supo entonces que sus lesiones no tenían importancia, y dió su nombre y su domicilio.

La joven ordenó:

—Vayan a buscar un taxi. Llevaré el Sr. Bertrand a su casa.

Tomaron el auto, y la joven ordenó al chauffeur que fuera despacio, para evitar las sacudidas bruscas del vehículo.

Esta solicitud conmovió a Luciano, que dió las gracias a su amable acompañante.

La joven le ayudó a subir hasta su piso, dió a la criada de Bertaud las instrucciones necesarias y dijo al lesionado:

—No tiene usted nada que temer. Dentro de ocho días estará completamente restablecido.

Y añadió, con una sonrisa deliciosa:

—¿Quiere usted que vuelva mañana?

— ¡Ya lo creo! — exclamó Luciano.

Y añadió:

—¿Señora, o señorita?...

—Señora. Pero estoy divorciada. Me casé muy joven con un extranjero, y tuvimos que separarnos al poco tiempo

Al día siguiente volvió la joven, y encontró al herido mucho mejor

—¿No tiene usted mucha prisa? — le preguntó Luciano.

—Ninguna.

—Entonces descanse un rato.

—Con mucho gusto.

Hablaron de cosas indiferentes. Luciano, presa de una emoción desconocida hasta entonces para él, se sentía vivir por primera vez.

Al partir, Luciano suplicó:

—Venga usted mañana.

—Como quiera.

Volvió otras seis veces. Fueron seis momentos deliciosos para Luciano, que encontraba cada vez nuevos encantos en la joven.

La última vez, al despedirse, dijo la joven:

—Tenemos que ser razonables. Ya está usted curado, y para volver a su casa sería necesario un motivo serio. De otro modo sería abusar.

—Lo comprendo — repuso Luciano, estrechando la linda mano de su visitante.

¿Un motivo serio? La insinuación era clara. La joven era deliciosa. No encontraría nunca una ocasión igual de buscar una compañera que alegrara su vida.

Pero entonces se dió cuenta de que no sabía ni el nombre, ni el domicilio de la joven. Aquello era una catástrofe. Había perdido a aquella mujer tan encantadora. ¿Como encontrarla ahora en la inmensidad de París?

Pero días después, cuando desesperaba de volver a encontrar a la joven, cuyo grato recuerdo no podía olvidar, supo lo que tanto anhelaba. El correo trajo una carta. Era una cuenta, que decía: "Marta Bournier. Doctor en Medicina. Ocho visitas, a 50 francos: 400 francos."

Paúl REBOUX

Una ingeniosa reclame

Un viejo médico, de Montpellier, tenía un medio ingenioso de hacerse conocer a cada ciudad donde llegaba.

Decía haber perdido un perro, y pagaba un pregonero para que, a golpes de tambor, anunciara que daría veinte y cinco luises (unos doscientos cincuenta pesos en moneda argentina) a aquel que le encontrara y restituyera a su dueño.

Como el pregonero tenía buen cuidado de publicar todos sus títulos y honores académicos, pronto el nombre del doctor corría de boca en boca.

—¡Eh, qué te parece el famoso médico que tenemos entre nosotros? ¡Debe ser muy rico cuando ofrece veinticinco luises por un perro!

¿Por qué los hombres se matan a sí mismo?

Cada año es mayor el número de suicidios. ¿A qué puede atribuirse? ¿A la baja de los sentimientos religiosos, a una excesiva educación, o a la lucha por la vida?

Por lo que hace a la educación, un grado más en el promedio de la cultura general, va siempre acompañado de un aumento en el número de suicidios, en parte, porque el cerebro, cuanto más cultivado, se hace tanto más delicado, más impresionable.

Mirando el asunto por lo que se refiere a la religión en los diversos países de Europa, se advierte que en aquellos en que está establecida la Iglesia griega es menor el número de suicidios, y que es mayor en las naciones protestantes. Dicho número es enorme en París, con relación al resto de Francia, distinguiendo a la irreligiosa ciudad en un país sólo parcialmente religioso. Italia y España se distinguen por el menor número de suicidios entre los países en que subsiste la religión católica; pero la libertad de pensamiento es mayor en Italia que en España, país aún dominado por la clerecía, lo que, sea como fuere, por otros respectos, hace que en ésta, comparada con la otra, el número de suicidios sea doble menor. El crecidísimo número que alcanza a Alemania y Suiza, depende del exceso de actividad mental en países en que compiten ambas religiones — católica y protestante.

—Esta — que, como es sabido, comprende a luteranos, calvinistas y otras sectas, — alcanza invariablemente mayor número de suicidios con relación a las Iglesias griega y católica.

Ello pudiera atribuirse al dogma de la predestinación entendido a la manera calvinista, así como a la falta de guía en las inquietudes de la mente, toque divino de la humana simpatía, de la que toda alma se ve alguna vez necesitada, y que de un modo o de otro, se satisface por la práctica de la confesión.

Dos frenos excelentes del mal son: la exaltación del ánimo y el sentimiento del deber. De ello nos da ejemplo la gran guerra. Las estadísticas han demostrado que el patriotismo excitado por ella contuvo la ola de suicidios. Cuando ella terminó, ellos aumentaron.

Por lo que hace al sexo de los suicidas, la proporción general en los países civilizados, es de tres hombre por cada mujer; pero en Inglaterra, en el país de Gales, la proporción es de dos hombres por una mujer, y en Dinamarca, de cuatro por una.

Los suicidios infantiles son más numerosos de lo que comúnmente se cree. La miseria física es, de ordinario, la causa de tales suicidios. Los malos tratamientos en el hogar y en la escuela, infunden en el corazón de muchos niños el deseo de morir. La esperanza, que aparta a muchos hombres del suicidio, es atributo del adulto, no del niño.

Los achaques hacen más efecto en las altas clases que en las otras. Puede atribuirse a que la vida muelle debilita el valor.

Una simple neuralgia basta a muchos para darse un tiro y a muchas para tomar una pócima. Nos abstenemos de calificar; pero en ciertos casos, ello indica gran falta de valor y de fe. Es de suponer que el suicida tuvo antes otros dolores y, con ellos, la idea de matarse; pero si ésta fué consentida, en vez de rechazada por absurda, naturalmente hubo de acudirle de nuevo y con mayor violencia.

Hay gentes que no alcanzan a comprender que el suicidio es un pecado contra el quinto mandamiento de la Ley de Dios.

En todo suicidio las causas primordiales son: egoísmo y carencia de fe.

Mucho influye también la soledad. Los suicidas solteros son mucho más numerosos que los casados. Habiendo hijos, los viudos sobrepujan a las viudas. No habiéndolos, sucede lo contrario. Lo cual demuestra que la mujer es mucho más esforzada cuando hay quien dependa de ella.

Y ¿qué remedio? Uno es el trabajo. No cavilar: hacer.

Los deseos mórbidos de la propia destrucción, se contienen a veces con ayuda de un buen tratamiento médico, como otra enfermedad cualquiera. Y siendo la soledad y la vida sedentaria las principales causas de los trastornos mentales, el remedio ha de buscarse en el ejercicio y en un buen régimen alimenticio, en el cual tenga poca cabida el alcohol, unido todo ello a la confianza en un buen amigo y, acaso también, para los solteros, el matrimonio.

El alcohol influye siempre en el cerebro haciendo que nuestra mente se incline unas veces hacia el olvido o negligencia y caiga otras en la represión.

Durante el sitio de Lucknou se daban muchos casos de suicidio. Era por la época en que se daba a los soldados vino a discreción. Un régimen más austero — de agua sola — redujo el mal, robusteciendo el valor — la virilidad — de aquellos hombres.

Todo el mundo sabe que, por miramiento a los parientes del suicida, los médicos certifican fácilmente la enajenación mental del mismo, lo que, lejos de refrenar el mal, pudiera acrecentarlo. Sin duda, haría buen efecto en el pueblo le terminante declaración del crimen y que el entierro de los suicidas se verificase de noche, sin aparato alguno.

Los divorciados no pueden contraer matrimonio canónico si lo contrajeron antes. Tal imposibilidad hace que muchos consideren el divorcio como pecaminoso y se abstengan de él. Del mismo modo, la severidad de la disciplina eclesiástica por lo que se refiere al entierro de los suicidas, quizás serviría de algún freno en países en que florece la religión y son harto frecuentes los suicidios.

La fiesta de las lamparas

(Parábola de amor)

En la barranca del río desolado, entre las altas yerbas, le pregunté: "Doncella, ¿a dónde vas haciendo sombra a tu lámpara con el manto? Mi casa está toda obscura y solitaria; ¿por qué no me prestas tu luz?"

Ella alzó sus ojos oscuros, por un momento, y me miró en la cara, a través de la niebla.

"Yo he venido al río — dijo — a mecer mi lámpara sobre el torrente, cuando la luz del día muera allá en el ocaso".

Yo estaba de pie, solo, entre los crecidos pastos y observaba la llama tímida de su lámpara, que se gastaba inútilmente sobre el agua que corría.

En el silencio de la noche cercana, yo la dije:

—"Doncella, si las luces están todas encendidas, ¿a dónde vas tú con tu lámpara? Mi casa está obscura y solitaria; ¿por qué no me prestas tu luz?"

Ella alzó sus ojos negros a mi cara, y se detuvo un momento, en la duda:

"Yo he venido — musitó por fin — a dedicar mi lámpara el cielo".

De pie, yo observaba cómo su lumbre ardía vanamente en el vacío.

En la bruma sin luna de la media noche, yo la dije:

—"Doncella, ¿qué buscas así con tu lámpara, tan cerca de tu corazón? Mi morada está oscura y solitaria; ¿por que no me prestas tu luz?"

Ella se detuvo un momento y pensó, y en la oscuridad, me miró en la cara:

"Yo he traído mi luz — dijo para juntarla al carnaval de las lámparas".

De pie, yo miraba su lamparita quemarse inútilmente entre las otras lumbres.

Rabindranath TAGORE

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

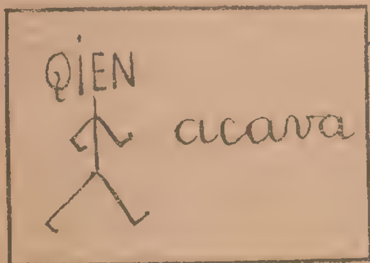
En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre . .	$ 2.50	Trimestre . .	$ 3.—	Trimestre	$ oro 2.—
Semestre . .	„ 5.—	Semestre . .	„ 6.—	Semestre .	„ oro 4.—
Año	„ 9.—	Año	„ 11.—	Año . . .	„ oro 8.—
No. suelto .	„ 0.20	No. suelto .	„ 0.25		
No. atrasado	„ 0.40	No. atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

No. 20 — JEROGLIFICO



No. 21 — CHARADA

"Uno dos tres cuarta quinta", por *"Todo"*, haciendo conquistas.

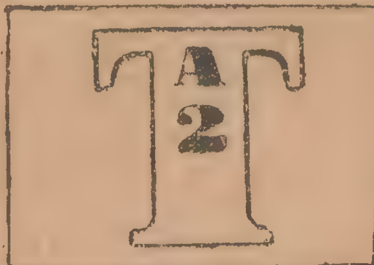
No. 22 — COMPRIMIDO

ZCO

No. 23 — JEROGLIFICO

2 Y
TTTT

No. 24 — COMPRIMIDO



No. 25 — JEROGLIFICO

T A 2

ILUSION OPTICA



La distancia de B a C, parece mayor que la de A a B, siendo igual.

No. 26 — COMPRIMIDO

100 0 50 M 50 0

No. 27 — CHARADA

A 3 luz de 5, 2, 3.
1, 2, 3 todo Inés.

No. 28 — COMPRIMIDO

AO

No. 29 — JEROGLIFICO



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 10 — A mediados de mes
„ 11 — Badana
„ 12 — El deber es lo primero
„ 13 — Calamares
„ 14 — Caracas
„ 15 — Jerusalen
„ 16 — Montera
„ 17 — Cimiento
„ 18 — Estanque
„ 19 — Cuarenta

Como se fabrican los saxofones orgullo del Jazz Band

Entre los instrumentos que forman el jazz-band el saxofón es uno de los más preciados.

Contadas personas sabrán cómo se fabrica ese instrumento de forma extraña.

Generalmente, el saxofón es niquelado o plateado. Su forma varía desde el saxofón recto como una flauta, hasta el voluminoso de varios acodamientos.

El sonido se produce por medio de un estrangulador batiente, de caña, fijado sobre un pico de ébano o de ebonita. Si se produce la vibración en tubo cerrado, la nota es dos veces más baja que en los instrumentos de la misma longitud de tubo abierto.

Esto ha permitido hacer toda clase de saxofones, a los cuales se han dado el nombre correspondiente al registro musical donde están situados: dos sopranos, una viola, dos tenores y un barítono.

También se fabrican un sopranino más agudo y un bajo más grave.

Un juego de claves, convenientemente dispuestas, permite obtener la escala cromática de sonidos, desde el *si* bemol grave hasta el *do* medio sostenido (la extensión de poco más de una octava). Otra clave permite levantar todas las notas de una octava, alcanzando la extensión del instrumento dos octavas y media (superior a la voz humana forzada). La nota más baja de soprano, corresponde a una extensión teórica de 0 m 74, mientras que para el barítono alcanza 2 m 48. Esto es lo que ha obligado en los instrumentos de registros graves a dar a los saxofones una forma complicada.

Salvo para los saxofones sopranos, que por lo general son rectos, el cuerpo sonoro está compuesto de cuatro partes principales:

Todas las piezas componentes están construídas de hojas de cobre del mismo espesor, al cual los obreros dan la forma apropiada, por medio de mandriles de acero. Las dimensiones de cada pieza tienen que ser de una precisión absoluta. La gran dificultad de esta industria no es su fabricación, sino el conseguir un instrumento que sirviese de modelo único.

Las proporciones de cada parte han sido determinadas científicamente, siguiendo una progresión que debe ser rigurosamente observada. El menor descuido de esas proporciones destruye la precisión, modifica la sonoridad o impide la fácil emisión de los sonidos.

Hay que tener en cuenta estas consideraciones, pues la combinación de dimensiones forma la calidad de los instrumentos.

Cuando cada pieza tiene exactamente la forma deseada, pasa al taller de soldar donde se fija definitivamente.

Después es menester taladrar a lo largo de una generatriz del cono, que constituye la parte central del instrumento, una serie de aberturas cilíndricas.

Se emplean en este trabajo, que es muy delicado, limas de formas especiales.

La intersección del cono del instrumento y del cilindro descrito por la lima no es una curva plana.

Es, pues, necesario colocar sobre el saxofón una pieza cilíndrica de enlace que sirva de punto de apoyo a la clave En esta fase de la construcción es cuando empieza el trabajo de las claves.

Se colocan las claves que son los órganos de mando Esto exige una gran habilidad profesional especial para colocar y ajustar las diferentes piezas fundidas o forzadas: tubos formando charnela, soleras que sostienen las diferentes partes de un mecanismo complicado y minucioso.

Si el ajuste no está hecho con una gran precisión, las chimeneas no estarán debidamente obturadas y el saxofón tendrá escapes Una vez terminado el mecanismo principal, los saxofones se platean o niquelan.

Esta operación en nada se diferencia de los procedimientos que se emplean para cualquier objeto de cobre.

La obturación perfecta de tubos se obtiene por medio de tapones de fieltro y de piel, pegados al interior del casco de las claves. La boquilla es de ébano o de ebonita.

Instrumentistas expertos ensayan los instrumentos antes de ser puestos a la venta.

PAPEL y TINTA

"CUANDO los DIOSES AMAN" POR EL MARQUES GALVANO LANCIA DI BROLO

Con notable acierto, el autor de "Cuando los dioses aman", pone en boca de uno de los personajes de su novela, este concepto evidentemente feliz: "El objeto de la literatura no debe consistir en abrir el libro de la vida, sino agregar a él las páginas que faltan". Y, luego, puntualiza: "Leer en el libro de la vida demuestra una falta de fantasía de un escritor".

Bien. Los personajes incluídos en la trama de esta obra de imaginación, se caracterizan precisamente por ello; vale decir, además de dar la sensación de que son de carne y hueso, invita a que les sigamos imaginándolos seres abstractos. Pues, el lugar escogido por el autor se desarrolla en Rusia, en medio de hondas convulsiones y fatales violencias, en lo que pone a contribución su fuerte fantasía de artista, a objeto de magnificar más macabramente, si cabe, el cuadro horroroso de unos fusilados frente a la luna, una noche cerrada.

En cuanto al fondo mismo del asunto, diremos que es sencillo, sin mayores complicaciones, siendo interesante sólo, en lo que se refiere a la parte substancial de ciertos diálogos y en la agilidad y abundancia de situaciones bien aprovechadas por su autor.

Al frente, como prefacio de "Cuando los dioses aman", trae unos conceptos elogiosos sobre la obra y la persona del escritor y poeta, marqués Galvano Lancia di Brolo, subscriptos por el académico francés Raimond de Verneil.

Por tanto, "Cuando los dioses aman" es una obra que brinda al lector momentos de solaz y de atracción sinuosa, haciéndose su lectura, en consecuencia, atrayente.

"DISONANCIAS" y "ASI", por FIDEL SOLARI

La mayoría de las composiciones de "Disonancias", son sonetos de corte clásico, en los cuales el poeta se expresa con delicada y expresión y frescura de imágenes.

El señor Fidel Solari, en este volumen, muéstrase un poeta lírico, vario, en cuanto a los temas atañe; pero, predominando a ratos, los recuerdos del hogar y añoranzas del pasado.

Gusta, también a veces, abordar asuntos del paisaje o cuadros marinos. Su inquietud espiritual es manifiesta: a veces interroga, otras es fugaz, impresionista, siempre noble, sincero.

Con respecto al segundo libro, intitulado "Así...", tiene las mismas o parecidas características anotadas precedentemente. Con el agregado de que, en este tomo, hay trabajos de diversas formas y cualidades literarias también distintas.

Nótanse entre sus poesías, algunas que pueden considerarse verdaderamente poemas, cuyas felices realizaciones, tanto bajo el punto de vista de la forma como del asunto que trata, contribuyen a realzar aún más el mérito intrínseco de los mismos.

"Así...", del señor Fidel Solari, es un libro de versos que atestigua altas condiciones poéticas y hace esperar mucho de la futura producción de su autor.

"GRANADO EN FLOR", POR TERESA RAMOS CARRION.

En el primer libro de un escritor, casi siempre se advierte cierta desorientacin. Porque el autor novel, tantea, busca la piedra donde poder afirmarse, y esto lo alcanza, aunque no es frecuente, cuando prepara su segundo libro. Es en esos momentos en que la experiencia intenta hacer desaparecer los defectos del primer libro o por lo menos, aminorarlos.

Teresa Ramos Carrión, merece ser colmada de alabanzas; y es que su primer libro, fué todo un libro, completo, equilibrado, obteniendo buen éxito de crítica, más no de librería, puesto que los buenos libros se venden relativamente poco. Con el trabajo siguiente, que es el que hoy nos ocupa, se ha superado.

Esta joven poetisa, versifica con facilidad. No se nota ningún esfuerzo en las combinaciones métricas que utiliza; hay fluidez, y melodía en los versos. Los motivos de sus composiciones son buenos y los desarrolla en forma nueva. Todas las estrofas son de una corrección poco común.

"Granado en flor", publicado por la Editorial Tor, es el producto de un cerebro sano, no influenciado, no contaminado por atrevidas formas de versificación, los que actualmente y por desgracia están de moda y que han malogrado a más de un poeta que no tuvo la suficiente energía como para no dejarse arrastrar por esas innovaciones absurdas.

"REFLEXIONES DE UN OBRERO", por A. DE CARLO

En forma sencilla y clara su autor expone las ideas fundamentales para abolir todos los males sociales, todas las injusticias, todas las maldades.

Escrito por un obrero manual, trata del mal régimen a que estamos obligados a vivir, cómo defendernos, como conseguir nuestra emancipación económica y colectiva y cómo también nuestra emancipación moral, la cual, en realidad, depende de cada uno de nosotros mismos, de la lucha contra los prejuicios, las rutinas, las falsas morales y, por fin, el estímulo para reflexionar, estudiar e instruirse para vivir, una vida más armónica, más beneficiosa, de más justicia y de más amor entre los hombres.

"Reflexiones de un obrero", que ha sido publicado por la Editorial Tor, está escrito en estilo claro y con un lenguaje que hablan todos los días los trabajadores y con ejemplos sacados de la vida práctica de los obreros explotados y esclavos, todo lo cual hace que el libro sea sumamente interesante y atractivo.

"VERA MIRZEVA" por URBANCEV

Entre los dramaturgos contemporáneos de Rusia, se ha destacado fuertemente la figura de Urbancev.

Este gran escritor, totalmente desconocido en España, hace ya varios años es popular en casi toda Europa, y particularmente en Alemania, Polonia y Rusia su patria, donde sus producciones dramáticas le han colocado en un lugar preminente entre los dramaturgos europeos, culminando su labor en el originalísimo drama, "El crimen de Vera Mirzeva", que con el título de "Vera Mirzeva", se representó, por primera vez, en el teatro de arte de Moscou.

La casa Maucci, siguiendo la admirable campaña de incorporar a su catálogo las grandes creaciones de la literatura universal, confirma hoy su labor, dando a la estampa el referido drama, traducido directamente del ruso por los escritores Fernando Accame y Ricardo Lahoy, fundadores del "Teatro Ecléctico".

La crítica, en general, ha coincidido en colocar esta obra de Urbanzev, entre las más interesantes del teatro moderno; y se señalan, particularmente, la irresistible atracción del asunto y la perfecta construcción psicológica de sus originales personajes.

Una maquina para desplumar aves

Un oficial de la Marina británica, imaginó una máquina casi diabólica que puede desplumar un ave en menos tiempo del necesario para explicar el mecanismo.

Consiste en un sistema de aspiradores y de láminas que giran a una gran velocidad: tal es, en síntesis, lo que la máquina ofrece en su aspecto exterior.

Con ella se ha conseguido desplumar hasta cuarenta gallinas en una hora.

Para ello, se desangra el animal, y apenas muerto éste se le acerca a un cilindro horadado, que absorbe todo el plumaje.

Este se va almacenando en un saco colocado al otro extremo de la máquina.

TEATROS

"PATAGONIA (INTERNACIONAL HAUSS)", en el NUEVO

Siempre hemos considerado estimable y de noble origen, todo esfuerzo literario tendiente a poner en escena una pieza escrita sobre la base de aspecto o modalidades que salgan de lo común y trillado. Presentar un cuadro de costumbres o dibujar un carácter, son tareas que necesitan estudio y observación, mereciendo por ello respeto. Si la pieza así concebida está además lograda, el elogio no debe regatearse, a pesar de alguna pequeña falla que un juicio severo pudiese espigar.

Tal es el caso de la producción que nos ocupa. Su autor, Pablo Suero, nos da un fiel trasunto de ciertos aspectos de la vida recia y dura del sud de la república, donde se templan los caracteres y el hombre siente más de cerca la verdad del principio biológico de un campo de batalla, donde seres y cosas son hostiles en pugna abierta o en disimulado acecho. Y cuando el amor pasa por tales escenarios, tiene un sabor acre y fuerte que exacerba las calidades patéticas de ese sentimiento, padre de la vida.

Una artista que es a la vez una mujer alegre, se complacen en envolver y alucinar con sus encantos la simpleza exótica de varios hombres tipos de sencilla enjundia mental y, acaso por eso mismo, más denodados y apremiantes. Varias víctimas sufren la ruina material y moral del deslumbramiento hechizante que encierra en su cuerpo — bella copa de veneno — aquella mujer, pero al cabo se produce la inevitable tragedia y el ídolo queda destruído por una mano justiciera.

La pintura de ambiente está realizada con acierto. Los tipos no carecen de responsabilidad y aunque las escenas a veces se repiten, ello contribuye a fijar más exactamente las tintas y los rasgos, para mejor comprensión del público.

La compañía del Nuevo puso un encomiable empeño en dar a la obra de Seuro una interpretación ajustada, lo que logró ampliamente.

"ARGENTINOS EN SEVILLA" en el SMART

El público de Ruggero, un público numeroso y alegre, que gusta de los esparcimientos fáciles y de la risa a todo trapo, aplaudió con entusiasmo la pieza de Antonio Botta "Argentinos en Sevilla", último estreno realizado en el Smart.

Estos argentinos del título son dos cantores criollos que habiendo conseguido sendos pasajes gratuitos para España se proponen realizar la conquista del Viejo Mundo, émulos al revés de los antiguos capitanes españoles.

No les es propicia la suerte a los muchachos. Hay momentos muy graves para ellos, tan graves que hacen desternillarse de risa al público. Desorientados, vencidos, se ven en la necesidad de actuar como toreros. Hacen de tripas corazón y salen del paso como pueden y como se puede suponer sin esfuerzo. Así llegan a un punto tal, que parece inminente un desastre, pero una mujer enamorada de uno de los cantores, llega en su socorro con sorprendente oportunidad y cambia por completo el macabro cariz que habían tomado las cosas. Se van los tres a la exposición de Sevilla y allí triunfan al cabo los artistas, finalizando la amarga odisea con un pericón hispano argentino, de notable efecto.

La pieza, risueña y fácil, es abundante en situaciones de efecto cómico y está amenizada con cantos y bailes criollos, así como por un eficaz pasaje a cargo de muñecos animados.

No hay que decir que Marcelo Ruggero sacó todo el partido posible de su papel, colaborando en una feliz interpretación de conjunto las actrices Lea Conti, María Cainelli, Emma Martínez y los actores Farías y Pastores. También coperó al buen recibimiento que tuvo la pieza la cancionista Blanca Ramos.

Hubo aplausos para todos.

LA SANGRE Y EL CONVENTILLO

En el Nacional ocupan el cartel con gran beneplácito del público, "El conventillo de la Paloma" y "La sangre de las guitarras", que se perfilan como los dos grandes éxitos del año en esa sala.

ESTRENOSE "LA EMBOSCADA"

Con motivo de la función en honor y beneficio del director de orquesta de la compañía de Gimeno, se dió a conocer en el Avenida la zarzuela en dos actos, letra de Manuel G. de Lara, música del maestro Morato, intitulada "La emboscada". Esta obra cuenta pocos años, habiendo sido estrenada en el teatro de la Zarzuela, de Madrid, donde fué bien recibida por el público y la crítica matritense.

La acción ocurre en 1870, en una aldehuela francesa, días antes de librarse la batalla de Graselote y el asunto, imaginario, gira en torno de un acto de espionaje, realizado por la protagonista, una muchacha llamada Elsa, quien ama y es amada por un oficial francés de nombre Lefebre. Sospechada la autora del delito de lesa patria, tras un sumario consejo de guerra sufre la pena de muerte, ante la desesperación de Lefebre, que ha procurado, en toda forma salvarla. Como puede advertirse, "La emboscada" tiene un motivo vetusto que no da mucho para el interés creciente del espectador, ya que se trata de un episodio romántico-patriótico mil veces explotado en la escena y en el libro. Ello no obstante, la destreza con que ha sido desenvuelto y la habilidad con que ha sido dialogado, presta a la zarzuela un relativo interés, realzado en los momentos en que interviene la música, cuyos números en su mayoría son bonitos y algunos preciosos y juguetones, como el dúo cómico del segundo acto.

La tiple Ferré, lo mismo que la Conti fueron las figuras femeninas que más sobresalieron en su desempeño. Entre los actores, Lorente y Baraza.

DE ROSAS CON "EL PROCESO"

No puede dudarse que "El proceso de Mary Dugan" es una obra afortunada. Después de pasearse por muchos escenarios europeos, al ser importada aquí por De Rosas ha renovado su buena aceptación.

La sala del Ateneo se ha "caldeado" con la pieza de Bayard Veillier y ha de mantenerse quien sabe hasta cuando en las carteleras. En tal virtud, la compañía sólo se preocupa del programa de las funciones vespertinas, para las cuales piensa poner en escena algunas ya conocidas y de reconocidos valores, tales como "Los cuervos rubios", de Martínez Cuitiño, pieza que estrenada muchos años atrás obtuvo un gran suceso que seguramente se reeditará en el Ateneo.

"ROSA DE ORO", en el IDEAL

Un cuento para niños ha escenificado el Sr. Arturo Capdevila para hacerlo estrenar por la compañía infantil que actúa en el Ideal, bajo la dirección de Angelina Pagano. El autor siguiendo los cánones de la didáctica escolar, se propuso enaltecer las virtudes y fustigar los defectos, a cuyo efecto imaginó una fábula infantil, según la cual una niña, apodada Rosa de Oro por la excelencia de sus sentimientos aparece sufriendo las humillaciones de su madastra y una hermanastra, quienes sustentan por aquella sentimientos perversos y envidia por la admiración que la niña provoca por sus virtudes y su belleza. Como ocurre siempre en estos relatos la intervención de un pequeño personaje y de un hada ponen coto a los males de la diminuta cenicienta y logran que su mano sea cedida a un generoso caballero.

Obra de fantasía cuya acción ocurre en el reino de los sueños, tiene pasajes interesantes y algunas imágenes poéticas que realzan sus dialógos sencilos y claros, como que han sido urdidos para el mundo infantli. La troupe de pequeños actores que dirige la Sra. Pagano dió úna buena interpretación a "Rosa de Oro".

OTRO TITULO

Basta algunas veces un título para medir los quilates de una obra. "El tano del loro", pieza calificada de grotesco y que no pasa de sainete, no prometía mucho, por cierto, con ese título. Los autores, Sres. Mario Flores y Paul Meart, han tenido probablemente la intención de escribir una obra cómicamente dramática, pero les ha salido un simple sainete festivo, de escaso relieve, construído sobre la base de una fábula simplísima, que no llega ni soñando a interesar al público como asunto de nervio. Los recursos, por otra parte, usados para obtener la comicidad, son harta discutibles y fronteros, algunas veces, del mal gusto.

Muiño, a cargo de un personaje de italiano, defendió briosamente su papel.

GRAND SPLENDID

La curiosidad por conocer la "voz del cine" no decrece. El tercer film sonoro gustó tanto como los anteriores. "El amor nunca muere", Por Colleen Moore y Gay Coper, viene atrayendo mucha concurrencia y este interés es legítimo y explicable por tratarse de una bonita producción que aparte de su asunto tiene la novedad de la palabra musical.

CAPITOL

Los programas de este cine siguen moviendo el interés de los "habitués", que en gran número asisten a las funciones de esta acreditada sala, que se caracteriza por la elegancia de las damas concurrentes. Para la semana en curso, se prepara atrayentes novedades.

GLORIA

"La dama misteriosa", por Greta Garbo, ha sido una de las novedades que más gustó al público de este cine de la Avenida, cuyos carteles se singularizan por la inclusión de películas de excelentes marcas y bonitos argumentos.

PARC

Esta sala de Palermo continúa siendo la favorita de las mejores familias del barrio, que en buen número asisten a los espectáculos silenciosos, ansiosas de conocer las novedades que ofrece la empresa.





SOCIALES







Señorita Sarah Cetrán Chas, cuyo enlace con el doctor Daniel S. Pellegrini, se efectuó recientemente, en la iglesia de San Agustín.

Fot. Pérez.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



Elegante conjunto para la tarde, compuesto de un abrigo capa para la noche, ejecutado en raso negro y guarnecido con "ermina"; y de un traje confeccionado, en su parte superior, con crespón Georgette blanco, bordado con perlas plata y estras, y en su inferior con raso igual al empleado en el abrigo.

Talleres gráficos de DAVID GURFINKEL — Montevideo 421 — Buenos Aires